

La Ética del Mal

Th.M. Danilo Carrillo

Actualización mayo 2025

La ética del mal



Danilo
Carrillo



Propuesta teológica al mal institucionalizado en Venezuela.

Hablar sobre la ética cristiana hoy en día, en un mundo lleno de retos y cambios, no puede empezar con preguntas como: «**¿Cómo me vuelvo una persona buena?**» o «**¿Qué es lo correcto?**». Estas preguntas suelen enfocarse solo en lo que nosotros creemos o hacemos. Sin embargo, desde la perspectiva más amplia y correcta, la pregunta principal debe ser: «**¿Qué quiere Dios para nosotros hoy?**».

Jacques Ellul experimentó esta tensión en carne propia. Un tiempo marcado por la reconstrucción de Europa, el colapso de viejas certezas, el grito silencioso de una sociedad fragmentada que buscaba redescubrir su identidad, su propósito, su alma. En medio de ese escenario quebrado, Ellul no ofrecía evasivas. Su voz, lúcida y penetrante, afirmaba con firmeza: la **libertad cristiana** no representa una licencia para la pasividad. Es un llamado profundo. Una sacudida al letargo. Una responsabilidad ética. Un compromiso activo con los desafíos del presente.

Desde esa convicción, emergía la pregunta esencial. Directa. Incómoda. Urgente.

“¿Qué significa seguir a Cristo en medio de una sociedad alienada?”

Era una herida abierta, una pregunta directa. Un interrogante que desnudaba las contradicciones de una civilización moderna, que hablaba de progreso mientras multiplicaba esclavitudes invisibles. En ese contexto, Ellul veía con claridad la tensión entre la libertad del evangelio y las estructuras sociales que oprimen, domesticar, desgastan el alma humana.

Seguir a Cristo. Como una elección radical. Una ruptura con las normas que perpetúan la alienación. Una ética de libertad que irrumpe, disruptiva. Que no transige. Que no calla. Una postura crítica. Subversiva. Un testimonio que desafía lo establecido, con una fidelidad feroz al Reino que no es de este mundo.

Para Ellul, esa libertad confronta.

“La libertad cristiana es, por lo tanto, una libertad que se opone a todas las formas de esclavitud impuestas por la sociedad y sus instituciones.”¹

Una afirmación que no pide permiso. Una llama que alumbra el camino del creyente que se atreve a ser libre, aun cuando todo a su alrededor reclame conformidad. Una fe que no

¹ Jacques Ellul, *The Ethics of Freedom*, trans. Geoffrey W. Bromiley (Grand Rapids, MI: Eerdmans, 1976), p. 18.

negocia con la mentira. Un bien que comienza con la verdad encarnada en una vida resistida, transformada, ofrecida.

Esta visión de la libertad cristiana —valiente, encarnada, resistente— nos confronta con la verdad con la que comenzamos: **ser buenos no consiste en un esfuerzo moralista**, ni en una acumulación de méritos personales, ni en una lucha desesperada por cumplir estándares inalcanzables. La bondad verdadera no nace del intento humano de parecer justo, nace de una vida rendida, orientada, sostenida por la voluntad de Dios.

Ser buenos, entonces, no significa perfeccionismo, desempeño, disciplina sin alma. Significa caminar en respuesta al amor de Dios. Significa abrir el corazón a la guía del Espíritu. Significa reconocer que la fuente de toda justicia no está en nosotros, esta en Aquel que nos amó primero.

Este entendimiento nos libra de la trampa silenciosa de pensar que todo depende de nuestras decisiones, nuestros logros, nuestras capacidades. Esa visión centrada en el yo termina por esclavizar, aunque prometa libertad. Por el contrario, la ética cristiana —la verdadera— **despierta cuando la mirada se eleva hacia Cristo**. No como un símbolo ideal. Como modelo perfecto. Como vida concreta. Como justicia encarnada.

Cristo, el único verdaderamente bueno. El único sin sombra. El único capaz de revelarnos lo que significa vivir en plenitud, no por conquista, es por gracia. En Él, descubrimos que **la bondad no es un deber agotador**, en un sentido práctico, un fruto inevitable de estar en comunión con la verdad. Una respuesta gozosa. Un reflejo de su luz. Un acto de libertad nacida del amor².

En tiempos difíciles, como los que ha enfrentado Venezuela entre 2000 y 2024, esta visión de la ética se vuelve muy importante. La corrupción, la injusticia y la pérdida de valores nos muestran cuán limitado puede ser depender solo de sistemas humanos. En estos momentos, la fe cristiana puede ser una luz que denuncia lo malo y muestra cómo trabajar por la reconciliación y la justicia.

El mal no siempre se presenta como algo extraordinario o inusual; a menudo se disfraza de normalidad, floreciendo en la rutina cuando las personas dejan de cuestionar y simplemente obedecen. Es en este sutil abandono de la reflexión, del pensamiento crítico, de las propias ideas donde las injusticias se afianzan y se perpetúan. Este llamado al discernimiento no es solo una responsabilidad moral, en efecto, es una vocación intrínseca a nuestra cristiandad: la de actuar con justicia y confrontar las estructuras opresivas³.

La Iglesia, como comunidad de fe y esperanza, no puede permanecer en silencio, enclaustrada en las cuatro paredes. Su voz debe alzarse afuera de ella, por medio de sus comulgantes, aquellos que, y en su entendimiento propio, de sus propios sufrimientos, sus propias circunstancias se convierten en luces brillantes que se niegan a ser actores pasivos, faros en medio de la indiferencia, denunciando el mal y sembrando semillas de cambio. Este llamado es una tarea moral, es una expresión viva del paradigma contemporáneo que

² Bonhoeffer, D. "Ética". Editorial Trotta, 2000, p. 45.

³ Arendt, H. "Eichmann en Jerusalén: Un estudio sobre la banalidad del mal". Editorial Lumen, 1999, p. 123.

David Bosch identifica en *Misión en transformación*⁴. Según Bosch, este paradigma sitúa a la misión cristiana como un agente transformador tanto espiritual como social, comprometiéndose con las realidades y desafíos de nuestro tiempo.

La verdadera misión cristiana no se limita a resistir pasivamente el pecado, ni a la proclamación superficial del evangelio, exige involucrarse en la construcción de un mundo más justo, donde el amor y la compasión sean fuerzas visibles y tangibles. En este sentido, la idea define la misión como un movimiento dinámico que no solo lleva el mensaje de salvación, también actúa como catalizador de cambios profundos en las estructuras sociales, económicas y culturales.

Este enfoque reconoce que el mundo no puede ser transformado sin una Iglesia que esté dispuesta a ser también transformada: una comunidad abierta al diálogo, sensible a las necesidades del prójimo y comprometida con la justicia. Es una misión que encarna la esencia del mensaje de Cristo al comprometerse con la proclamación del evangelio, con la acción concreta para erradicar las injusticias y sanar las heridas del mundo.

Así, al abrazar este paradigma contemporáneo, la Iglesia cumple su vocación de ser un reflejo del Reino de Dios, un espacio donde la esperanza se predica, se construye día a día a través del testimonio y el servicio. Esto exige valentía, creatividad y una fe que no tema enfrentar los desafíos de un mundo necesitado de transformación.

Este llamado nos desafía a vivir con intencionalidad, reconociendo que el mal se fortalece en la comodidad de la omisión. Nuestra fe, entonces, es un elemento clave en la transformación, una fuerza que nos impulsa a cuestionar, transformar y devolver la dignidad a los lugares donde la injusticia ha echado raíces.

En estos esbozos quiero mostrar que poner a Dios en el centro de nuestra ética nos ayuda a entender qué es lo bueno, y que esa convicción nos da las fuerzas para enfrentar los desafíos de nuestro mundo. En Cristo, encontramos el camino para construir una vida y una sociedad basadas en la justicia, la verdad y el amor.

El mal se disfraza, se viste de lino, de camisa púrpura, se perfuma y se alinea para mostrarte la mejor cara, el mejor perfil, su sonrisa maquiavélica para apuñalarte por la espalda. Suele operar bajo un velo de legitimidad que le otorga poder y aceptación. Se esconde detrás de narrativas que apelan a ideales aparentemente inofensivos, como la resistencia antiimperialista, la justicia social y el sacrificio patriótico. Sin embargo, estos esbozos desentrañan cómo, en contextos específicos, estas narrativas son empleadas para justificar la corrupción, la represión y la concentración de poder.

El mal utiliza un lenguaje que tranquiliza las conciencias, disfrazándose de virtud mientras siembra destrucción. El lector debe aprender a reconocer estas dinámicas en los diversos escenarios globales, demostrando que el mal rara vez actúa de manera descarada: operando bajo el disfraz de lo moralmente correcto y lo históricamente necesario. Para desenmascararlo, es preciso aprender a mirar más allá de la superficie, siguiendo el

⁴ Bosch, David J., *Misión en transformación: Cambios de paradigma en la teología de la misión*, Libros Desafío, 2000, p. 621.

principio que Moisés utilizó para desenmascarar la falsa adoración: establecer el sentido último de todas las cosas. Cuando desviamos nuestra adoración del propósito fundamental de las escrituras y la transformamos en un instrumento al servicio de la utilidad mundana, el mal prospera en los márgenes de nuestra aceptación y complacencia. Su mayor poder radica precisamente en disfrazarse de bien para robar el verdadero propósito de la existencia: glorificar a Dios. Sin embargo, la verdad inquebrantable es que todo poder, por muy engañoso o elevado que parezca, se postrará finalmente ante el poder supremo. Y en eso mi estimado lector no tengo duda alguna, no existe un lugar de este universo que quede fuera de la soberanía y escrutinio de Dios.

El Disfraz del Mal

El mal no avanza a través de la fuerza bruta ni la espada únicamente; su mayor astucia está en ocultar sus armas tras valores que la sociedad considera incuestionables: la justicia, el sacrificio, el patriotismo o incluso el progreso. Para consolidar su poder, distorsiona la percepción colectiva y normaliza la opresión, manipulando narrativas sociales, políticas y religiosas.

Los discursos cargados de emotividad y los símbolos de unidad nacional sirven de máscara para la explotación y la injusticia. Lo moralmente aceptable puede convertirse en una herramienta de control si no se somete a una evaluación crítica y a un marco ético sólido. Para discernir el camuflaje del mal, es necesario desafiar sus sutilezas y resistir la pasividad que genera la confusión. En la narrativa del Génesis encontramos un principio ineludible de esta sutileza: la serpiente, con su arte de la suspicacia y bajo la premisa de la elevación, convierte en esclavo al ser humano. Aunque antiguo, este principio sigue vigente en la modernidad. En una era de innovación tecnológica, la misma gastada promesa de elevación sigue siendo la bandera de protagonismos populistas: prometiendo libertad, esclaviza. Es el mismo disfraz, la misma metodología, la misma esclavitud.

Ese disfraz te envuelve con sus tentáculos, te arrastra a través de discursos insidiosos, plagados de exaltación a la revancha, al nacionalismo, a la noción del enemigo interno. Despiertan sentimientos de venganza, odio, frustración contenida. Se alimentan del clamor de masas sedientas de justicia mal entendida, de logros que nunca llegaron.

Es cierto, no hay gobierno perfecto. Los discursos se repiten entre un proyecto y otro. Utilizan las mismas armas retóricas, las mismas tácticas de manipulación. Promesas vacías que esclavizan al más necesitado: aquel que, en su vulnerabilidad, ve en esos líderes una esperanza sin sacrificio, una salida sin esfuerzo.

Ese anhelo sin fundamento se convierte en un síntoma colectivo, una enfermedad social que se extiende entre quienes, en su deseo legítimo de una vida mejor, no han sido los más favorecidos. En ese caldo, donde se cultiva el resentimiento, nace una masa de pueblo que desea ser afirmado, reconocido, elevado.

Pero ese deseo, manipulado por el poder, se transforma en cadena. Termina por esclavizar aún más sus vidas a un mecanismo insidioso, cíclico, que nunca termina. Una maquinaria que no libera, solo promete mientras devora.

¿Es esto lo que somos? ¿Esclavos que tropiezan una y otra vez con las mismas promesas huecas, seducidos por una libertad que no libera, que encadena? Romper este ciclo no es solo necesario; es un acto urgente de discernimiento y coraje espiritual. No se trata únicamente de rechazar un sistema opresivo, esto encara y desenmascara los métodos gastados con los que el mal, disfrazado de virtud, busca someter la conciencia colectiva.

En contraste, el pasaje de **Isaías 11:1-4 (RVR1960)** nos ofrece una visión radicalmente distinta: *“Saldrá una vara del tronco de Isaí, y un vástago retoñará de sus raíces...”* Este vástago, figura mesiánica de Cristo, gobierna con justicia, sabiduría y temor de Dios. Defiende al pobre, y con equidad guía a los mansos de la tierra. Frente al árbol corrupto de la opresión, brota este vástago como promesa viva de una **redención verdadera**.

El mal, por su parte, no se presenta como abiertamente destructivo. Llegar como solución razonable, como necesidad pragmática, como el precio inevitable del orden. Se disfraza de bien mayor, justificando el sacrificio de los débiles en nombre de la seguridad, el progreso o la unidad. Su mayor astucia radica en su capacidad de **torcer los valores éticos**, pervirtiendo lo justo, degradando lo sagrado, banalizando el sufrimiento.

A lo largo de la historia, sistemas totalitarios y líderes autoritarios han perfeccionado este arte. La manipulación de principios éticos ha sido una de sus armas más eficaces: no niegan la justicia, la redefinen; no eliminan la verdad, la reformulan; no anulan la libertad, la caricaturizan. Y estas estrategias no han desaparecido con el tiempo: se reinventan, se refinan, se insertan sutilmente en las estructuras políticas, sociales y culturales que nos rodean.

En este contexto, **la neutralidad moral se revela como una ilusión peligrosa**. Creer que se puede permanecer al margen, sin tomar partido, es ya una forma de consentimiento. La resistencia al mal no puede ser ambigua. Exige convicción, claridad, una conciencia anclada en Aquel en quien hemos creído.

Cristo es el fundamento de nuestra fe y el modelo encarnado del bien. En Él, la santidad se manifiesta como una realidad viva que transforma, exige y guía. Esta santidad no permanece en el plano abstracto, se vuelve concreta y cercana. La santificación, revelada en su persona, avanza como un proceso diario que nos incluye activamente. No responde a una imposición legalista, brota de una respuesta amorosa que nace de la gracia que hemos recibido. Vivimos para agradecerle, impulsados por el gozo de haber sido alcanzados por su misericordia.

Desde esta perspectiva, la ética no puede reducirse a un sistema de ideas. Se vuelve **una praxis viva**, un estilo de vida fundado en la voluntad de Dios. Es la expresión concreta del Reino, encarnada en gestos de justicia, actos de amor, decisiones que reflejan el carácter de Cristo en medio de un mundo quebrado. No es teoría; es resistencia. No es idealismo; es obediencia.

Así, ser agentes del bien en un mundo caído no es un privilegio, es una vocación. Y esa vocación comienza cuando dejamos de mirar al mal como algo lejano y lo reconocemos donde realmente habita: en las estructuras, en los discursos, en los hábitos... y en nuestro silencio.

Identificar las dinámicas del mal proporciona el análisis necesario para comprender su poder de convencimiento. La forma en que se reviste de términos nobles desafía al individuo a profundizar en los principios que guían su vida. Exponer estas distorsiones no es un ejercicio meramente académico, es una responsabilidad ética y espiritual.

Un Marco Ético de Resistencia

Frente al mal institucionalizado que se perpetúa en las estructuras de poder de los gobiernos autoritarios, no basta con comprender. No basta con denunciar. Ha llegado el momento de afirmar, con claridad y sin ambigüedades, que **la resistencia ética es una expresión concreta de la santidad de Dios en medio del desierto moral contemporáneo.**

Esta propuesta teológica parte de una convicción inquebrantable: **todo conocimiento sobre el mal debe traducirse en acción redentora.** No se trata simplemente de identificar las estrategias del poder que manipula, oprime y deshumaniza, en efecto es, establecer un camino de resistencia activa, profundamente enraizado en los **medios de gracia** y en la vocación profética del pueblo de Dios.

Este marco ético no es una sugerencia abstracta ni un ejercicio académico; es una **urgencia espiritual y política.** Se funda en el testimonio de las Escrituras y se legitima en la historia de aquellos que, desde su fidelidad al Reino, han desafiado regímenes que exaltaban el mal bajo ropajes de virtud. La santidad, entendida como reflejo del carácter de Dios, se convierte aquí en el **referente absoluto de justicia, verdad y responsabilidad colectiva.**

La tarea es clara: **equipar al creyente con herramientas espirituales y prácticas** para enfrentar las narrativas opresivas que pretenden neutralizar la conciencia moral. Temas como el **coraje ético**, la **verdad como arma contra la manipulación**, y la **restauración de la dignidad humana** en contextos marcados por la injusticia, no son periféricos: son centrales.

La resistencia se mide por gestos heroicos insistentes y persistentes, sin desmejorar la **fidelidad constante en lo cotidiano.** Cada acto de verdad, cada palabra dicha sin temor, cada decisión que encarna los valores del Reino de Dios, constituye una forma de **desobediencia santa** ante un sistema que busca corromper la imagen de Dios en el ser humano.

Decir “Sed santos, como vuestro Padre celestial es santo” (*Mateo 5:48, RVR1960*) no es proponer un ideal moral inalcanzable. Es lanzar un **grito de guerra** contra la corrupción, contra la mentira institucionalizada, contra la anestesia espiritual. Es rechazar la complacencia. Es discernir entre lo que parece luz pero es oscuridad. Es tomar postura firme frente a las fuerzas que, con sutileza o violencia, intentan **socavar la justicia del Reino.**

La santidad, en este contexto, no es retiro; es confrontación. No es silencio; es denuncia. No es quietud; es marcha. **Es el acto radical de quienes han decidido ser atalayas y testigos.** Testigos de un Reino que no pacta con la opresión y que avanza, incluso en sombras, con la luz de una ética que nace de Dios.

Resistencia Activa en un Mundo de Sombras

La lucha contra el mal comienza al desenmascararlo, pero culmina en la resistencia activa, anclada en la santidad de Dios. Todos, sin excepción sabemos, vemos y entendemos que la injusticia se ha normalizado, la manipulación mediática ha distorsionado la percepción de la realidad y, la opresión se disfraza de necesidad política, el creyente debe convertirse en una luz brillante de verdad.

En particular, la pastoral venezolana enfrenta desafíos impuestos por un régimen que ha institucionalizado la injusticia y la desinformación. Este esbozo surge como una respuesta urgente ante esta realidad desgastante, con la esperanza de inspirar una comunidad espiritual que anhele el bien supremo de la nación, el desarrollo de virtudes cristianas y la tarea permanente de ser una voz profética en cualquier momento histórico en el que nos encontremos.

La resistencia no es solo un acto de confrontación; es un compromiso con la verdad y la justicia. Es la certeza de que, aunque el mal haya aprendido a disfrazarse con máscaras de virtud, la luz de la verdad siempre será más fuerte que cualquier sombra.

Uno de los detonantes de estas líneas fue una experiencia personal que me marcó profundamente: un viejo amigo pastor, en un video de celebración navideña, oró con visible temor por la paz de la nación. Pero dentro del contexto en que se encontraba, parecía más bien una oración pronunciada desde las cadenas opresivas de una mazmorra imaginaria. Esto me llevó a preguntarme: ¿es posible orar sin miedo, con determinación, por una acción efectiva de verdadera libertad? Es decir: ¿Por qué oramos por paz, si no la hay, cuando deberíamos estar orando por la restauración del derecho democrático? ¿Se puede superar el temor a las represalias y adoptar una metodología que combine audacia y prudencia, y determinación⁵?

Recuerdo las palabras de Jesús: *"No penséis que he venido para traer paz a la tierra; no he venido para traer paz, sino espada"* (Mateo 10:34RV1960). ¿Cómo se aplican estas palabras en el contexto de nuestras relaciones y nuestro compromiso individual y misional en un sistema totalitario? Estas reflexiones me llevaron a considerar el papel de la iglesia: ¿de qué manera estamos siendo una fuerza de transformación estratégica en este régimen opresor? ¿Por qué el cambio parece tan lento y desgastante? Si Dios ha permitido esta situación, ¿cuál es el propósito detrás de ello y qué papel nos corresponde dentro de la hegemonía de un poder ilegítimo?

En este análisis, tres posturas emergen como claves para enfrentar esta realidad:

⁵ Clausewitz, *De la guerra*, Libro 3, Cap. 1: sobre el "coup d'œil" como juicio rápido en medio de la incertidumbre.

Primero, la oración y todos los medios de gracia deben ser un acto de valentía visceral. Orar estratégicamente con pertinencia, actualidad y vocación del significado de la oración eficaz, en el contexto de una viuda que busca justicia, tanto en lo público como en lo privado, se convierte en un movimiento de resistencia moral y espiritual. La determinación surge de un entendimiento claro de las circunstancias y de un raciocinio que combate la parálisis de la duda con una acción pertinente⁶. En este sentido, ¿ha crecido la espiritualidad de la iglesia desde que este régimen se instauró? ¿Se ha movilizó un movimiento de oración nacional que confronte estratégicamente los sistemas opresores, como sucedió frente a los muros de Jericó? ¿Quiénes marcharon y luego cayeron los muros? (Josué 6:1 RV1960)

¿Qué quería decir Pedro?

Llevo días interrogando el texto de Pedro, no desde la comodidad de un escritorio, desde el temblor interior que produce vivir bajo sistemas de dominación disfrazados de progreso. Regímenes que, como en el primer siglo, socavan la verdad, manipulan la memoria, desfiguran la justicia y trituran la dignidad. Me he preguntado con insistencia: ¿qué habría pasado si Pedro, en lugar de exhortarnos a orar por la paz, nos hubiera llamado al derribo de las estructuras imperiales injustas? ¿Si, en lugar de hablarnos de vida quieta y reposada, nos hubiera instruido a incendiar las instituciones del César, a resistir con fuego y espada la corrupción de un imperio devorador de almas?

Recordemos el contexto: **Nerón** reina. Roma respira violencia, decadencia, poder absoluto. Los cristianos no solo son perseguidos, son convertidos en espectáculo. Antorchas humanas, cuerpos crucificados, gritos apagados por la arrogancia del imperio⁷. En ese escenario, Pedro escribe. Su vida en peligro. Su final, según la tradición, una cruz invertida. Y sin embargo, dice:

"Honrad al rey. Sed sumisos. Vivid quieta y reposadamente." 1 Pedro 2:13–17RV1960
1960. Véase también Romanos 13:1–7.

¿Resignación? ¿Prudencia política? ¿Código encriptado para una iglesia acosada?

Tal vez Pedro no nos está invitando a pasividad. Tal vez nos está ofreciendo una **forma más disruptiva de resistencia**: una paz que no se compra, una quietud que no es silencio cómplice, en efecto, un testimonio escandaloso en un mundo adicto a la violencia. La vida quieta que propone no es retirada, es confrontación ética desde otra lógica. Porque vivir en paz en un sistema injusto demanda abrir los ojos **más que nunca**, resistiendo desde la santidad, desde la integridad, desde la verdad no negociable.

No debemos olvidar que Pedro es judío. Lleva en su sangre la memoria de un pueblo que alguna vez fue libre bajo sus propios reyes, y también la herida abierta de siglos marcados por el exilio, la opresión y gobiernos ajenos. Conoce en lo más profundo lo que significa anhelar un reino terrenal. Sin embargo, ha contemplado al Mesías crucificado y ha sido

⁶ Clausewitz, *De la guerra*, Libro 3, Cap. 1: sobre el "coup d'œil" sobre la determinación como hábito mental que supera la parálisis de la duda.

⁷ Tácito, *Anales*, XV, 44. El historiador romano relata cómo Nerón culpó a los cristianos del incendio de Roma y los sometió a torturas públicas.

testigo de una revelación mayor. Ha comprendido que el Reino no se instala mediante estructuras humanas, el reino se establece a través de una transformación que nace desde el corazón. Por eso, su carta trasciende un simple llamado a la serenidad. Se presenta como una declaración profundamente espiritual, una estrategia divina que responde al imperio desde las fronteras invisibles del Reino. Pedro no dirige al pueblo hacia la lucha armada. Ofrece una forma de revolución más radical, con raíces más hondas y efectos más duraderos: no a través de la violencia, lo hace por medio de la cruz sostenida con fidelidad.

La espada impone. La cruz transforma. La espada mata. La cruz redime. La espada responde al poder con violencia. La cruz responde al poder con verdad y sacrificio.

Sostener la cruz no es sinónimo de pasividad. Es un acto consciente de resistencia que desarma al opresor sin imitarlo. Es una forma de confrontación que no reproduce los métodos del imperio, utiliza una metodología que los deja expuestos en su vaciedad moral. Pedro sabía que la verdadera victoria del Reino no se lograría conquistando Roma, era un mecanismo más efectivo, más visceral, más estratégico; dismantelando los ídolos de Roma desde adentro, desde una comunidad que encarnara otra forma de vida, otra ética, otra esperanza.

Al llamar a sus hermanos a vivir ***“como libres, pero no como los que tienen la libertad como pretexto para hacerlo malo”*** (1 Pedro 2:16, RVR1960), Pedro está redefiniendo el concepto de libertad en los términos del evangelio. No es la libertad de destruir, estaba llamando a **vivir fielmente bajo el Señorío de Cristo**, incluso cuando eso signifique sufrir, y en algunos casos morir. En un mundo donde el poder se mide por la capacidad de imponer miedo, Pedro está recordando que el verdadero poder del creyente está en **no negar la cruz cuando la espada amenaza**.

Este mensaje, leído hoy, conserva su fuerza disruptiva. En una época marcada por la tentación constante de devolver el golpe con la misma intensidad, la carta de Pedro invita a una forma de resistencia moldeada por la cruz: valiente, radical, profundamente espiritual en su expresión del Reino. Surge, desde la fidelidad que brota del carácter de Cristo. Se sostiene desde una visión que discierne desde lo alto y actúa con sabiduría eterna.

No empuñamos la espada; sostenemos la cruz. Y en esa cruz encontramos la luz y contemplamos la verdadera victoria. No se trata de una conquista según los términos del César, es por definición de las escrituras, según los del Cordero inmolado. Aun cuando vivimos en un “todavía no” que parece prolongarse, especialmente ante la aparente inacción frente a los poderes coercitivos, dominantes y destructivos de los tiranos, seguimos firmes. Esos regímenes —como los que hoy oprimen en Venezuela, Cuba y Nicaragua— se presentan inicialmente como elegidos por el pueblo, pero terminan aferrándose ilegalmente al poder. Frente a ellos, la cruz no es rendición: es resistencia activa, esperanza encarnada, fidelidad sostenida hasta el final.

Sin embargo, vivimos tiempos distintos. Las democracias modernas, imperfectas, han creado estructuras más complejas que los imperios antiguos. Hoy, el mal no solo se manifiesta en la violencia del emperador, se revelan en sistemas narrativos que confunden, en leyes que legalizan la injusticia, en medios que normalizan el saqueo de las conciencias.

Hoy, **la paz puede ser una mentira mediática**, un anestésico administrado cuidadosamente por quienes roban elecciones y secuestran instituciones.

Por eso, nuestra misión no puede ser ingenua. Nuestra oración por paz y quietud debe ser **profundamente disruptiva**. Una oración que no solo clama, una oración que denuncia. Una intercesión que defiende naciones desde las rodillas, pero con ojos abiertos y manos dispuestas a actuar. Una espiritualidad que no se esconde, ¡una que clama desde las extrañas un grito de libertad!

No estamos llamados a cruzarnos de brazos. Estamos llamados a arrodillarnos con los puños cerrados de indignación justa, con la voz encendida por la verdad, con el corazón alineado al Reino. Pedro obedecía a Cristo, no a César. Y nosotros también. Por eso, ser fieles a su exhortación implica **ser una voz profética en nuestro tiempo**, proclamar un evangelio integral, denunciar el pecado estructural y vivir una fe que no se conforma con sobrevivir en la oscuridad, una fe que arde con la luz de la justicia.

¿cómo puedo terminar esta interrogante de este texto? Tal vez esto sea un **despertar**. Pedro no nos llamó a la resignación. Nos convocó a una paz que desafía los imperios. A una esperanza que no negocia con la mentira. A una iglesia que ora, pero también actúa. Que clama, pero también se levanta. Que espera, pero no se rinde.

Tu voz es necesaria. No calles, ora por una normalización del hilo constitucional. La historia de Pedro, y su final muerte por crucifixión invertida, de la carta enviada desde el fuego de la prueba, es una invitación a denunciar. Es un mandato para seguir luchando con las armas del Reino. Desde la rodilla. Desde la palabra. Desde la verdad⁸.

Acción en medio de la oración

Siguiendo las exhortaciones de Pablo en **1 Timoteo 2:1-2**, debemos orar por los gobernantes, con **sumisión, intercediendo por justicia y orden**, especialmente en nuestro caso; orar para que se restablezca el hilo constitucional, mientras denunciemos el **pecado institucional**. Este equilibrio entre oración y acción refleja una espiritualidad activa que desafía las estructuras de opresión.

El mártir alemán **Dietrich Bonhoeffer** entendió con claridad que la Iglesia no podía limitarse a una intercesión pasiva cuando los gobiernos se tornaban injustos. Para él, orar por las autoridades debía ir acompañado de una resistencia ética y, en ciertos casos, de una oposición activa a la injusticia. En su **Ética**, Bonhoeffer plantea que no basta con ayudar a las víctimas del mal, es necesario **interrumpir el mecanismo que perpetúa la injusticia**. Como expresó de manera contundente:

⁸ Eusebio de Cesarea, *Historia Eclesiástica*, Libro II, cap. 25. Según la tradición cristiana temprana, Pedro fue crucificado en Roma bajo el mandato de Nerón, alrededor del año 64 d.C.

"No basta con ayudar a las víctimas que caen bajo la rueda de la injusticia; debemos atajar la rueda misma."⁹

Esta postura es coherente con el pensamiento reformado de **Juan Calvino**, quien enfatizaba la necesidad de orar para que Dios conduzca los corazones de los gobernantes hacia la justicia, pero sin eximir a la Iglesia de su deber profético de llamarlos a rendir cuentas. Calvino afirmaba que la obediencia a los magistrados debía estar condicionada a su adhesión a la justicia y, en caso de desviación, los cristianos tenían la responsabilidad de resistirlos en los términos de la prudencia y la verdad¹⁰.

Por otro lado, **Martín Lutero** subrayaba que la obediencia a Cristo era suprema, incluso por encima de las normas humanas. En su comentario sobre **Hechos 5:29**RV1960 ("**Debemos obedecer a Dios antes que a los hombres**"), Lutero reafirmaba que la sumisión al Estado no podía significar la complicidad con el pecado¹¹.

Bonhoeffer llevó esta convicción a su máxima expresión al denunciar la corrupción del Tercer Reich y comprometerse en la lucha contra la opresión nazi. Para él, la Iglesia tenía tres opciones frente a un gobierno injusto:

1. **Llamar al Estado a actuar con justicia.**
2. **Ayudar a las víctimas de su injusticia.**
3. **Resistir activamente cuando el Estado se convierte en opresor.**¹²

Por lo tanto, la **oración por los gobernantes es un acto revolucionario, un arma espiritual que debe ir acompañada de acción**. No podemos sostener con nuestras oraciones la injusticia, oramos para que la verdad de Dios se manifieste en los asuntos humanos. La intercesión es parte del combate espiritual, y la Iglesia no puede ser cómplice del mal por medio de una obediencia sumisa al no crear un movimiento de oración por la restitución del hilo constitucional en países donde se ha perdido, especialmente y en mi caso, Venezuela.

Así como Bonhoeffer desafió la opresión de su tiempo, la Iglesia de hoy debe levantar su voz contra la injusticia, sosteniendo la **espada de la verdad** y clamando por un gobierno que refleje la justicia de Dios en la tierra.

Segundo, ser visiblemente una fuerza de luz que elimine la ceguera espiritual y sal que preserve lo salvado, llevando el mensaje del evangelio a las esferas más altas del poder político. Esto implica una evangelización audaz, desafiante, confrontativa con el pecado dirigida incluso a los caudillos visibles del régimen. La presencia de determinación y ánimo resuelto es clave para conquistar lo inesperado y superar los temores¹³, incluso a la muerte. Sin embargo, cabe preguntarse: ¿hasta qué punto la narrativa coloquial propia de estos regímenes y el poder supremo que ostentan estos líderes les permitirían abrazar la fe en

⁹ Bonhoeffer, Dietrich. *Ética*. Editorial Trotta, 2000, p. 174.

¹⁰ Calvino, Juan. *Institución de la Religión Cristiana*, Libro IV, Cap. 20.

¹¹ Lutero, Martín. *Comentario sobre Hechos 5:29*, Obras Completas, Editorial Concordia, 1535.

¹² Bonhoeffer, Dietrich. *La Iglesia y la cuestión judía*, 1933.

¹³ Clausewitz, *De la guerra* Libro 1, Cap. 3: sobre la importancia de la presencia de ánimo frente a lo inesperado.

Jesucristo? Hasta el día de hoy, estas preguntas permanecen sin respuesta, y la iglesia parece continuar inmutable desde el mismo día en que este régimen se instauró ilegítimamente en el poder.

La urgencia de estas preguntas no solo desafía estas líneas y nuestra espiritualidad, desafían principalmente nuestra capacidad de actuar con ánimo resuelto, determinación y estrategia en medio de la incertidumbre. Las grandes transformaciones requieren una combinación de claridad, audacia y resistencia estratégica¹⁴. ¿Estamos, como iglesia, a la altura de este desafío?¹⁵

Mi corazón sufre, y mi lápiz, tenso en mi mano apretada por la impaciencia y la impotencia de una espera que desespera, refleja el clamor de mi alma ante las circunstancias apremiantes que enfrentan los pueblos oprimidos por regímenes totalitarios. Este sufrimiento erosiona mi ánimo y debilita mis ganas de celebrar la emblemática festividad del nacimiento de mi Redentor¹⁶. Porque, al final, un perrito en la mesa no puede borrar las atrocidades cometidas en los últimos 23 años de comunismo. Hoy celebro, pero con un sentimiento de nostalgia que envuelve y embarga mi corazón.

En medio del dolor, me atrevo a seguir aspirando a la paz, pero reformulando su significado etimológico: no podemos construir la paz sin la espada de la santidad. Pero esta santidad no nace del hombre, nace de la santidad de Dios. Caín actuó desde una ética caída, impulsado por su rebelión contra la verdad. Su acción, lejos de reflejar un mandato cultural legítimo, representa la distorsión de la justicia, la exaltación del yo sobre la voluntad de Dios. Solo en Cristo encontramos la verdadera espada de la santidad, aquella que juzga con justicia y que redime a los caídos en su gracia. La fe demanda el bien, que significa ser como Jesucristo. Es la espada que exige justicia por la sangre de los que han caído, aquellos cuya sangre, como la de Abel, clama por justicia y por la condenación de los autores intelectuales y materiales de la desidia y la angustia.

Mi lápiz no descansará hasta ver dominado y doblegado el poder que nos oprime.

Siento una indignación indescriptible al ver cómo la fe se diluye, su voz se apaga y su práctica se ve comprometida, sometida por el discurso propagandístico y la maquinaria subversiva que pretende neutralizar su voz profética. Reflexiono entonces en el legado de hombres valientes como Bolívar, y cuánto nos hace falta su voluntad. Mientras su pensamiento se desvanece en manos de quienes han encadenado su ideario a su propia versión de la revolución, su esencia se tergiversa para servir a fines distintos a los que originalmente defendió.

Ante este panorama, surge con urgencia la necesidad de una ética pastoral que aprenda a librar la guerra espiritual y, al mismo tiempo, denuncie la injusticia con fervor. En el amplio contexto de los cuatro componentes que conforman el ambiente de la guerra—el peligro, el esfuerzo físico, la incertidumbre y la oportunidad—se hace evidente la necesidad de una

¹⁴ Clausewitz, *De la guerra* Libro 1, Cap. 3 sobre la necesidad de resistencia estratégica en contextos adversos.

¹⁵ Carl von Clausewitz, *Sobre la Guerra*, p. 34. Reinterpretación sobre nuestro papel dentro de los contextos de ser una fuerza de transformación moviéndonos según sean las oportunidades y las circunstancias con tezon y determinación del papel que jugamos dentro del gran tapiz de Dios.

¹⁶ Este segmento se escribió durante las festividades de diciembre 24 de 2024 mientras mi esposa y suegra preparaban los alimentos que habíamos de consumir durante la cena navideña

fuerza moral y mental extraordinaria. Una fuerza que permita avanzar con determinación en un entorno lleno de desafíos desconcertantes.

Así como los historiadores y cronistas de gestas militares emblemáticas describen esta cualidad con términos como energía, firmeza, constancia y fortaleza de espíritu y carácter, podemos trazar un paralelismo con la lucha espiritual. De la misma manera, nuestra resistencia en la fe requiere esas mismas virtudes, adaptadas a las circunstancias de la vida diaria, pues en cada prueba enfrentamos un campo de batalla donde la victoria radica en mantenernos firmes en la gracia y la verdad de Dios.

Asimismo, denunciar la injusticia con fervor es un deber ineludible, y eso comienza y termina en la proclamación del evangelio, aunque ello implique sacrificar la comodidad o incluso la vida. Esta es, en última instancia, la vocación con la que cada uno es llamado. "Zapatero a su zapato", pero nos toca honrar las vidas de aquellos que, en el entendimiento de su llamado, han entregado su sangre en la lucha por la libertad de los pueblos oprimidos y eso mi estimado lector recae sobre aquellos que en su preparación son llamados a defender la patria, a liberarla y los yugos que la esclavizan. El caso de Bolívar es único en la historia de nuestra nación; él derramó su sangre por la libertad, pero tampoco debemos olvidar a los soldados y campesinos que, sin renombre ni reconocimiento, ofrendaron su vida por esa misma causa.

Murieron en las batallas, en los campos y en las ciudades, en los momentos más decisivos de la nación. Cuando se exigió su sacrificio, lo entregaron sin reservas, y su valentía fue recibida con honor. ¿Será nuestra generación capaz de mostrar la misma firmeza en la lucha por la verdad, la justicia y la fe? ¿en la proclamación del evangelio que cambia, que transforma y mejora la vida y su percepción de ella?

Tercero. En este análisis, mi posición con relación al mal institucional, que se manifiesta de manera generalizada por medio de una doctrina dura de reeducación que fomenta un tipo de persona silenciosa y tolerante con la mediocridad —avalada por leyes supuestamente para el "bien común", pero que ocultan mecanismos de control arbitrarios—, es crucial para la denuncia y transformación. Este mal se entreteje con un lenguaje inclusivo que sataniza toda resistencia activa y ataca a aquellos que intentan denunciar sus prácticas corruptas.

En este escenario oscuro, la verdad y el verdadero bien común representado en el evangelio de Jesucristo se alzan como estandartes de esperanza. La apologética, en momentos como este, se convierte en una herramienta determinante al desenmascarar los mecanismos insidiosos de estas doctrinas arbitrarias y totalitarias. Por su parte, el púlpito debe ser la voz profética que denuncia el pecado, mientras que la lógica elemental y la sabiduría de la verdad se reflejan en la manera en que vivimos, nos movemos y existimos dentro y fuera de las paredes de la iglesia. Cuanto más profundizamos en la verdad absoluta de Dios, más expuestos estamos a las maneras insidiosas en que el pecado nos atormenta y seduce hacia un doble discurso, el cual debe ser eliminado si queremos ser una voz fuerte y firme en este tiempo para esta generación.

Denunciar es un acto evangelístico. No una reacción impulsiva, no un gesto aislado de indignación moral, es una proclamación concreta de **santidad y verdad** en medio de un mundo que ha aprendido a llamar bien al mal. Forma parte esencial de la dinámica del Reino de los Cielos: **una expresión activa del evangelio encarnado**, que se manifiesta

no solo en los altares ni en los púlpitos, sino en los contextos más prácticos y cotidianos de la vida.

Allí, precisamente allí —en lo que parece insignificante, en lo habitual, en lo rutinario— comienza la verdadera denuncia del pecado. No se limita a señalar lo que está mal en las estructuras grandes y lejanas; se activa en el momento en que somos capaces de decir **no** a la corrupción cuando toca nuestra puerta, de rechazar la inmoralidad cuando se disfraza de necesidad, de resistir la tentación cuando el sistema nos ofrece soluciones ilícitas a problemas legítimos.

Cuando la mente, presionada por la crisis económica, comienza a justificar lo indebido; cuando el corazón se abre a pequeñas concesiones en nombre de la supervivencia; cuando el entorno ha normalizado la injusticia al punto de volverla invisible... **es allí donde se gesta la denuncia**. En ese terreno íntimo, donde la conciencia decide a quién pertenece: al sistema que pervierte el bien, o al Reino que lo restaura.

Denunciar, entonces, es exponer a la luz lo que el sistema intenta ocultar. Es romper con la lógica del silencio cómodo. Es proclamar que el evangelio no solo salva almas, también denuncia estructuras, transforma culturas y exige fidelidad. Y esa fidelidad comienza en lo secreto: en la integridad del pensamiento, en la honradez de las decisiones pequeñas, en la firmeza de la palabra dicha con amor, pero sin ambigüedad.

En efecto, la denuncia no es un fin en sí misma. Es una señal del Reino. Una declaración pública de que el bien no será negociado, que la verdad no será silenciada, que **la santidad no es opcional, es nuestra forma de resistencia y nuestra forma de evangelizar**. Porque el evangelio no solo anuncia salvación: también confronta el pecado —personal y estructural— con la fuerza de la cruz y la claridad de la luz.

La vida pura de la iglesia

La vida pura de la iglesia debe ser visible en sus miembros. Si estos no viven de acuerdo con las prácticas de santidad, el mensaje será como una pelota de goma que rebota dentro de las cuatro paredes sin trascender más allá de la puerta misma. Por ello, debemos limpiar la casa. Este principio encuentra su fundamento en el relato de Jesús entrando al templo en Juan 2:13-17, durante la Pascua, un tiempo en que los corazones deberían elevarse en adoración, rememorando la liberación que Dios concedió a Israel. Sin embargo, lo que encuentra es ruido, caos, y un mercado desbordante. Su mirada se endurece al observar a los cambistas manipulando monedas, comerciando animales indignos para el sacrificio, explotando el anhelo espiritual de los peregrinos. El templo, ha sido reducido a un vulgar mercado. Las mesas se vuelcan, y las monedas caen como una tormenta metálica al suelo. Los animales, asustados, corren en todas direcciones, mientras los mercaderes gritan en vano, incapaces de detener el movimiento profético de Jesús y declara: **“¡Saquen esto de aquí! ¡No hagan de la casa de mi Padre una casa de comercio!”** (Juan 2:16 RV1960).

Este acto no es meramente una limpieza física, es una declaración sobre lo que debe ser el templo: un lugar consagrado para la presencia de Dios, la oración y la comunión, no para el comercio ni la corrupción (Isaías 56:7 RV1960). Más allá de denunciar la codicia económica, Jesús expone la idolatría del sistema religioso y anuncia un nuevo templo: Él mismo, quien sería destruido y resucitaría en tres días (Juan 2:19-21 RV1960).

Hoy, los templos somos nosotros (1 Corintios 6:19RV1960). Este simbolismo nos lleva a reflexionar: ¿Qué mesas hemos permitido en nuestros corazones? ¿Qué rincones de desidia y complacencia necesitan ser confrontados y limpiados? Para mantener en orden los medios y fines del bien común, basados en el sacrificio de quienes son llamados al ministerio, es necesario que líderes espirituales vivan en modestia y misericordia, como ejemplos accesibles y transparentes. La iglesia debe ser una referencia moral de sus miembros. La denuncia comienza con una autoevaluación honesta de nuestras propias fallas.

La toalla y el lebrillo

Jesús nos da un paradigma de liderazgo cuando lava los pies de sus discípulos (Juan 13:1-17RV1960). Si bien la Iglesia es una entidad corporativa, un cuerpo vivo que se mueve en la dimensión de la gracia, nuestro modelo sigue siendo la toalla y el lebrillo. Aquella escena surgió en un día común y corriente, mientras todos se preparaban para la cena en conmemoración de sus costumbres. Era un día ordinario, en el transitar de las calles, hebras de paja y excremento que se mezclaban con el polvo del camino y las sandalias. El aire estaba impregnado de olores: sudor, humo de leña y especias que anunciaban los preparativos de las comidas.

Entre el bullicio, los discípulos se abrían paso hacia la cena, enfrascados en discusiones y pensamientos de quien sería el mayor, con los pies agrietados y manchados por el barro acumulado en los senderos. En medio de esa rutina cotidiana, nadie esperaba lo extraordinario. Cerca de la entrada, un pequeño lebrillo con agua limpia —aparentemente como adorno— descansaba sin el esclavo que normalmente lo utilizaría para lavar los pies de los asistentes. A un lado, una toalla de lino modesto aguardaba sin propósito aparente.

Fue entonces cuando, tras la inusual solicitud de una madre preocupada por el futuro de sus hijos, Jesús rompió con lo inesperado. Tomó el lebrillo y la toalla, se inclinó, y sin hacer ruido, desató las sandalias de quien estaba primero. Con cuidado, sumergió sus pies cansados en el agua fresca. En un instante, el agua cristalina se tiñó de un marrón opaco, mezclándose con polvo, vetas de hierba y diminutas piedras, reflejo del tránsito diario entre animales y personas. Sin embargo, Jesús no se detuvo.

Con gestos suaves, lavó cada pie, enjuagándolos varias veces, atendiendo cada grieta, callo y magulladura con paciencia y ternura. Al terminar, envolvió las plantas y los tobillos en la toalla con una delicadeza casi maternal, secándolos uno a uno. Aquella acción, sencilla pero profundamente significativa, reveló la grandeza de un servicio que transforma lo común en santo y lo humilde en eterno. Este gesto redefine el liderazgo espiritual: no es un monumento al prestigio corporativo, es una manifestación de humildad y servicio. En la aparente insignificancia de arrodillarse frente a pies sucios, se hace palpable la santidad y el bien común.

Así también, la iglesia está llamada a ser una entidad corporativa bajo los estándares de la gracia de un cuerpo en servicio activo y humilde, donde la gracia transforma la suciedad de los transitaros de la vida en limpieza y esperanza. Los líderes espirituales deben seguir este modelo, viviendo entre las ovejas oliendo a ovejas, en el mismo roce de lo cotidiano, trabajando con ellas y siendo un testimonio visible del evangelio. Este es el tipo de liderazgo que demanda el ministerio, la nación y el país.

Liderazgo íntegro

En una conversación rutinaria —de esas que comienzan con trivialidades y giran sin aviso hacia lo profundo— surgió el caso de un pastor de mi país que recientemente cayó en descrédito moral mientras aún ejercía el ministerio. Su nombre era conocido, su influencia palpable. Por años había predicado con elocuencia, guiado comunidades, formado discípulos. Pero detrás del púlpito, en las sombras de su vida privada, se gestaba una realidad muy distinta. Cuando la verdad salió a la luz, la conmoción fue inevitable: relaciones impropias, abuso de confianza, una doble vida cuidadosamente sostenida hasta que colapsó. La noticia corrió rápido, dejando a su paso confusión, dolor, desilusión. Fue allí, en medio de esa conversación, donde el pastor Francisco —con quien compartía el momento— comenzó a hablar con firmeza, desde una herida abierta por tantas caídas similares que ya no podían ser ignoradas.

—No podemos permitir —dijo— que en nuestras filas haya pastores que se suban al autobús del ministerio con una conciencia dividida. No se puede servir al altar con una mano y con la otra arrastrar al rebaño a la perdición. Hay quienes, bajo el disfraz del liderazgo espiritual, terminan abusando de su autoridad. Consejeros que se presentan como guía para mujeres vulnerables, pero que terminan cruzando límites inaceptables, envolviéndose en relaciones cargadas de manipulación y pecado. Hombres que se visten de fe, pero viven atrapados en fantasías impuras, en delirios internos alimentados por el deseo no confesado, no enfrentado.

Y aunque muchas veces estas faltas no son visibles al inicio, tarde o temprano emergen. La verdad tiene su forma de revelarse. Y es entonces cuando surgen los casos dolorosos, escandalosos, profundamente destructivos: pastores acusados de abuso espiritual y sexual; ministros atrapados en conductas impropias, sin arrepentimiento genuino; figuras de autoridad que, en lugar de ser pastores según el corazón de Dios, terminan siendo lobos con piel de oveja.

La indignación era un sentimiento mutuo. Un clamor por santidad. Un grito pastoral desde las entrañas, porque el ministerio no es una plataforma para alimentar el ego, ni un refugio para ocultar adicciones, ni mucho menos un lugar para abusar de la confianza que el pueblo de Dios deposita en sus líderes.

Y tal vez su voz es la que muchos necesitan oír con claridad en este tiempo: **no hay espacio en el Reino para una espiritualidad de doble fondo**. El llamado al ministerio es un llamado al quebranto, a la transparencia, al arrepentimiento constante. Porque el que se atreve a tocar el altar, debe vivir con las manos limpias y el corazón purificado por la gracia, no por la hipocresía.

El tema del divorcio, por su parte, plantea un desafío considerable para muchos “llamados” debido a los requisitos y valores que la pastoral demanda. Sin embargo, no es un obstáculo insalvable si se discierne cada situación con sinceridad y se verifica un proceso genuino de sanidad espiritual en su peregrinaje y una vez allí se mantiene firme. Ahora bien, si después de haber probado los deleites del reino venidero, vuelve atrás, solo queda *“una horrenda expectación de juicio, y de hervor de fuego que ha de devorar a los adversarios.”* (Hebreos 10:26-27, RVR1960). Quiero arriesgarme a aplicar este texto al contexto pastoral en segundas y terceras nupcias: ¿cómo puede un “llamado”, un pastor en íntegro servicio,

después de disfrutar la gloria y el privilegio de este ministerio, caer en los placeres momentáneos del pecado y pretender volver? No soy quién para juzgar, pero hay una acción voluntaria que el candidato debe considerar seriamente, pues desandar ese camino no es tarea sencilla. Cada caso, sin duda, debe valorarse según su naturaleza y circunstancias particulares. Pero ser reincidente una y otra vez siendo partícipe del divino ministerio es peligroso, incluso demasiado arriesgado vivir en los términos de pecados flagrantes estando dentro del ministerio. En mi teología, todo el peso de las escrituras están sobre mí cuando diserto de estos elementos no de poca importancia, y ese peso también está sobre todo pastor que está dentro del ministerio. Pero todo pastor que viva con una conducta oculta de pecado y reincida una y otra vez ese peso lo aplasta. Aunque difíciles estos temas deben ser tratados con discernimiento y verdad, asegurando que los líderes sean ejemplos de integridad. La iglesia debe ser un lugar de restauración y transformación, pero no a expensas de su santidad.

Revolución de la gracia

La transformación que Cristo nos invita a vivir comienza simultáneamente en nuestros corazones y en nuestro testimonio hacia el mundo. No podemos señalar los excesos del sistema sin, al mismo tiempo, purificar nuestra propia casa. La iglesia está llamada a ser garante de la verdad y el bien común, una comunidad que encarne una fe viva, capaz de desafiar la inmoralidad con santidad y un coraje firme.

Al denunciar problemas como el lenguaje inclusivo o cualquier otra manifestación cultural populista, no basta con palabras; estas críticas deben ir acompañadas de acciones contundentes y coherentes, motivadas por una determinación férrea de atender a los más vulnerables. Este compromiso debe evidenciarse en vidas transformadas por el Evangelio, donde el testimonio de su poder renovador sea visible tanto en lo personal como en lo colectivo.

Así, la apologética mostrará su verdadera fuerza, y la autoridad moral de la iglesia será incuestionable, no por su crítica al mundo, lo será por su reflejo fiel de la gracia y la justicia de Dios en acción.

El marco ético propuesto en este esbozo no aboga por la violencia, abogo por una resistencia espiritual y moral, basada en las armas de nuestra milicia, que son espirituales y no carnales (2 Corintios 10:4 RV1960). La iglesia debe recuperar su llamado profético, al igual que Juan el Bautista, quien no temió denunciar el pecado, aun cuando ello le costó la cabeza (Mc 6, 17-29RV1960).

Como alguien que ha vivido en carne propia la persecución y la violencia física y emocional de un régimen totalitario, esta obra también es un testimonio fehaciente de resistencia. Es el grito de un exiliado que anhela regresar a su tierra para verla libre y justa. Es una propuesta para redescubrir el papel de la iglesia como **una fuerza de transformación moral y espiritual** en medio de regímenes que pretenden esclavizar la mente y el corazón de la población, por medio de mecanismos coercitivos.

Venezuela, una nación rica en recursos y cultura, ha sido llevada al abismo por el abuso de poder y las narrativas marxistas que justifican el control mediante la opresión.¹⁷ Sin embargo, la resistencia ética y espiritual es una de las fuerzas más poderosas contra la oscuridad del totalitarismo¹⁸. Incluso en las circunstancias más opresivas, la fe puede iluminar el camino hacia la libertad y la dignidad humana¹⁹. Este esbozo es un clamor por la libertad, la justicia y la dignidad de una nación que pertenece, por derecho, a su gente y a Dios.

"El mal no se combate con indiferencia ni con armas humanas, se combate con el poder de la verdad y la justicia, que son las únicas capaces de derribar fortalezas corruptas."

El silencio pesa más que las palabras. Cuando las voces que deben hablar cayán, el mal actúa en un murmullo, en la aceptación pasiva de lo que aparenta ser inevitable. Son las grandes atrocidades las que lo perpetúan, así como también las decisiones cotidianas que toleramos: mirar hacia otro lado, aceptar lo que es "práctico", ignorar lo que incomoda. Este esbozo es un tratado para actuar desde la denuncia intelectual, desde un megáfono al aire del día, una confrontación radical de la verdad de Jesucristo. Porque el mal no espera; avanza mientras lo racionalizamos, mientras intentamos justificar su presencia en nuestras vidas.

El propósito aquí es comprender el mal para resistirlo. Pero ¿cómo se resiste algo que rara vez se presenta como un monstruo visible? ¿Cómo se lucha contra un enemigo que usa el lenguaje de la virtud y el progreso, disfrazándose de patriotismo, estabilidad o sacrificio colectivo? La respuesta a estas preguntas no es fácil ni inmediata, pero la historia nos ofrece lecciones valiosas que no podemos ignorar. En tiempos de oscuridad, cuando el mal avanza con pasos calculados y la sociedad guarda silencio, el peso de la inacción se convierte en una carga insoportable. Este fue precisamente el lamento de Martin Niemöller, un pastor luterano alemán que, tras ser encarcelado durante ocho años en campos de concentración nazis como prisionero personal de Adolf Hitler, reflexionó con dolor y arrepentimiento sobre las omisiones que permitieron que el régimen totalitario se consolidara.

Sus palabras, inmortalizadas con el paso del tiempo, nos confrontan con la realidad de nuestra indiferencia:

"Primero vinieron por los socialistas, y yo no dije nada,
porque no era socialista.
Luego vinieron por los sindicalistas, y yo no dije nada,
porque no era sindicalista.
Luego vinieron por los judíos, y yo no dije nada,
porque no era judío.
Luego vinieron por mí,
y, en ese momento, no quedaba nadie que dijera nada."

¹⁷ Karl Marx y Friedrich Engels, *El Manifiesto Comunista* (Madrid: Akal, 2004), p. 143.

¹⁸ Dietrich Bonhoeffer, *Resistencia y Sumisión* (Salamanca: Sígueme, 2009), p. 67.

¹⁹ Dietrich Bonhoeffer, *Resistencia y Sumisión* (Salamanca: Sígueme, 2009), p. 89

Niemöller entendió demasiado tarde que el mal no puede ser resistido desde la comodidad del silencio o la distancia de la indiferencia.²⁰ Estas palabras nacieron de la experiencia amarga de su encarcelamiento y del arrepentimiento por haber permanecido pasivo ante las primeras señales del mal. Su confesión fue una advertencia para su tiempo, una voz permanente y un recordatorio eterno para nuestro tiempo, de que el mal se alimenta de la indiferencia, y de que resistirlo requiere valentía, compromiso y sacrificio personal.

Cada página de este esbozo tiene una intención urgente: invitarte, lector, no solo a entender las dinámicas del mal, a reconocerlo en tu entorno y dentro de ti mismo. Porque aquí reside una de las verdades más incómodas: el mal no siempre se impone desde fuera; también se infiltra en las grietas de nuestras propias decisiones, cuando justificamos el sufrimiento ajeno por conveniencia o cuando callamos por miedo a las consecuencias. **El mal prospera cuando se le ignora, y su perpetuación es una colaboración silenciosa.**

Cuando lo Inmoral Se Disfraza de Virtud

La **Ética del Mal** no es ausencia de ética; es su distorsión deliberada. Es la corrupción de los valores universales del mandato cultural para servir a fines destructivos y opresivos, mientras se camuflan con narrativas que apelan al bien común. No grita "injusticia", susurra "necesidad". No se presenta como maldad explícita, se presenta como un sacrificio inevitable: algo que **debe hacerse** para preservar la estabilidad, el progreso o la soberanía²¹.

El verdadero poder del mal radica en su habilidad para transformar el significado de lo bueno y lo malo. En esta ética torcida, la opresión no es una violación, es un acto de justicia²². El sufrimiento es un deber patriótico. El control absoluto es una medida legítima para garantizar la seguridad nacional. Al adoptar este lenguaje, el mal se convierte en un espectador dentro de nuestras sociedades: presente, pero invisible para aquellos que no desean enfrentarlo.²³

La Legalidad como Herramienta de Opresión

La legalidad como herramienta de opresión representa un fenómeno profundamente arraigado en los regímenes totalitarios, incluso las mismas democracias duras y antiguas coquetean con este tipo de narrativa inmersiva, utilizando los elementos más preocupantes del entorno para crear discursos aparentemente proteccionistas en bien de un bien común, pero carecen de la idoneidad y elementos prácticos de sostenibilidad democrática. Donde la ley se convierte en el arma más sofisticada para estructurar y perpetuar el poder. En este entramado, no se trata simplemente de un sistema legal que funcione en términos de justicia imparcial; más bien, se instrumentaliza como un dispositivo narrativo para reconfigurar los

²⁰ Metaxas, Eric. Bonhoeffer: Pastor, Mártir, Profeta, Espía (p. 192). Grupo Nelson. Edición de Kindle.

²¹ Hannah Arendt, *Los orígenes del totalitarismo*, 1951.

²² Viktor Frankl, *El hombre en busca de sentido*, 1946.

²³ Dietrich Bonhoeffer, *Resistencia y sumisión*, 1951.

fundamentos de la moralidad, anulando cualquier marco ético que pueda desafiar el dominio establecido.

En el régimen venezolano de Nicolás Maduro, esta legalidad adulterada es una maquinaria cuidadosamente diseñada para infiltrarse en el tejido más íntimo de la vida social y cultural. Es la manifestación visible de una ética subvertida, donde los valores como justicia, libertad y verdad son redefinidos y puestos al servicio del poder. La política, cuando abandona su misión de servir al bien común y se convierte en un instrumento de dominación, encuentra en la represión activa su medio para perpetuar su autoridad. Este fenómeno ha sido analizado por filósofos como Michel Foucault, quien en su obra *Vigilar y castigar* describe cómo las instituciones de poder utilizan mecanismos de control y represión para mantener el orden social y político. Foucault argumenta que estas prácticas, en lugar de promover la justicia, perpetúan un sistema de dominación al establecer una relación de poder asimétrica entre los gobernantes y los gobernados. Aquí, la narrativa se convierte en la columna vertebral de la hegemonía: se redefine lo correcto y lo incorrecto, no a través de un consenso moral o ético compartido, se logra por la imposición de una visión unívoca que no admite discrepancia.

Ejemplos históricos como el régimen de apartheid en Sudáfrica ilustran cómo el marco legal se convirtió en una herramienta opresiva para legitimar la segregación racial, normalizando la desigualdad bajo el pretexto de la ley²⁴. Asimismo, en los juicios de Moscú de la era estalinista, la legalidad fue manipulada para eliminar a los opositores políticos, bajo una lógica de **"justicia revolucionaria"** que no era más que un disfraz de persecución política²⁵. Estas instancias muestran cómo la legalidad pervertida no solo define las reglas del juego, las establece como las nuevas normalidades "morales" que condicionan la vida de las sociedades bajo su yugo.

El chavismo, por ejemplo, ejemplifica este paradigma al conjugar elementos de socialismo del siglo XXI, populismo y nacionalismo bolivariano para construir una narrativa que legitime la centralización del poder. Hecho y línea que sigue al pie de la letra el insigne prodigo heredero del poder. En su retórica, conceptos como *"justicia social"* y *"empoderamiento popular"* siguen sirviendo para justificar medidas coercitivas que, bajo la apariencia de un bien común, destruyen la capacidad de resistencia ética de los ciudadanos²⁶. Este enfoque concentra el poder en manos del Estado, criminaliza la oposición al etiquetar cualquier forma de resistencia como enemiga de los intereses del pueblo²⁷.

La narrativa oficialista se articula a través de una compleja red de símbolos diseñados para penetrar en la psique del ciudadano común y reconfigurar su percepción de la realidad inmediata. Estos símbolos son mensajes, instrumentos que despiertan emociones intensas y un sentido de urgencia que desborda lo cotidiano. No es una advertencia más; es una

²⁴ Basado en los registros históricos sobre la legislación del apartheid en Sudáfrica.

²⁵ Referencia a las purgas estalinistas documentadas en diversos estudios históricos.

²⁶ Straka, T., *Leer el chavismo: continuidades y rupturas*, Nueva Sociedad, 2017

²⁷ Rodríguez Rojas, P., ¿Qué es el chavismo?, *Revista Propulsión*, 2020, p. 71-90

llamada existencial que coloca al receptor frente a una verdad ineludible: el momento de actuar es ahora, porque retrasarlo significa un error irreparable.

Cada símbolo está impregnado de significados universales que perforan las capas más profundas de la conciencia colectiva. Un reloj marcando los últimos segundos encarna la inminente pérdida de oportunidades vitales. Este símbolo no solo se comprende, se siente como una presión que impulsa al ciudadano hacia un umbral de decisión crítica.

Esta narrativa trasciende la simple transmisión de información; es una maquinaria que conecta la percepción con la acción, desmantelando cualquier barrera de indiferencia o comodidad. Escenarios cuidadosamente diseñados presentan las consecuencias de la inacción y las hacen palpables, con un realismo que impacta visceralmente: fracturas en la cohesión social, el colapso de sistemas fundamentales o la pérdida de los pilares que sostienen a la humanidad misma.

En este entramado simbólico, el problema se amplifica hasta volverse imposible de ignorar. No es un trasfondo que el ciudadano pueda relegar; se convierte en una urgencia que exige enfrentarse con determinación. El mensaje sitúa al receptor como protagonista de un momento crítico, un punto de inflexión histórico donde su respuesta inmediata es determinante. Si no actúa, la ventana de oportunidad se cerrará para siempre, dejando solo el eco de lo que pudo haber sido.

Este sentido de urgencia, reforzado por imágenes evocadoras y un lenguaje cargado de poder emocional, transforma la pasividad en acción consciente. El receptor no solo entiende la gravedad del problema; lo vive, lo respira, y, más importante aún, se siente convocado a formar parte activa de la solución.

Estos incluyen la reinterpretación de la historia y la manipulación del lenguaje, herramientas que desdibujan las fronteras entre la verdad y la propaganda. Un ejemplo empírico es la transformación del “Día de la Raza” en el “Día de la Resistencia Indígena”, una resignificación que no solamente cuestiona relatos históricos tradicionales; también impone una visión política que busca legitimar agendas contemporáneas bajo un velo simbólico. Esto incluye la creación de enemigos ficticios, el culto a la personalidad y la implantación de un discurso maniqueo que divide la sociedad en aliados y enemigos. Estas estrategias no solamente consolidan el control político; además, redefinen los valores culturales, transformando a toda una nación en un engranaje funcional al régimen²⁸.

En los regímenes totalitarios, la prensa se convierte en un instrumento clave para el control ideológico y la perpetuación del poder. La censura, la propaganda y la persecución de periodistas críticos son tácticas comunes para silenciar cualquier narrativa opuesta al régimen.²⁹ Los medios independientes son cerrados o cooptados, mientras que los oficiales promueven un discurso uniforme que glorifica al líder y justifica las acciones del gobierno.

²⁸ Mi Lucha, Adolf Hitler, edición electrónica en castellano, 2003, pág. 14.

²⁹ Jacques Ellul, *Propaganda: The Formation of Men's Attitudes*, 1965

Este ambiente ahoga el pluralismo informativo, limita la libertad de expresión y desinforma a la población, reforzando el aislamiento intelectual y la dependencia del Estado.

Frente a las estructuras opresivas del mal, las Escrituras se erigen como un contrapeso inquebrantable, firme en su carácter eterno e innegociable. Su autoridad no deriva de conveniencias culturales ni de circunstancias pasajeras; está profundamente enraizada en la identidad de un Dios personal y perfecto. Sus principios no son invenciones humanas; son verdades eternas que trascienden las narrativas temporales, reveladas directamente en las páginas de la Palabra de Dios.

La ética cristiana no es una simple respuesta moral; es un testimonio viviente del carácter divino. Cada uno de sus valores refleja el amor y la verdad que Dios imprimió en la creación desde el principio, aunque la caída los fracturó. A pesar de esa ruptura, las Escrituras revelan un diseño redentor que no solo restaura lo quebrado, también orienta a la humanidad nuevamente hacia su propósito original.

En este panorama global, donde las ideologías fluctuantes intentan justificar el mal, las Escrituras se alzan como una brújula eterna que orienta hacia la justicia y la esperanza. Su mensaje confronta las estructuras de poder injustas mediante una verdad que transforma, libera y restaura, en lugar de recurrir a la violencia.

La redención, como acto supremo de Dios, trasciende la mera reparación de lo quebrado; representa una reconstrucción integral que abarca todos los ámbitos de la vida: espiritual, moral, social y cultural. Vivir bajo los principios bíblicos no es únicamente un llamado, es también una forma de resistencia activa contra el mal y una proclamación vibrante del Reino de Dios.

En un mundo que relativiza la moral y oscurece la verdad, el cristiano está llamado a ser un faro de luz, un reflejo de la gloria de Dios. El propósito no es únicamente denunciar la injusticia; también implica modelar una vida renovada que encarne esperanza, amor y verdad eterna.

Dios no enfoca Su propósito en la permanencia de los elementos materiales con los que edificó el universo. Su atención está puesta en la restauración de aquello que recibió Su aliento de vida: las criaturas hechas a Su imagen. Lo que en el principio fue adornado con amor y verdad, el pecado lo distorsionó; sin embargo, la redención en Cristo busca restaurarlo en toda su plenitud.

Por eso, no podemos limitarnos a cumplir con dificultad una lista de principios superficiales, reducidos a actos externos que buscan aparentar piedad: asistir regularmente a la iglesia sin un corazón transformado, dar ofrendas sin verdadera generosidad o evitar pecados visibles mientras se ignoran los problemas del corazón como el orgullo, la envidia o la falta de perdón. La vida cristiana no consiste en marcar casillas dentro de una lista de acciones religiosas. Se trata, más bien, de una búsqueda activa de lo bueno, lo perfecto y lo verdadero. Esta búsqueda se lleva a cabo mediante la fe en un Dios que nos llama y nos santifica.

La santificación es la obra transformadora del Espíritu Santo. Es Él quien nos capacita para reflejar el diseño original de Dios: vivir para Su gloria, en comunión con Él y con los demás, siendo verdaderos testigos de Su amor y Su verdad.

No estamos aquí para formar grupos de resistencia alineados con un partido político en particular. Aunque nuestra participación como ciudadanos en el sufragio y en la obediencia a las leyes es un deber que reconoce nuestra pertenencia a una nación, aunque nos sintamos identificados con las narrativas de una oposición que lucha en sus términos por abrir pluralidad por medios democráticos, nuestra principal responsabilidad, como obreros aprobados por Dios, es resistir el mal en todas sus dimensiones. Esta resistencia es una expresión ética que trasciende lo temporal y se arraiga en la verdad del evangelio.

La resistencia ética no puede limitarse a gestos simbólicos ni a posturas vacías de propósito. Es una inmersión completa en la responsabilidad comunitaria hacia el bien del prójimo, comenzando con el llamado a que cada persona conozca y reciba la salvación en Cristo. Sin embargo, esta labor espiritual debe evidenciarse en una ética práctica y comprometida, que no tolere dobles estándares ni hipocresías.

Vivir esta ética implica encarnar una moralidad coherente, sin contradicciones, que refleje la fidelidad a la santidad de Dios. Es un llamado a actuar con integridad, a mostrar a través de nuestras acciones un carácter firme pero lleno de amor, que visibilice tanto la autoridad como la compasión inherentes a la santidad divina. Esto se traduce en actos concretos que evidencien justicia, misericordia y un amor auténtico por el prójimo, como una manifestación del carácter transformador de Cristo en nosotros.

La vida cristiana no consiste meramente en una adhesión a principios morales ni en una rutina de prácticas religiosas; es una vida transformada radicalmente por la obra redentora de Cristo. En su esencia, se trata de una vida restaurada que apunta a la reconciliación de lo que el pecado ha fragmentado: la relación con Dios, con el prójimo y con la creación. Esta vida surge únicamente por la gracia que irrumpe en el corazón, y no por el esfuerzo humano. Es esa gracia la que libera al creyente de su oscuridad y lo conduce a la luz de la comunión con Cristo. En esta nueva realidad, la vida cristiana se convierte en un testimonio viviente de la santidad de Dios, donde cada acción, pensamiento y decisión refleja Su amor, Su verdad y Su propósito eterno. Es una vida que cree y actúa; que espera y transforma. Expresa un rechazo al relativismo del mal y constituye una proclamación visible de un Dios cuya santidad irrumpe en la historia, redimiéndola y otorgándole un propósito eterno en Cristo. La encarnación y crucifixión de Jesús exigen justicia y, al mismo tiempo, la encarnan, transformando el tiempo y la historia en escenarios de redención. Esta ética se presenta como una respuesta concreta al presente, aceptado y transformado por Dios, que señala hacia la restauración final de todas las cosas³⁰.

Para construir una resistencia efectiva frente a las estructuras opresoras, debemos recuperar la memoria histórica del cristianismo como autoridad moral transformadora. Esta

³⁰ Bonhoeffer, D., *Ética*, Editorial Trotta, 2000, pág. 85.

resistencia se fundamenta en la configuración de Cristo en nosotros, donde la cruz y la resurrección renuevan nuestra identidad y nos capacitan para actuar con propósito.

Solo el hombre incorporado a Cristo es real, porque encuentra su identidad al ser juzgado por la cruz y renovado por la resurrección. Separarse de Cristo es caer en la autodestrucción, al pretender ser su propio creador, juez y renovador. El abandono de Cristo deshumaniza al hombre y lo desconecta de su propósito.

La resistencia cristiana es una fuerza, es teología encarnada, vivida en los previos de una comunidad, una etnia, un pueblo, un barrio, una casa, en el trabajo, en el mercado, en cualquier lugar donde nos movemos y existimos. Es un acto ético que está llamado a transformar las áreas de influencia sociales, nada podría seguir siendo igual si esta ética es expresada coherentemente. Debe enfrentar las estructuras opresoras con una narrativa de justicia y redención. La cruz, como la única autoridad moral, restaura al hombre y al mundo en fidelidad a la santidad de Dios.³¹ Esto implica reconocer los errores del pasado, como ocurrió cuando el régimen venezolano cautivó inicialmente a pastores y líderes espirituales con una retórica que prometía transformación y justicia. Al principio, muchos de estos líderes mostraron un apoyo visible, creyendo en las señales de un cambio profundo. Sin embargo, como ha sucedido en otros países, lo que comenzó como una promesa terminó hundiéndose trágicamente en proyectos sociales fallidos, plagados de corrupción y abuso de poder.

Ejemplos de esta dinámica abundan a lo largo de la historia, pero en el caso venezolano, una vez que la efervescencia inicial se enfrió, muchos líderes quedaron comprometidos con el aparato del estado. A pesar de los desastres evidentes y las acusaciones de organismos internacionales, algunos continúan respaldando un régimen cuya corrupción y devastación son innegables. Reconocer estos errores exige valentía, compromiso con la verdad y la justicia, independientemente del costo personal.³² Algunos pastores continúan mostrando apoyo al régimen de Maduro. Esta elección es un problema ético profundo: respaldar y aceptar migajas de un régimen hundido en el descrédito moral mundialmente reconocido y electoral fracturado, a todas luces, es un error que la historia y la eternidad juzgarán sin indulgencia. Este respaldo traiciona los valores fundamentales del evangelio, y perpetúa una narrativa de complicidad con la corrupción y la injusticia, cuyos ecos resuenan tanto en el tiempo como en la eternidad.^{33/34} Sin embargo, sectores evangélicos específicos critican estas alianzas, señalándolas contrarias al Evangelio³⁵

Las personas salen temprano a hacer filas interminables para intentar comprar productos básicos. Lo hacen bajo el sol, con hambre acumulada, con hijos al lado, mientras calculan si les alcanzará para el pasaje de regreso. A esto se suman los **cortes de luz frecuentes**, la **inestabilidad del agua potable**, el colapso del transporte público, la precariedad de los

³¹ Bonhoeffer, D., Ética, Editorial Trotta, 2000, pág. 107.

³² pastores y líderes espirituales que cayeron presa del amiguismo, recibiendo recursos de los organismos competentes se vieron forzados a ceder ante los discursos y la retórica del régimen

³³ Help Venezuela. <https://n9.cl/eticadelmal2> Destacándose figuras como M.G, líder del MOCEV, que organiza eventos en su favor y recibe beneficios como el *"Bono El Buen Pastor"*

³⁴ El Nuevo País <https://n9.cl/eticadelmal3>. Mientras R.S lideró oraciones contra sanciones internacionales

³⁵ Protestante Digital. <https://n9.cl/eticadelmal4>

hospitales. En medio de ese agotamiento cotidiano, se repite una narrativa que ha calado hondo: *"esto es culpa de la guerra económica"*.

Esa retórica, sostenida por el aparato oficial, ha sido utilizada como una herramienta discursiva para justificar actos que, bajo cualquier ética auténtica, serían condenados como crímenes. La **represión política**, el **encarcelamiento de disidentes**, la **militarización de lo civil**, y el **control absoluto de los recursos** se presentan como medidas necesarias para resistir una supuesta agresión extranjera.

En ese contexto, el gobierno ha legitimado su accionar represivo apelando al discurso de defensa de la soberanía nacional. Incluso ha llegado a **criminalizar la protesta pacífica**, tachándola de conspiración, y a **desmantelar instituciones democráticas**, bajo la excusa de proteger la estabilidad del país. Mientras tanto, se siguen evocando los fantasmas del **imperialismo**, el **sabotaje económico**, el **magnicidio**, como amenazas que justifican cualquier exceso, cualquier abuso.

El resultado es un clima donde el sufrimiento de la gente se convierte en argumento de propaganda, y donde la ética se subvierte: **lo injusto se llama necesario, y el control, salvación**. Todo mientras el pueblo soporta lo insoportable, esperando en filas, a oscuras, con cada vez menos esperanza³⁶.

En este sentido, conviene detenernos y observar con mayor detenimiento algunas **características estructurales y comportamentales** que definen con precisión el funcionamiento interno de estos regímenes. Estos modelos que son sistemas de dominación políticos disfuncionales, son **modelos de dominación cuidadosamente diseñados**, que actúan como engranajes interconectados para sostener el poder a toda costa.

Voy a mencionar a continuación algunas de estas **particularidades distintivas**, son realidades palpables que afectan la vida diaria de millones de personas. Son **patrones repetitivos** que aparecen en diferentes geografías y momentos históricos, aunque se adapten al lenguaje, la cultura o el contexto social de turno. Reconocerlos es un ejercicio analítico, un acto necesario de discernimiento ético y espiritual.

La violencia, en los regímenes totalitarios, rara vez comienza con golpes o disparos. Antes de hacerse carne en la represión, se hace lenguaje. Antes de llenar cárceles, llena los discursos. No se limita a los actos visibles o físicos, estas actuaciones **trasciende los umbrales del cuerpo para instalarse en la mente**, infiltrándose silenciosamente en las estructuras simbólicas que dan forma a nuestra percepción de la realidad. Es una violencia **estructural, cultural, narrativa**, que no necesita ser estridente para ser devastadora.

En este marco, el control totalitario no se conforma con regular las acciones externas de las personas; aspira a algo mucho más profundo: **modelar sus creencias, colonizar sus conciencias, disciplinar su imaginario**. Para lograrlo, recurre a la creación de enemigos

³⁶Uzcátegui, Rafael. *Venezuela: la Revolución como espectáculo*. Editorial La Malatesta, 2010, p. 238. Según el análisis de Rafael, esta política de criminalización a la protesta popular no sería posible sin la complicidad de los medios estatales y los denominados alternativos y comunitarios de Venezuela, subsidiados por el Estado. Por el sector gubernamental se reavivan los fantasmas de la agresión imperialista y el magnicidio, como mecanismo de aglutinamiento de sus seguidores.

internos y externos —figuras necesarias para mantener una narrativa de amenaza constante— que justifique la vigilancia, la censura, el control absoluto.

La ideología oficial se convierte, entonces, en una forma de violencia simbólica. Utilizando metodologías narrativas de repetición. No obliga a creer, **fabrica el marco narrativo desde donde todo debe ser interpretado**. Y lo más peligroso es que opera desde la invisibilidad: es una ideología camuflajeada con una "verdad" construida desde su propia narrativa, como "el camino correcto", como "la voz del pueblo".

Así, por ejemplo, los **medios de comunicación independientes** son etiquetados como *agentes del imperialismo, enemigos de la patria, mercenarios de potencias extranjeras*. Al hacerlo, los regímenes logran un doble efecto: por un lado, **deslegitiman toda crítica**, vaciando de autoridad cualquier voz disidente; por el otro, consolidan su hegemonía discursiva al presentar su relato como la única narrativa posible, incuestionable, casi sagrada.

Este tipo de violencia simbólica es profundamente teológica en su naturaleza, porque **afecta la verdad**, y donde se tuerce la verdad, se desfigura la imagen de Dios en el mundo. Lo que está en juego no es solo una disputa por el poder político, es una guerra espiritual por el significado, por la memoria, por la dignidad humana.

Quien controla la narrativa, **controla la conciencia moral de un pueblo**. Y cuando esa narrativa es manipulada, la injusticia se vuelve legal, la opresión se presenta como protección, y el pecado estructural se reviste de virtud patriótica. Por eso, **discernir la violencia que se esconde en las palabras** es una forma de resistencia espiritual. Nombrar las cosas como Dios las nombra es un acto profético. Y denunciar la manipulación del lenguaje es defender la verdad, incluso cuando hacerlo signifique sufrir.

En contextos así, **decir la verdad ya no es solo un acto ético: es una forma de liberación**. Porque donde el discurso ha sido capturado, toda palabra libre se convierte en semilla de rebelión.

La creación de enemigos externos —naciones críticas calificadas como "conspiradores"— y enemigos internos —opositores señalados como traidores de la patria— no es accidental, es una estrategia deliberada para reforzar la unidad frente a un "otro" que amenaza la estabilidad del sistema. Este proceso justifica la eliminación simbólica o literal de los disidentes y asegura que cualquier oposición sea vista como traición al pueblo o al Estado.³⁷

Finalmente, la violencia simbólica, por ser imperceptible, se convierte en la forma más insidiosa de control. Los regímenes totalitarios no necesitan reprimir físicamente a cada individuo si logran dominar el espacio narrativo en el que operan, moldeando así la percepción de lo que es real, justo o legítimo.³⁸ De este modo, aseguran que cualquier forma de disidencia se perciba como una anomalía, no como una alternativa válida.

³⁷ Žižek, *Violencia: Seis reflexiones marginales*, p. 21

³⁸ Žižek, *Violencia: Seis reflexiones marginales*, p. 35

La **normalización del sufrimiento** no ocurre de golpe, ni con estruendo. Se instala lentamente, **como una sombra que aprende a mimetizarse con la luz**, como una grieta que se expande sin ser notada. Su fuerza está en el dolor que provoca, en la **frecuencia con la que ese dolor es repetido**, día tras día, hasta que deja de ser percibido como algo anómalo. La repetición es su estrategia más eficaz, su coartada perfecta.

En los sistemas donde la injusticia se ha institucionalizado, el sufrimiento se vuelve parte del paisaje. Se infiltra en las colas interminables, en el estómago vacío, en el miedo a hablar, en la escasez convertida en rutina. Se repite en la noticia de otro joven detenido sin causa, en el apagón que deja a la ciudad en silencio, en la madre que regresa a casa sin comida. Y en esa repetición constante, el dolor **pierde su capacidad de conmover, de sacudir, de interrumpir**.

La conciencia, bombardeada por la misma herida una y otra vez, se **anestesia**, se endurece, se protege del colapso asumiendo el dolor como parte del orden natural de las cosas. El sufrimiento, así integrado en la cotidianidad, ya no llama a la compasión ni a la indignación. **Deja de ser un escándalo moral y se convierte en estadística**. Se vuelve paisaje. Silencio. Rutina.

Y cuando el dolor deja de provocar preguntas, cuando ya no duele ver al otro sufrir, cuando el alma se acostumbra a la injusticia, el sistema ha triunfado. Ha logrado **colonizar las estructuras sociales, así como también la interioridad humana**. La ética se adormece. La fe se enfría. El prójimo se desvanece.

Este es el verdadero peligro de la normalización: **la pérdida de sensibilidad espiritual**, la resignación como mecanismo de defensa, la ceguera aprendida como forma de sobrevivir. En ese estado, la injusticia puede seguir operando sin resistencia. Y el Reino de Dios, que clama por justicia y restauración, parece quedar en suspenso... salvo que alguien despierte.

Porque romper la normalización del sufrimiento no comienza con una protesta masiva. Comienza cuando alguien vuelve a **sentir**, cuando alguien decide no aceptar lo inaceptable, cuando el dolor del otro vuelve a ser propio, cuando la conciencia —movida por el Espíritu— **se niega a callar**. Entonces, el sufrimiento recupera su capacidad profética: nos interpela, nos mueve, nos llama. Y desde ese lugar, se reencuentra con su sentido redentor.³⁹

El Uso de la Legalidad para Perpetuar el Mal: Una de las herramientas más poderosas de los regímenes totalitarios es la legalidad manipulada. El mal se institucionaliza al crear leyes que justifican lo injustificable: la detención arbitraria de opositores, la confiscación de bienes, la censura de ideas⁴⁰.

La destrucción del concepto de verdad: En un régimen totalitario, **la verdad deja de ser una categoría objetiva y verificable**. No son los hechos lo que le importa, la razón o el testimonio honesto, todo está subordinado a la voluntad del poder. La verdad es reemplazada por una narrativa oficial que puede cambiar según las necesidades del régimen. Lo importante para ellos, los caudillos que amordazaron la verdad es lo que ocurre

³⁹ Simone Weil, La gravedad y la gracia, p. 84

⁴⁰ Documentos oficiales del régimen venezolano, Ley Orgánica de Seguridad de la Nación, 2015.

en su propio marco de verificación, en su propio marco de referencia, desde sus propias ideologías, dando matices de control totalitario bajo la bandera del nacionalismo, la bandera de los que no tienen voz y que ellos son la voz que da significado a sus vidas.

George Orwell lo expresa magistralmente en *1984*, su novela distópica escrita en 1949. En ese mundo, el Partido no solo controla los cuerpos, sino también **la historia, el lenguaje, y la memoria colectiva**. Uno de los pasajes más reveladores describe cómo el protagonista, Winston Smith, recuerda claramente que **Oceanía estuvo aliada con Eurasia**, pero ahora el Partido afirma lo contrario: *Oceanía siempre ha estado en guerra con Eurasia*. Y todos deben aceptarlo. Cualquier discrepancia es un *crimetal* (crimen de pensamiento).

“El Partido decía que Oceanía nunca había estado en alianza con Eurasia. Winston sabía que, hasta hace solo cuatro años, Oceanía había estado en alianza con Eurasia y en guerra con Eastasia. Pero, ¿dónde existía ese conocimiento? Solo en su propia conciencia, que, en cualquier caso, pronto sería aniquilada. Si todos los demás aceptaban la mentira que el Partido imponía—si todos los registros contaban la misma historia—entonces la mentira se convertía en historia y, por ende, en verdad”⁴¹.

Este pasaje ilustra cómo, en un régimen totalitario, **la verdad no tiene valor en sí misma**. Su único valor es funcional: sirve al propósito del poder. El control del relato es una estrategia política, una **herramienta espiritual de sometimiento**, porque anula **la capacidad de discernir**, de juzgar, de resistir desde la conciencia moral.

Este fenómeno no es solo una amenaza política. Es una **crisis moral y espiritual**, porque cuando se destruye la verdad, **se borra también la imagen de Dios** en la cultura. La Escritura afirma que Dios es “Dios de verdad” (Isaías 65:16RV1960), y que Jesús es *el camino, la verdad y la vida* (Juan 14:6RV1960). Por eso, la manipulación de la verdad es más que una táctica de poder: es **un acto de rebelión teológica**, un intento de suplantar a Dios como fuente última de significado.

La **resistencia cristiana**, en este contexto, comienza con el **testimonio firme de la verdad**. Decir la verdad —a pesar del costo— se convierte en un acto profundamente subversivo, una forma de fidelidad al Reino frente al imperio de la mentira.

Encender la Luz en la Oscuridad

En ese vacío denso donde la verdad es suprimida, juntamente con las demás manifestaciones de estos regímenes autoritarios la indiferencia actúa como cómplice. La oscuridad es ausencia de luz, una sustancia activa que crece en su propia esencia: es el

⁴¹ George Orwell, *1984*, 1949. Página 84 ("**1984**" de George Orwell es una de las novelas más influyentes del siglo XX, publicada en **1949**. Se trata de una distopía que advierte sobre los peligros del totalitarismo, la vigilancia masiva y la manipulación de la verdad. La historia sigue a **Winston Smith**, un trabajador del **Ministerio de la Verdad** en el superestado de **Oceanía**, gobernado por un partido totalitario encabezado por la figura omnipresente del **Gran Hermano** (*Big Brother*). Dado que existen múltiples ediciones, el contenido de la **página 84** puede variar, pero en muchas ediciones, esta parte del libro se encuentra en la sección donde **Winston Smith y Julia inician su rebelión secreta** contra el Partido. En este punto, Winston comienza a leer sobre la **resistencia liderada por Emmanuel Goldstein**, el supuesto enemigo del Partido y autor del libro prohibido "*Teoría y práctica del colectivismo oligárquico*".).

reino de las sombras donde los límites se desdibujan, donde la racionalización se convierte en un albergue cómodo para justificar lo injustificable. Esa "racionalidad" no es más que una lógica hueca que diluye las líneas entre el bien y el mal, revestida de excusas y argumentos que adormecen nuestras conciencias.

El silencio es su aliado más fiel, un estruendo ensordecedor de complicidad, que crece y se viraliza en la repetición constante de las mentiras que se hacen verdad. Es el eco de puertas que se cierran, de miradas que se desvían, de corazones que eligen la comodidad sobre el conflicto. Es como un manto de niebla que cubre las grietas por donde el mal se filtra, extendiéndose como raíces invisibles en un suelo abandonado. En la ausencia de actividad, se fomenta y se alimenta el propio mal. Un reloj oxidado marcando el paso del tiempo, una vela consumiéndose sin iluminar, unas manos que se cruzan mientras el mundo arde a su alrededor.

No puedo ofrecer soluciones fáciles ni consuelos vacíos frente al avance del mal en las estructuras sociales de este momento. Ha escalado con una profundidad alarmante, incrustándose como un quiste, un tumor maligno que crece en silencio, pero con una ferocidad implacable. Este mal, durante 23 años, ha invadido el tejido social de Venezuela, convirtiéndose en una amenaza existencial que demanda urgencia. Imagina ese quiste: un cuerpo extraño que se expande lentamente, invadiendo órganos vitales, una imagen constante de que, sin intervención, el desenlace es inevitable.

Así como un cirujano se ve obligado a cortar con precisión y firmeza para salvar al paciente, nosotros estamos llamados a actuar sin titubeos, porque ese paciente es Venezuela, y su vida cuelga de un hilo. Este no es un momento para liderazgos tibios ni para discursos estériles; es una hora crítica que exige líderes espirituales, teólogos y apologetas con una voz profética, relevantes y audaces en este tiempo. La demora no es neutral: es complicidad. Cada segundo de inacción permite que el mal profundice sus raíces. Una incisión firme, por dolorosa que sea, es el único camino para extirpar lo que amenaza con consumirlo todo.

"No seas vencido de lo malo, sino vence con el bien el mal" (Romanos 12:21, RV1960). Esta exhortación apostólica no es un cliché espiritual ni una frase para enmarcar. Es un llamado a una confrontación real, profunda y urgente. Pablo presenta el bien como una **estrategia activa de resistencia espiritual y moral** frente a un mundo marcado por la distorsión del bien y la glorificación del mal.

En este contexto, la lucha contra el mal no es un ideal **maleable**, moldeable según los ánimos del momento o las conveniencias culturales. No puede ser reinterpretada cada vez que el costo de la fidelidad parece demasiado alto. **El bien no se ajusta a las circunstancias; las confronta.** Y resistir el mal con el bien significa **desenmascararla con actos de verdad, justicia y misericordia.**

En una época donde las nociones de moralidad son constantemente reconfiguradas por los sistemas de poder y los discursos populistas, esta palabra —vencer con el bien— se convierte en un **acto subversivo de fidelidad cristiana.** Porque en un mundo donde la

ética es maleable y la verdad manipulable, sostener el bien con firmeza es, en sí mismo, un acto de guerra espiritual.

El propósito último de estas líneas es provocar una transformación radical en la manera en que entendemos y enfrentamos al mal. Debemos arrancarle sus disfraces y exponer sus métodos. Esto es un análisis interno del sistema totalitario que nos hunde en la desesperanza, un clamor ardiente por la verdad y la justicia. Es una chispa que busca encender el fuego de la acción, porque la luz debe prevalecer sobre las sombras.

Jesús nos advirtió sobre la sal que pierde su sabor y la luz que se oculta bajo un almud. La fe verdadera no es pasiva; confronta la injusticia, por más que esta se disfraza de retóricas políticamente correctas. Con coraje y convicción, arraigados en las escrituras, somos llamados a enfrentar el mal con determinación. La valentía de resistir, el discernimiento para actuar y el compromiso para iluminar las sombras son nuestras armas más poderosas. Este es el momento de encender la luz en medio de la oscuridad, de defender la justicia y proclamar la verdad, sin transigir ante la complacencia ni el temor.

La Iglesia está llamada a ser **“columna y baluarte de la verdad”** (1 Timoteo 3:15 RV1960)⁴², pero es culpable del desgaste moral en el cual se ve envuelta hoy. John Knox⁴³, Dietrich Bonhoeffer⁴⁴, R. C. Sproul⁴⁵ y Charles Spurgeon⁴⁶ señalaron, cada uno en su contexto, los peligros que surgen cuando la Iglesia se acomoda a estructuras de poder o tolera el pecado en sus propias filas. John Knox, reformador escocés, luchó sin descanso para que la Iglesia se separara de toda interferencia para preservar su pureza doctrinal. Con un espíritu combativo, denunciaba la corrupción y los abusos, convencido de que la Iglesia debía ser un faro de luz y no un actor complaciente frente a las tinieblas de su época.

Dietrich Bonhoeffer experimentó de primera mano, en la Alemania nazi, la complicidad de muchos líderes eclesiásticos con el régimen de Hitler, a la que él denominó la **“Iglesia delirante”**. En su visión, la comunidad cristiana pierde el contacto con la realidad cuando entrega su autoridad a los ídolos de turno y deja de confrontar el mal que la rodea. Para Bonhoeffer, la fidelidad radical a Cristo era innegociable, sobre todo en tiempos en que acomodarse a la injusticia parecía la salida fácil. Y parece que al sumergirse en esta batalla su fuerza teológica y ética le llevaron a un momento fuertemente histórico de resistencia activa.

R. C. Sproul, hablando a la Iglesia de nuestra generación, advertía sobre la banalización de la santidad de Dios. Enfatizaba que, sin una teología sólida, la congregación se vuelve susceptible a corrientes culturales que desdibujan la verdad bíblica. Para él, la sana doctrina no era un tema secundario, es el escudo protector contra errores que desembocan en abusos y encubrimientos.

⁴² Juan Calvino, Comentario sobre la Primera Epístola a Timoteo, en relación con 1 Timoteo 3:15. <https://n9.cl/eticadelmal5>

⁴³ Knox, John. The Works of John Knox, ed. David Laing (Edinburgh: James Thin, 1895).

⁴⁴ Bonhoeffer, Dietrich. El precio de la gracia (Título original: The Cost of Discipleship). SCM Press, 1959.

⁴⁵ Sproul, R. C. La santidad de Dios (Título original: The Holiness of God). Tyndale, 1985.

⁴⁶ Spurgeon, Charles. Véase “The ‘Downgrade’ Controversy” en The Sword and the Trowel (1887-1892).

Charles Spurgeon, llamado **“el Príncipe de los Predicadores”**, libró la llamada **“Downgrade Controversy”** alertando contra la relajación teológica que abría paso a un desastre moral dentro de la Iglesia. Advertía que el afán de popularidad o el temor al rechazo social no podían justificar el abandono de la verdad del Evangelio.

Hoy, en Estados Unidos, la Iglesia enfrenta escándalos que confirman las advertencias de gigantes de la fe que denunciaron desde temprano los peligros de una espiritualidad institucionalizada sin integridad. Más de **800 pastores de la Convención Bautista del Sur** han sido acusados de **abusos sexuales y conducta inmoral**, una cifra que sacudió profundamente a la comunidad evangélica global. Este suceso no solo ha provocado indignación, ha levantado una voz que ha evidenciado con crudeza cuán fácilmente la **corrupción puede infiltrarse** cuando se protege más la **reputación institucional** que la verdad, más la **imagen pública** que el bienestar de las víctimas.

¿Acaso la Iglesia de nuestro tiempo se ha vuelto delirante? ¿Ha perdido la sal su sabor? ¿Ha dejado de ser luz, convirtiéndose en una estructura opaca, ensimismada, más interesada en preservar sus privilegios que en encarnar la verdad que predica?

Estas preguntas no son retóricas, son **llamados urgentes** a una pastoral que debe **dejar de ser complaciente** y volver a ser **profética**. Son un grito para las comunidades de fe que han normalizado el silencio ante el pecado estructural, y para los líderes que han confundido influencia con autoridad espiritual. ¿Seguiremos disimulando? ¿Seguiremos defendiendo la marca "Iglesia" mientras el cuerpo sufre hemorragias internas?

Hoy, más que nunca, necesitamos una **Iglesia que no tema perder su prestigio si eso significa ganar verdad**, una pastoral que confronte el pecado, que proteja a los vulnerables, que no maquille el fracaso espiritual con cifras de crecimiento o relevancia mediática. Porque si hemos dejado de arder con la santidad de Dios, entonces nos hemos vuelto simplemente visibles, pero ya no luminosos. Y ese es el principio de nuestra irrelevancia.

La situación en Venezuela no escapa a esta oscura realidad. También aquí, dentro de iglesias que proclaman el nombre de Cristo, han salido a la luz casos de **abuso sexual, manipulación emocional de jóvenes y encubrimiento sistemático** por parte de líderes religiosos. No se trata de hechos aislados ni de desviaciones personales; estamos ante un patrón perverso que ha encontrado terreno fértil en una cultura eclesiástica donde el poder no siempre es pastoreado con temor de Dios, se ha vestido con trajes baratos, apetitos ocultos y corazones endurecidos por el pecado.

Lo más grave no es únicamente el abuso cometido en las altas esferas espirituales de las denominaciones, es la complicidad dentro de la **estructura de silencio que la sostiene**, la **complicidad que lo tolera** y el **miedo a romper el status quo** que paraliza a quienes deberían hablar. En muchos casos, se protege más la imagen de la institución que la dignidad de las víctimas. Se prefiere cubrir con un manto de espiritualidad lo que debería ser confrontado con santidad y justicia. Y así, el daño hiere profundamente a quienes han sido vulnerados, **destruye el testimonio del evangelio** ante una nación que clama por verdad.

¿Dónde está la voz profética de la Iglesia? ¿Dónde están los líderes que deberían ser centinelas del rebaño, no cómplices del lobo? ¿Cuántas veces más el pecado será ocultado tras el velo de la lealtad institucional o disfrazado como un simple error humano? La complicidad pasiva es también una forma de corrupción. Y cuando la Iglesia se convierte en una estructura que protege al abusador y silencia al herido, deja de ser cuerpo de Cristo para convertirse en instrumento del mal.

Esta no es solo una crisis pastoral; es una **crisis espiritual**. Lo que está en juego no es la reputación de una denominación, es la **credibilidad misma del mensaje de salvación** que proclamamos. Si no hay arrepentimiento genuino, justicia activa y restauración del orden ético, entonces nos estamos convirtiendo en **templos sin gloria**, en **estructuras vacías** que niegan con su silencio lo que predicán con sus labios.

Es tiempo de **denunciar el pecado institucionalizado**. De levantar la voz. De proteger a los inocentes. De llorar con los que han sido dañados. Y, sobre todo, de **volver a la cruz**, no como símbolo decorativo, elevarlo a la medida real de toda verdad, justicia y poder. Porque sin la santidad de Dios como norma, lo que queda es solo una caricatura del Reino. Y eso no transforma naciones; las arruina desde dentro.

A lo largo de la historia, la Iglesia ha enfrentado desafíos inmensos que intentaban despojarla de su misión y silenciar su voz profética. Pero la promesa de Cristo permanece firme: **Él edificará una Iglesia contra la cual ni las puertas del Hades prevalecerán** (Mateo 16:18 RV1960). En Enciende tu Fe: Sé una fuerza, se desafía a la Iglesia a abrazar su llamado con valentía: **"La Iglesia no necesita muros, sino un corazón en llamas. Es el fuego de la fe lo que ilumina el camino hacia una transformación disruptiva, una que no sigue las reglas del poder terrenal, sino que las revienta desde dentro"**.⁴⁷

Hoy más que nunca, este llamado exige una respuesta audaz: no contentarnos con resistir, debemos avanzar con la fuerza de quienes saben que su causa está respaldada por el poder de Dios. La Iglesia no puede dormitar mientras las estructuras del mundo se desmoronan; debe ser esa luz que resplandece en medio de la oscuridad, un faro que guía, sacude y transforma.

El llamado es a volver siempre a la Palabra de Dios, sin temer a la incomodidad que conlleva denunciar el mal, y cuidando con integridad a quienes sufren. En la fidelidad bíblica, la Iglesia encuentra la fuerza para resistir el pecado dentro y fuera de sus muros, y mantenerse como una voz profética y compasiva para un mundo necesitado de la gracia de Dios. Y esa verdad implica una resistencia activa a la corrupción y un compromiso tangible con la justicia; si la sal se vuelve insípida y la luz se esconde, permitimos que el mal justifique su avance. Por ello, la invitación no se limita a meditar en la teoría, exige que la gracia transformadora del Espíritu Santo produzca en nosotros valentía para enfrentarnos a todo disfraz del mal, conservando la pureza del evangelio y reflejando la luz de Cristo en cada dimensión de la vida.

⁴⁷ — Enciende tu fe, sé una fuerza: "El asombroso poder de la fe en Dios." por DANILO CARRILLO <https://a.co/4nT4WVK> Cap. 2, pág. 55.

La opresión

La "Ética del Mal" se revela como un sistema deliberado y meticulosamente diseñado por regímenes autoritarios para consolidar su dominio, aprovechando las complejidades sociales y tergiversando las narrativas progresistas del lenguaje. Este paradigma opera manipulando estructuras legales y programas sociales que, bajo la apariencia de equidad y estabilidad, en realidad encubren mecanismos sofisticados de control y opresión.

Anteriormente, expuse argumentos que sustentan esta visión, los cuales, aunque relevantes, no reiteraré aquí en detalle, confiando en que el lector puede integrar dichos conceptos para enfocarnos ahora en aspectos más profundos de este fenómeno. Indudablemente, la ética del mal se cimienta en columnas sostenidas por diversos tipos de poder. Al principio, todo parece dulce y complaciente, pero nada que lleve la etiqueta del mal se presenta como tal de manera explícita. Por ejemplo, se justifican prácticas como el aborto apelando al control demográfico, al bienestar de la mujer o a las limitaciones de recursos de ciertas clases sociales. Sin embargo, esta retórica, aunque astuta, a menudo encubre una intención insidiosa: normalizar lo malo bajo el disfraz de lo necesario.

Si eliminamos a Dios de la ecuación, ¿qué queda? Surge el estado como madre y señora de todos los derechos fundamentales, arrogándose la potestad de decidir lo que sea necesario para el supuesto bienestar colectivo. Este principio, usado por líderes religiosos para justificar la crucifixión de Jesús, también se aplica hoy: **"es mejor que muera uno para beneficio de todos"**. Así, se sacrifica a un hijo aún no nacido, a un anciano sin capacidad de producir, o a un discapacitado que no encaja en los parámetros del auto sustento. Bajo esta lógica, aquellos que no pueden defender sus derechos se convierten en prescindibles ante un sistema que favorece a los fuertes y autosuficientes.

Aunque esta retórica pueda parecer razonable desde una perspectiva utilitaria, representa una amenaza a la integridad de la vida humana, juzgada bajo principios moldeados por las élites del sistema opresor. Ejemplos como la política de un solo hijo en China, con sus devastadoras consecuencias demográficas y psicológicas⁴⁸, o la separación de familias en Corea del Norte y en democracias avanzadas, como parte de políticas migratorias, ilustran cómo estas dinámicas trascienden simples decisiones políticas y afectan los fundamentos éticos y familiares. En efecto, la desintegración de la familia se ha convertido en un objetivo estratégico de estos regímenes, más aún cuando han eliminado a Dios de la ecuación. Sin este fundamento trascendente, la redefinición de la familia obedece a las preferencias de las minorías y a las conveniencias políticas del momento.

Bajo este marco, los regímenes justifican sus políticas apelando a la justicia redistributiva y la igualdad, mientras consolidan discursos que demonizan la oposición y desacreditan los valores democráticos tradicionales. Un ejemplo paradigmático, en este punto, en este

⁴⁸ La política del hijo único en China fue implementada oficialmente en 1979 como una medida para controlar el crecimiento demográfico. Sin embargo, estudios posteriores revelaron impactos colaterales, como el envejecimiento poblacional, el desequilibrio de género y problemas psicológicos en familias que sufrieron la pérdida de hijos únicos. Véase Wang, Feng. *Demographic Transitions and Policy Adjustments in China*, 2016.

momento histórico sigue siendo, el chavismo, por supuesto, es nuestro caso en discusión, es de donde Sali huyendo, ese insidioso “*socialismo del siglo XXI*” combina elementos marxistas con narrativas populistas y nacionalistas para presentar el poder como un instrumento de redención social⁴⁹.

Además, esta estrategia incluye la apropiación de símbolos culturales profundamente arraigados, como la justicia y el bienestar colectivo, resignificándolos para legitimar un control centralizado. Lo que se presenta como una lucha por la equidad, en realidad se convierte en una plataforma para consolidar estructuras jerárquicas que limitan la libertad individual y la pluralidad política.⁵⁰ Esta instrumentalización, aunque efectiva, traiciona la esencia de una ética genuina basada en la justicia, la verdad y la compasión, valores universales reflejados tanto en las Escrituras como en las tradiciones democráticas.⁵¹

El impacto de este modelo en las sociedades es devastador: perpetúa la dependencia de los ciudadanos hacia el estado⁵², mientras debilita instituciones religiosas y éticas que históricamente han actuado como contrapeso al poder autoritario. En contextos como el nuestro, el contexto venezolano, estas dinámicas han generado un colapso social y económico de proporciones históricas, evidenciado en la migración masiva de ciudadanos desesperados por escapar de un sistema que los oprime.⁵³

Este análisis pone de manifiesto que la ética del mal no es simplemente un marco teórico, es sin duda a equivocarme, una realidad tangible que despoja a la humanidad de su dignidad, desafiándonos a desenmascarar sus mecanismos y a defender una ética basada en la verdad, la justicia y la compasión cristiana.

No se trata de idealizar el pasado ni de sugerir que, antes del chavismo y el madurismo, Venezuela vivía bajo una democracia auténtica y moralmente íntegra. Por el contrario, los cuarenta años previos al ascenso del chavismo estuvieron marcados por una **democracia simulada**, plagada de **corrupción estructural, rupturas morales, impunidad institucional y gobiernos ausentes o ineficaces**. Fue ese largo desgaste, ese fracaso progresivo de los partidos tradicionales y de sus élites políticas, lo que creó el caldo de cultivo para el surgimiento de un liderazgo mesiánico, autoritario y populista.

El chavismo no nació de la nada. Fue un **producto deformado —un aborto histórico— del colapso moral y político de la llamada Cuarta República**. El fatídico golpe de Estado de 1992, protagonizado por **Rafael Hugo Chávez Frías**, no fue simplemente un acto aislado de rebeldía militar: fue la irrupción simbólica de un nuevo tipo de caudillismo. Y aunque fue inicialmente condenado, los mismos **medios de comunicación y sectores**

⁴⁹ Rodríguez Rojas, Pedro. *La ideología chavista: ¿qué es el chavismo?* Universidad Central de Chile, p. 75.

⁵⁰ Arendt, Hannah. *Los orígenes del totalitarismo*. Editorial Taurus, 2018, pp. 136-140. Arendt analiza cómo los regímenes totalitarios utilizan símbolos culturales y valores como la justicia o el bienestar colectivo para justificar su control centralizado. Señala que esta apropiación resignifica dichos valores, no para promover una ética universal, sino para consolidar jerarquías opresivas.

⁵¹ Monroy Rueda, Francisco Javier. *La formación ética cristiana*. Bogotá, Colombia: Reflexiones Teológicas, p. 50.

⁵² Bonhoeffer, Dietrich. *Ética*. Ed. Trotta, Madrid, 2000. "La reconciliación entre la realidad histórica y los mandatos divinos como eje central de la ética cristiana". pp. 16-19.

⁵³ Bonhoeffer, Dietrich. *Ética*. Ed. Trotta, Madrid, 2000. "La responsabilidad concreta en el contexto histórico como testimonio de la encarnación de Dios". pp. 85-117.

políticos que luego lo criticarían, fueron en muchos casos quienes lo **convirtieron en un héroe de facto**.

Tras su salida de prisión, regresó a la escena pública, esta vez no como golpista, levantado como **candidato y caudillo de una coalición democrática**. Una coalición que, al poco tiempo, sería absorbida por un **proyecto de poder hegemónico**, revestido de lenguaje popular, redentor y antiimperialista. Desde entonces, han transcurrido más de **dos décadas de radicalización autoritaria**, en las que la izquierda gobernante ha endurecido su control a medida que **crecían las amenazas reales o percibidas de su caída**.

Lo que comenzó como una promesa de redención nacional, se transformó en un **proceso de blindaje represivo**, caracterizado por **leyes injustas, persecución política, concentración del poder, instrumentalización de las instituciones** y un **cercos sistemático a la libertad ciudadana**. Como lo ha demostrado la historia reciente de otros países, **la izquierda radical, cuando alcanza el poder por vías democráticas, rara vez lo abandona por los mismos medios**.

Y sin embargo, **aquí estamos**. En este tiempo complejo, incierto, desgastante. Y aunque las salidas humanas parezcan cerradas, **nuestra esperanza no reposa únicamente en pactos políticos o coyunturas internacionales**, es más que eso, descansa en la **intervención soberana de Dios en la historia de las naciones oprimidas por la mano ambiciosa de mentes maestras que ignoran el poder justo no negociable de Dios**.

Oramos, esperamos, perseveramos. No desde la resignación, lo hacemos desde la confianza activa de que Dios aún puede irrumpir en medio del quebranto. Como dice Habacuc: *"aunque la visión tardará aún por un tiempo... espérala; porque sin duda vendrá, no tardará"* (Habacuc 2:3, RVR1960).

Todavía un poco. Y esperamos todavía un poco. No desesperamos, porque sabemos que **en la espera, Dios puede estar obrando su magnífica obra**. Y cuando lo haga, no será un cambio superficial. Será una **liberación verdadera**, que comenzará en los corazones de los quebrantados donde el Reino de los cielos tiene su preminencia y continuara en las estructuras sostenidas por el poder corrupto que las ha secuestrado.

Una panorámica global

En **Asia, China** ha utilizado el discurso de la modernización rural y la erradicación de la pobreza extrema para justificar la expansión de su aparato de vigilancia masiva. Leyes como la de Seguridad Nacional en Hong Kong consolidan un control que restringe libertades fundamentales bajo el pretexto de garantizar la seguridad y la unidad nacional⁵⁴.

En **Medio Oriente**, países como **Irán y Arabia Saudita** han perfeccionado la retórica religiosa y los proyectos económicos para legitimar su poder. Mientras Arabia Saudita se proyecta como un líder reformista en la región, sigue reprimiendo cualquier forma de oposición política. Irán, por su parte, ha utilizado su narrativa de resistencia para justificar el apoyo a milicias aliadas y la represión interna, aunque en 2024 vio uno de los golpes más

⁵⁴ Ley de Seguridad Nacional en Hong Kong, observaciones del impacto en derechos fundamentales, Human Rights Watch, 2024.

grandes a su influencia con la caída del régimen de Bashar al-Assad en Siria⁵⁵. Durante años, el régimen sirio utilizó tácticas de represión violenta y una narrativa de estabilidad para mantenerse en el poder, pero fue derrocado tras una ofensiva rebelde que marcó un cambio significativo en la región.⁵⁶

Siria y el declive de un régimen

El caso sirio representa un contraste reciente en esta narrativa. Durante años, Bashar al-Assad utilizó una combinación de represión violenta, propaganda estatal y apoyo externo para mantener su régimen. Sin embargo, en diciembre de 2024, una ofensiva rebelde tomó Damasco y puso fin a décadas de dictadura familiar. La caída de Al-Assad resalta las limitaciones de la "Ética del Mal" cuando se fracturan las estructuras de control, que también debilita el "eje de resistencia" liderado por Irán, que pierde una pieza clave en su estrategia regional⁵⁷

En **África**, regímenes como el de **Ruanda** han combinado políticas de desarrollo con una fuerte centralización del poder. Bajo el liderazgo de Paul Kagame, el país ha avanzado en infraestructura y servicios, pero este progreso ha sido acompañado por la supresión sistemática de la disidencia política.⁵⁸

En **Europa**, regímenes híbridos como el de **Bielorrusia** bajo Alexander Lukashenko se sostienen mediante la manipulación electoral, la censura y el uso sistemático de la fuerza contra protestas populares. Estas acciones se justifican en nombre de la estabilidad frente a supuestas amenazas externas⁵⁹.

Cuba y Venezuela ejemplifican el uso estratégico de narrativas históricas que exaltan la resistencia frente al imperialismo, mientras enfrentan profundas deficiencias en sus sistemas económicos y servicios públicos. En el caso de Venezuela, el régimen de Nicolás Maduro ha reforzado su dominio político mediante leyes diseñadas para limitar la participación democrática, anulando la candidatura de figuras ampliamente favorecidas por la voluntad popular a través de procedimientos arbitrarios que consolidan el poder centralizado. Paralelamente, programas sociales como las cajas de alimentos básicos se han convertido en herramientas de control, utilizadas para someter a las comunidades más vulnerables, atando su subsistencia a la lealtad política⁶⁰.

El caso de Venezuela

En el periodo comprendido entre 2014 y 2024, el régimen de Nicolás Maduro consolidó un control absoluto sobre las instituciones democráticas en Venezuela. Este proceso se caracterizó por el uso de leyes represivas y la manipulación de servicios básicos para garantizar la dependencia política de la población. Las elecciones se transformaron en

⁵⁵ "Cómo la caída de Al Assad en Siria confirma que 2024 ha sido el peor año para Irán en décadas," BBC Mundo, 10 diciembre 2024

⁵⁶ "El nuevo gobierno de Siria dismantelará las facciones rebeldes que derrocaron a Al Assad," Cadena Ser, 17 diciembre 2024

⁵⁷ Fisk, Robert. *The Great War for Civilisation: The Conquest of the Middle East*. Vintage Books, 2006, pp. 837-845. Fuente externa <https://n9.cl/eticadelmal1>

⁵⁸ Análisis del régimen de Kagame en Ruanda, Freedom House, Informe Global 2024.

⁵⁹ Dinámicas de represión y manipulación en Bielorrusia, European Forum for Democracy, 2024.

⁶⁰ Dinámicas políticas y sociales en Venezuela, informes de Transparencia Internacional, 2024

simulacros diseñados para legitimar decisiones del poder ejecutivo, mientras que las ramas judicial y legislativa fueron completamente subordinadas a los intereses del régimen. Instituciones como el SEBIN y las FAES se utilizaron para implementar estrategias de vigilancia y represión, incluyendo desapariciones forzadas, detenciones arbitrarias y torturas, todas justificadas como "defensas necesarias contra la subversión."⁶¹

El chavismo, al igual que otros regímenes totalitarios, ha utilizado una narrativa que combina elementos emocionales y racionales para justificar la opresión. Desde la exaltación de figuras históricas como Simón Bolívar hasta la demonización de enemigos internos y externos, el régimen ha promovido una ética polarizante que fomenta la exclusión y la persecución. Esta narrativa, construida sobre la base de la justicia social y la defensa de la soberanía nacional, se presenta como una ética "retorcida", según el concepto de Dietrich Bonhoeffer, en la cual acciones moralmente reprochables se reconfiguran como necesarias para alcanzar un supuesto bien mayor.⁶²

Uno de los aspectos más insidiosos de este sistema es la normalización del sufrimiento como una condición inevitable. La precarización de servicios básicos y la censura mediática han llevado a que la miseria y la opresión se integren en la vida cotidiana. La ética cristiana, que enfatiza la justicia y el amor al prójimo, se encuentra en un conflicto directo con estas prácticas. Según Francisco Javier Monroy Rueda, la resistencia ética comienza con la capacidad de discernir la verdad y rechazar la lógica del sacrificio perpetuo, que es utilizada para justificar estas condiciones.⁶³

El aparato estatal chavista también se ha apoyado en una ética populista que disfraza la opresión como defensa de valores patrióticos. Esto incluye el uso de programas sociales y subsidios como herramientas de control político, consolidando la dependencia de la población y deslegitimando cualquier oposición. Este fenómeno ha sido descrito como una mezcla de elementos marxistas y populistas, diseñada para mantenerse en el poder, con el objetivo de redefinir la moralidad pública de acuerdo con sus objetivos.⁶⁴

La pasividad ante tales situaciones resalta como el aspecto más inquietante. La capacidad de discernir, reaccionar y resistir parece haber sido sustituida por una aceptación acrítica de las imposiciones autoritarias. Esta sombra, como un genocidio mental, busca devorar la luz que alguna vez iluminó los principios de libertad y justicia⁶⁵.

La pregunta "¿Es esto lo que somos?" no es solo retórica; es un clamor desde lo más profundo de un alma colectiva herida. Representa un desafío ético y cultural que exige una

⁶¹ López Sánchez, Roberto. "El proceso chavista: un análisis histórico comparativo." *Debates por la Historia*, 2023, p. 50. Vargas, Iraida et al. *Chavismo: Genealogía de una pasión política*. CLACSO, 2017, p. 112.

⁶² Monroy Rueda, Francisco Javier. "La formación ética cristiana." *Reflexiones teológicas*, 2013, p. 57. Straka, Tomás. "Leer el chavismo: Continuidades y rupturas con la historia venezolana." *Nueva Sociedad*, 2017, p. 78.

⁶³ Monroy Rueda, Francisco Javier. "La formación ética cristiana." *Reflexiones teológicas*, 2013, p. 57. Lacueva, Francisco. *Ética Cristiana*. Editorial Clie, 1975, p. 34.

⁶⁴ Vargas, Iraida et al. *Chavismo: Genealogía de una pasión política*. CLACSO, 2017, p. 112. Straka, Tomás. "Leer el chavismo: Continuidades y rupturas con la historia venezolana." *Nueva Sociedad*, 2017, p. 78.

⁶⁵ Monroy Rueda, Francisco Javier. "La formación ética cristiana." *Reflexiones teológicas*, 2013, p. 57.

respuesta activa, una resistencia moral que rechace tanto las promesas vacías como el destino de un rebaño que marcha dócil hacia su propia aniquilación espiritual.⁶⁶

Resistencia Ética

Resistir al mal no es solo oponerse a la violencia física o a la injusticia evidente. Es más profundo. Es un llamado a confrontar la arquitectura invisible de la mentira, el cinismo institucional, la normalización del dolor ajeno. Resistir, en este caso, significa **no pactar con una ética torcida**, por muy vestida de bien común que se presente. Es una resistencia **ética, bíblica, espiritual y práctica**, que exige que quienes conocen la verdad revelada vivan según ella, incluso cuando hacerlo sea incómodo, incluso cuando implique pérdida.

La llamada "ética del mal" no suele anunciarse o presentarse por medios violentos, prácticas visiblemente represivas. No llega gritando. Se disfraza. Se infiltra en leyes, en discursos, en políticas públicas que prometen justicia mientras silenciosamente diseñan vigilancia, exclusión, castigo. Ofrece beneficios que parecen virtuosos: alimentos subsidiados, viviendas accesibles, programas sociales. Pero detrás del rostro amable se esconde una maquinaria que **confunde ayuda con control, y transforma la necesidad humana en una herramienta de manipulación, vigilancia y compra de conciencias**.

La resistencia, entonces, comienza cuando aprendemos a **desenmascarar las narrativas**. Cuando dejamos de repetir sin discernir. Cuando comenzamos a filtrar cada afirmación de poder por los absolutos de Dios, los que no cambian, los que no se ajustan a conveniencias políticas ni a ideologías fluctuantes. No basta con saber que algo está mal: hay que **exponer el fundamento falso** en el que se apoya.

Por ejemplo: una política habitacional que promete dignidad a los pobres, y que a simple vista parece un acto de justicia social. Pero ¿qué ocurre cuando esa misma vivienda se convierte en un instrumento de vigilancia? ¿Cuándo se instala allí un techo, no se instala también un sistema de control? ¿Cuándo los beneficios son retirados a quienes piensan distinto o se atreven a cuestionar al régimen? El mal no siempre se presenta como castigo. A veces llega **con apariencia de milagro**, y solo los ojos entrenados en la verdad pueden reconocer el veneno mezclado en la miel.

Frente a esto, **el cristianismo bíblico no puede permanecer neutral**. Porque el Reino de Dios no consiste en panes regalados para comprar lealtades, ni en viviendas condicionadas por obediencia política. Consiste en **una justicia que protege la dignidad humana, sin condiciones ideológicas ni amenazas encubiertas**. La vivienda, desde esta perspectiva, no es un favor que el Estado otorga, es un derecho que debe garantizarse sin cadenas. Privacidad, libertad, y respeto no pueden ser monedas de cambio para comprar silencio.

Por eso, hoy más que nunca, se necesita una Iglesia que **piense éticamente y actúe proféticamente**. Que construya un **marco de discernimiento**, basado en los preceptos bíblicos, no para evaluar políticas públicas, des con el objetivo de juzgar las intenciones espirituales detrás de las narrativas oficiales. Un filtro que permita al creyente —desde la

⁶⁶ Lacueva, Francisco. Ética Cristiana. Editorial Clie, 1975, p. 34.

cotidianidad— determinar si una decisión de gobierno sirve realmente al pueblo o solo protege al sistema que lo domina.

Y aquí es donde el lector no puede huir. Esta es una reflexión crítica del aparato que hoy está reprimiendo la conciencia de un bravo pueblo. Esta es una interpelación directa: **¿estás discerniendo o estás repitiendo? ¿Estás aplaudiendo lo que en realidad es una estrategia del mal? ¿Has convertido la seguridad del presente en excusa para justificar la esclavitud del futuro?**

La Escritura no nos deja margen para ambigüedades: *“No seas vencido de lo malo, sino vence con el bien el mal”*(Romanos 12:21RV1960). Pero para vencer con el bien, **primero hay que llamarlo por su nombre, reconocerlo, sostenerlo, vivirlo sin atajos**. Y eso exige valentía. Exige renunciar a los beneficios fáciles, a los pactos silenciosos, a la comodidad moral.

La pregunta, por tanto, no es si el régimen miente —eso ya está claro—. La pregunta es: **¿te vas a prestar para sostener esa mentira?** ¿O vas a ser parte de una resistencia ética que, aunque silenciosa, sacude los cimientos del mal porque está anclada en la verdad inamovible de Dios?

Mi oración propuesta para resistir los mecanismos insidiosos de la ética del mal es:

Padre Celestial, devuelve a Venezuela el hilo constitucional perdido, mancillado, laqueado y pervertido. Haz justicia a un pueblo hambriento de verdad y de equidad; una justicia que brote de un juicio justo, conforme a Tu corazón. Levanta a un pueblo valiente que clama en medio de la opresión, y sustenta sus necesidades más básicas, aquellas que dignifican la vida y afirman la imagen de Dios en cada ser humano. Amén.

El futuro —el tuyo, el de la Iglesia, el de la nación— dependerá de cómo respondas a esa pregunta. Y esa pregunta se responde con una oración audaz, una oración valiente, una oración nacida de la aflicción por el que sufre, por el que llora, por el que anhela ver pan en su mesa, agua en su cisterna y luz en sus noches oscuras.

El grito silencioso de un mundo en tinieblas: Hay un grito, pero no es audible. No retumba en las plazas ni en los congresos. Es el **grito silencioso de un mundo sumido en tinieblas**, un clamor ahogado bajo el peso de una maquinaria cultural que, sin disparar una sola bala, está cometiendo un genocidio de otro tipo: uno **mental, espiritual, simbólico**. No hace falta mirar lejos. Está en las pantallas encendidas, en los libros de texto cuidadosamente editados, en la música que normaliza el vacío y en los discursos que glorifican la autonomía humana mientras despojan al alma de su anclaje eterno.

Es un adoctrinamiento invisible pero implacable. No necesita tanques ni tropas. Le basta con la repetición. Como el agua que, gota a gota, horada la piedra, así operan sus métodos: persistentes, insensibles, bien disfrazados. Los medios de comunicación, las instituciones educativas, la cultura popular... todos parecen haber sido reclutados en una sola sinfonía, afinada para **cantar una melodía unificada: la del hombre como medida de todas las cosas**. Pero lo que parece libertad es, en realidad, un tipo nuevo de prisión. Una prisión

mental. Una cárcel de sentidos donde **el pensamiento crítico es ridiculizado**, la voz disidente es silenciada, y el alma sedienta de verdad es tratada como una amenaza.

La mayoría sigue adelante. Algunos cansados. Otros distraídos. Muchos temerosos. Bajando la mirada. Aceptando las nuevas reglas del juego. Sin saber que las **cadenas que abrazan hoy, por comodidad o miedo, serán las que los aprisionen mañana**. Y lo más perturbador es la potencia del sistema, unido a la disposición del corazón humano a participar en su propia esclavitud. Porque el problema no es solo externo. No se limita a elites perversas ni a tiranos visibles. El verdadero campo de batalla es más íntimo, más profundo, más inquietante.

Los métodos modernos han cambiado. Son más sofisticados. Más sutiles. Pero la raíz permanece inalterada: **la rebelión del hombre contra Dios**. Ese ha sido siempre el centro de la tragedia humana. El totalitarismo, entonces, no es un fenómeno político aislado. Es la expresión concentrada del pecado humano institucionalizado. Es el **intento del hombre de ser dios**, de controlar la verdad, los destinos, las decisiones, los cuerpos, las conciencias. Y aunque los gobernantes lleven uniforme o sonrisa, aunque hablen de progreso o de paz, el pecado sigue siendo el mismo: **usurpar el trono de Dios**.

Pero esto no puede convertirse en un lamento que solo señale al otro. Porque los pueblos, las multitudes, los ciudadanos comunes —nosotros— no somos simples víctimas. También somos cómplices. No por lo que sufrimos, es más profundo, por lo que permitimos. Por lo que aplaudimos. Por lo que callamos. Por lo que justificamos. En nombre de la seguridad, de la conveniencia, del miedo... **cedemos terreno al mal con cada concesión que llamamos pragmatismo**.

Y aquí emerge la verdadera raíz del asunto. No es un "ellos" contra "nosotros". No es una guerra entre buenos y malos. Es **el reflejo de un mal más profundo: el pecado que habita en cada corazón humano**. Porque el mismo que hoy denuncia la tiranía podría, si tuviera el poder, convertirse mañana en opresor. ¿Por qué? Porque, como enseñó Calvino, *"el corazón humano es una fábrica inagotable de ídolos"*. Y si no es Dios quien reina en el corazón, siempre habrá algo o alguien más que lo haga: un líder, una ideología, un deseo desordenado. **La idolatría no necesita templo. Solo necesita espacio en el alma**.

Es aquí donde la fe reformada, arraigada en la soberanía de Dios, nos ofrece una visión más alta, más firme, más verdadera. Mientras el mundo juega con el poder, **la Escritura afirma que hay un único soberano legítimo: Dios**. Y aunque su Reino no es de este mundo, su dominio **afecta profundamente este mundo**. La verdadera libertad —la que no puede ser expropiada, censurada ni suprimida— no comienza con el cambio de régimen, comienza con la **redención del corazón humano**, liberado del pecado por la obra de Cristo.

Esa esperanza no es ingenua. No ignora las estructuras corruptas ni minimiza el dolor. Reconoce que los sistemas están caídos. Que las instituciones están contaminadas. Que la cultura ha sido deformada. Pero también proclama con firmeza que **el Reino de Dios está avanzando**, incluso cuando las tinieblas parecen más densas. *"El Señor ha establecido su trono en los cielos, y su reino domina sobre todo"* (Salmo 103:19, RVR1960). Lo que esto significa es crucial: el mal **no tiene la última palabra**. El trono del hombre se tambalea; el trono de Dios permanece.

Entonces, la pregunta práctica no puede seguir siendo postergada. ¿Cómo respondemos a este genocidio mental y espiritual? ¿Cómo resistimos sin convertirnos en lo que criticamos? ¿Cómo denunciemos sin arrogancia, actuemos sin odio, y discernimos sin caer en desesperación? La respuesta no comienza con una estrategia política, comienza con **una reforma espiritual**. Una Iglesia despierta. Una conciencia alerta. Un pueblo que ora para enfrentar los desafíos públicos y políticos con la luz encendida del evangelio de paz que confronta las tinieblas y la oscuridad magnificada en totalitarismo gubernamental.

La libertad comienza en el corazón. La resistencia comienza con la verdad. Y la victoria pertenece al Cordero que fue inmolado, pero que vive y reina sobre toda mentira, todo imperio, todo ídolo.

Y tú, que has leído hasta aquí, ya no puedes decir que no sabías.

No puedes afirmar que este problema no te afecta solo porque saliste junto con la diáspora a buscar esperanza. No existe un solo venezolano —ni fuera ni dentro del país— que pueda decir con justicia: “Este problema no es mío”. Porque lo es. Es nuestro. Es de cada venezolano que está adentro y de cada venezolano que está afuera. Y sabemos que esta batalla por recuperar la dignidad universal del ser humano es mucho más grande que una bolsa de comida, que un militar que reprime o que un enchufado que se aprovecha de la cadena de suministro.

Tarde o temprano —incluyendo a todo medio silenciado, a toda conciencia dormida y a todo individuo que ha sido mancillado, apartado, encarcelado o vedado por el régimen— **la justicia de Dios se hará presente**. Es una larga batalla. Y no podemos permitir que una oposición resquebrajada negocie lo poco que nos queda económicamente a cambio de una falsa libertad.

He visto, con desdén, cómo se ofrece la privatización de empresas que han fracasado en manos del Estado. Pero ¿acaso han fracasado simplemente por estar bajo gestión estatal? Esa idea es una utopía mal fundamentada. No han fracasado por el modelo de propiedad, han fracasado por la **mala gestión**, por la **corrupción**, por la **ausencia de administradores íntegros**, capaces de cuidar los recursos que pertenecen a todos los venezolanos.

Esta locura —esta carrera desenfrenada por venderlo todo a cambio de recuperar nada— puede terminar siendo la punta de lanza, tanto de un sector como del otro, para alcanzar el poder y sus accidentes. El riesgo es que, una vez más, los intereses políticos disfracen de progreso lo que en realidad es saqueo institucional.

Nosotros, como venezolanos, debemos liberarnos. Debemos romper estas costosas cadenas que nos oprimen. La batalla está servida. Y el campo más decisivo no está allá afuera. Está adentro. En cada venezolano que reza, que ora, que clama y que se aflige por una Venezuela libre.

Primero, debemos comenzar con nosotros mismos. No podemos combatir la tiranía externa si seguimos siendo esclavos internos de nuestros ídolos personales, de la inmoralidad, de la falta de lealtad, del amiguismo y las cadenas de roscas interminables que encarecen los precios. Esto requiere un arrepentimiento genuino. Una rendición diaria

al Señorío de Cristo. Porque el cambio verdadero —el que perdura, el que transforma naciones— comienza en el corazón regenerado por el Evangelio.

Segundo, debemos comprometernos con la verdad, incluso cuando sea costoso. En un mundo que glorifica la mentira, decir la verdad es un acto revolucionario. Pero no se trata solo de hablar: debemos vivir vidas que encarnen esa verdad, mostrando al mundo que existe una alternativa al cinismo y la desesperanza. Nuestra esperanza no está en las instituciones humanas, sino en el Dios que hace nuevas todas las cosas.

Finalmente, debemos actuar. La fe reformada nos llama a ser protagonistas, a una confianza activa en la soberanía de Dios. Esto significa denunciar la injusticia, defender a los débiles y proclamar el Evangelio en cada esfera de la vida. Como decía Abraham Kuyper: *"No hay un solo centímetro cuadrado en todo el dominio de nuestra existencia sobre el cual Cristo, quien es soberano sobre todo, no exclame: ¡Mío!"*.

El final no está en duda: Estamos en una batalla, pero no una batalla desesperada. Sabemos cómo termina esta historia. Los poderes que hoy parecen invencibles serán derrocados por Aquel que reina para siempre. Y mientras tanto, somos llamados a ser fieles, a ser prevalentes y consistentes con la gracia que Él provee. No somos borregos sin esperanza. Somos ovejas de Su prado, guiadas por el Buen Pastor que dio Su vida por nosotros. Frente a los totalitarismos de este mundo, recordemos: no hay cadena tan fuerte que Su poder no pueda romper, ni tiniebla tan densa que Su luz no pueda disipar.

Así que no, no somos borregos que se resignan. Somos un pueblo redimido, llamado a proclamar con valentía la verdad que libera, la justicia que restaura y la gracia que transforma. Y esa verdad, justicia y gracia tienen un nombre: Jesucristo.

La serpiente: Una verdad, una ley, un artilugio

El jardín del Edén, un espacio donde el orden fluye sin interrupciones, se sostiene sobre una verdad única y una sola ley. En este contexto de claridad absoluta, la serpiente irrumpe, no con fuerza ni violencia, lo hace con el susurro sutil de una duda: ***“¿Conque Dios os ha dicho?”*** (Genesis 3:1 RV1960). Este cuestionamiento del mandato del Todopoderoso Creador es el primer aliento del mal en el transitar humano, que no necesitó aniquilar el mandato del para desestabilizarlo; le bastó con teñirlo de ambigüedad⁶⁷.

En este sentido, el mal no necesita eliminar el mandato de los absolutos de Dios; le basta con convertirlo en una cuestión debatible, susceptible de ser reinterpretados a la luz de su propia conveniencia. Este acto de fragmentación y distorsión no es un simple error humano, es una estrategia intencionada del pecado para sembrar el caos ético. La ambigüedad no solo confunde, abre la puerta a nuevas estructuras corruptas que justifican la desobediencia bajo el velo de la plausibilidad. La serpiente, al poner en duda las palabras de Dios, inicia este ciclo de subversión donde el bien y el mal se vuelven herramientas del ego humano.

⁶⁷ Bonhoeffer, D. (2000). *Ética* (L. Duch, Trad.), p. 85. Madrid: Editorial Trotta.

“El que el mal aparezca en forma de luz, de beneficencia, de fidelidad, de renovación, el que aparezca como necesidad histórica, de justicia social, es clara confirmación de su malicia abismal para el que observa las cosas con sencillez.”⁶⁸

Bonhoeffer articula esta verdad de forma contundente cuando afirma que el mal no es la ausencia de moralidad, sino su perversión. El mal toma lo que es verdadero y lo presenta de manera parcial o invertida, privando al ser humano de la claridad del mandato de las escrituras. Este acto de corrupción no solo afecta la relación entre el hombre y Dios, sino también entre los seres humanos, desintegrando el tejido de la comunidad creada para reflejar la voluntad absoluta de Dios.

El diálogo entre la serpiente y Eva no es un simple intercambio de palabras. Es un enfrentamiento entre el orden perfecto de Dios y el artificio del mal, que utiliza el lenguaje no para iluminar, sino para oscurecer⁶⁹. Cada frase de la serpiente es un acto de erosión, un intento de transformar la ley de Dios en una propuesta debatible y cuestionable a la luz de las realidades inherentes de la humanidad. Al distorsionar los absolutos de Dios, la serpiente planta en Eva la semilla de una falsa autonomía: la idea de que el bien y el mal no necesitan ser revelados por Dios, que pueden ser discernidos y apropiados por la humanidad. Este momento único en la historia humana marca el inicio de un sistema ético autónomo que rechaza la autoridad divina y fragmenta la verdad absoluta en favor de narrativas relativas y humanistas. La autonomía que promete la serpiente no es una liberación genuina, la eleva a una ilusión que encierra al hombre en sus propios límites, conduciéndolo a una moralidad fragmentada e inestable que lo destruye progresivamente. Esta falsa autonomía no solo afecta la relación del hombre con Dios, socava la responsabilidad mutua y el mandato cultural de cuidar la creación bajo la autoridad providencial de Dios.⁷⁰

La serpiente encarna el mal en su forma más insidiosa: como un falsificador. Su propuesta de ***“seréis como Dios”*** es un llamado a la supuesta emancipación que, en su esencia, es una negación del único orden verdadero⁷¹. Este acto de subversión es un movimiento calculado para presentar la desobediencia no como pecado, lo eleva como iluminación⁷².

En el contexto descriptivo de la narrativa bíblica, el mal se revela como un maestro en el arte del discurso inmersivo, transformando el acto prohibido en algo aparentemente legítimo mediante imágenes sensoriales que seducen al ojo y apelan al deseo. Este acto de subversión no necesita destruir directamente la verdad, la reemplaza con una mentira plausible, revestida de un lenguaje que normaliza lo impensable. Esta estrategia opera donde lo moralmente inadmisibles se oculta bajo un velo de obediencia y deber acrítico. El mal no siempre se presenta como un acto monstruoso, la mayoría de las veces lo hace

⁶⁸ Bonhoeffer, D. (2000). *Ética* (L. Duch, Trad.), p. 80. Madrid: Editorial Trotta.

⁶⁹ Levinas, E. (1961). *Totalidad e infinito: Ensayo sobre la exterioridad*. La Haya: Martinus Nijhoff.

⁷⁰ Schaeffer, F. A. (1969). *Muerte en la ciudad*. Illinois: InterVarsity Press, p. 89.

⁷¹ Wright, N. T. (2012). *How God Became King: The Forgotten Story of the Gospels*. New York: HarperOne, p. 132.

N. T. Wright analiza cómo la propuesta de “seréis como Dios” presentada por la serpiente en el Génesis no debe interpretarse como un rechazo directo a la autoridad divina, sino como una estrategia más sutil que enmascara la subversión del orden divino bajo el pretexto de una supuesta emancipación. Según Wright, esta narrativa refleja una dinámica constante en la historia humana, donde la autonomía pretendida se convierte en un rechazo implícito de la soberanía de Dios y en la corrupción del diseño original de la creación.

⁷² Monroy Rueda, F. J. (2013). La formación ética cristiana. *Reflexiones Teológicas*, 11(1), 49-62.

como una maquinaria que manipula la percepción y reviste sus acciones de legitimidad aparente, dejando de lado la reflexión moral auténtica⁷³.

Caín y Abel: La sangre clama desde la tierra

En la historia de Caín y Abel, la trama se profundiza. Los dos hermanos, hijos del primer hombre y la primera mujer, se convierten en los protagonistas de un conflicto que trasciende lo fraternal. Ambos traen sus ofrendas a Dios, pero mientras Abel presenta lo mejor de su rebaño, Caín ofrece el fruto de la tierra. Dios, en Su soberanía, se complace en la ofrenda de Abel y no en la de Caín (*Génesis 4:3-5 RV1960*). Este acto refleja la institución establecida desde el principio, donde las ofrendas aceptables no estaban centradas en los frutos de la tierra, sino en sacrificios de sangre que simbolizaban obediencia, entrega y expiación. Abel, al presentar lo mejor de su rebaño, responde al diseño soberano de Dios, mientras que Caín, al ofrecer los frutos de la tierra, ignora esta disposición y actúa conforme a su propio criterio⁷⁴. Aquí, la narrativa introduce la tensión entre la justicia de Dios y la respuesta humana ante ella, revelando la división entre la obediencia genuina y la autocomplacencia que busca redefinir los términos establecidos por Dios, para redefinir los preceptos a la luz de la sabiduría propia, la decisión propia, y finalmente ser rechazado por asumir su propio sacrificio.⁷⁵

Caín, consumido por la ira, no busca entender el orden establecido desde el principio, ni reflexiona sobre su propia acción. En lugar de ello, se deja guiar por una voz interna, la misma que domino en la serpiente, que le susurra que el camino hacia la restauración no está en la obediencia, sino en la eliminación del testigo que pone al descubierto su insuficiencia. **“Salgamos al campo”**, dice a su hermano, ocultando bajo una apariencia de normalidad el acto premeditado que ya existía en su corazón y mente y solo faltaba la consumación de tal abominable acto, bajo el pretexto de eliminar la prueba de ser rechazado. (*Génesis 4:8 RV1960*).

Dios, al confrontar a Caín, no lo acusa inmediatamente, lo interroga: **“¿Dónde está tu hermano Abel?”** (*Génesis 4:9 RV1960*). Este cuestionamiento no busca información, busca una confesión. Pero Caín, lejos de reconocer su culpa, responde con insolencia ocultando su acción vil: **“¿Soy yo acaso guarda de mi hermano?”**. En esta respuesta, el mal alcanza un nuevo nivel de audacia, desafiando directamente la autoridad de Dios y tratando de evadir Su juicio.⁷⁶

El asesinato de Abel es el acto de violencia fratricida más brutal de la historia, fue la primera sangre derramada injustamente. Fue un **manifiesto teológico**, un grito silencioso contra el orden establecido desde el principio, en contra del mandato cultural. En ese campo manchado de sangre, Caín eliminó a su hermano; e **intentó anular a Dios como Juez**

⁷³ Arendt, H. (2003). *Eichmann en Jerusalén: Un estudio acerca de la banalidad del mal* (C. Ribalta, Trad.), p. 110. Barcelona: Lumen.

⁷⁴ en el artículo "Sacrificio que agrada a Dios" de Enduring Word (<https://es.enduringword.com/sacrificio-que-agrada-a-dios/>), se argumenta que "muchas personas han creído que Dios aceptó a Abel y su ofrenda porque consistía en un sacrificio de sangre", sugiriendo que solo un sacrificio de sangre podía complacer a Dios.

Asimismo, en el sitio GotQuestions.org se plantea que "Caín y Abel, los hijos de Adán y Eva, 'andando el tiempo' trajeron ofrendas al Señor (Génesis 4:3). Sin duda, lo hacían porque Dios les había revelado la necesidad de un sacrificio".

⁷⁵ Bonhoeffer, D. (2000). *Ética* (L. Duch, Trad.), p. 85. Madrid: Editorial Trotta.

⁷⁶ Bonhoeffer, D. (2000). *Ética* (L. Duch, Trad.), p. 86-90. Madrid: Editorial Trotta.

Supremo, necesitaba silenciar la voz de la justicia que su hermano encarnaba. El acto no fue impulsivo, fue deliberado. No fue solamente humano, fue profundamente espiritual. Caín, al levantar la mano contra Abel, no solo mató a un hombre, **intentó borrar un testimonio**. En su corazón ardía el deseo de sustituir el juicio de Dios por su propia narrativa ética, de **redefinir el bien a su conveniencia eliminando a quien lo encarnaba**.

Pero Dios no fue indiferente. Y la tierra tampoco. La sangre de Abel, absorbida por el polvo, **no se diluyó ni se calló**. No fue silencio lo que siguió al crimen, fue un **clamor de justicia**. Un clamor que atravesó la tierra, que subió hasta el cielo, que **activó la justicia de Dios**. *“La voz de la sangre de tu hermano clama a mí desde la tierra”* (Génesis 4:10, RV1960). Esa sangre se convierte en **voz profética**, una denuncia que arde, que rompe el silencio cómplice, que **convoca al cielo a pronunciar juicio sobre el crimen oculto**.

El eco de esa sangre sigue resonando. No es solo la evidencia de una vida segada, es **la voz del inocente que señala al culpable**, que confronta al asesino, que expone el pecado como lo que realmente es: rebelión contra la justicia de Dios. La narrativa del mal, que había comenzado con un susurro en el Edén —*“¿Conque Dios os ha dicho?”*— alcanza aquí una dimensión más oscura, más explícita: el pecado ya no seduce, ahora **derrama sangre** para perpetuar su mentira, e inventa su propia narrativa para dimensionar su significado a favor de su propio plan, de su propio propósito, con la tranquilidad de haber sido consumado su determinación y traer equilibrio a su mente eliminando la causa de su profundo dolor.

Y cuando Dios pregunta: *“¿Dónde está tu hermano?”*, Caín responde con una frialdad que hiela la conciencia: *“¿Soy yo acaso guarda de mi hermano?”* No es solo evasión. Es burla. Desprecio. Desafío. Caín no titubea. No duda. No se justifica. Miente con descaro. Se niega a sentir culpa. Se niega a reconocer vínculo. Rechaza toda obligación moral inscrita en su ser como portador de la imagen de Dios. No pregunta por ignorancia. Escupe la pregunta como quien pisa la tumba aún fresca. El cuerpo de Abel aún tibio. La sangre aún grita desde la tierra. Y Caín se sacude los hombros. Como si nada. Como si nadie. Su gesto no es de ignorancia, es de arrogancia. No hay lamento. No hay temor. No hay vergüenza. Solo desdén. Solo esa distancia helada que mata por segunda vez. Su silencio no oculta, acusa. Su cinismo no es defensa, es ataque. Un ataque contra la verdad. Contra Dios. Contra todo lo que respira justicia. Su boca, abierta en sarcasmo. Su alma, cerrada al arrepentimiento. No niega el crimen, niega el deber. No se esconde, se instala. No pide perdón, desafía el derecho a juzgarlo. Caín no solo mata. Declara la muerte de la conciencia. Declara la guerra a la responsabilidad. Declara que el otro no importa. Que Dios no importa. Que la imagen de Dios en el otro no vale nada. Que nadie vale nada.

Abel, muerto, sigue hablando. Su sangre no se seca. Su grito no se apaga. El primer asesinato humano no fue solo un crimen; fue una declaración: que el justo es intolerable para el impío. Desde entonces, todo hombre que ama la oscuridad ha buscado silenciar al que camina en la luz.

Su sangre clama desde la tierra. Desde el polvo. Desde ese suelo abierto por la violencia, impregnado con la tragedia de la inocencia traicionada. *“La voz de la sangre de tu hermano clama a mí desde la tierra”* (Génesis 4:10RV1960). No hay altar más verdadero que el suelo que recibió su vida. No hay denuncia más clara que el gemido de la sangre del justo derramado.

La sangre de Abel es sangre profética. Porque no solo denuncia a Caín. Denuncia a todo Caín. A todo sistema que calla al justo. A toda estructura que condena al inocente. A toda cultura que prefiere la comodidad de la mentira al espejo incómodo de la verdad. Es sangre que se convierte en testimonio. Sangre que se vuelve predicación. Sangre que anticipa juicio.

Pero esta sangre profética no es única. Hay otra. Una más poderosa. Una más santa. Una que clama, una que redime. **“Vosotros os habéis acercado... a Jesús, el mediador del nuevo pacto, y a la sangre rociada que habla mejor que la de Abel”** (Hebreos 12:24RV1960). La sangre de Abel clama justicia. La de Cristo, gracia. La de Abel exige condena. La de Cristo ofrece perdón. Ambas denuncian. Una como víctima. La otra como Salvador.

Cristo, como Abel, fue rechazado por sus propios hermanos. Fue acusado sin causa. Fue entregado por envidia. Fue asesinado fuera del campamento (Hebreos 13:12RV1960). Fue despojado de dignidad, silenciado por la religión, torturado por el poder. Pero su sangre — como la de Abel— no quedó sin voz. Cayó al suelo. Corrió por la cruz. Fue absorbida por la tierra. Y desde entonces, predica. Desde el amor. No desde la venganza, lo hace desde la reconciliación. Pero aun así, predica.

Predica contra toda injusticia que se disfraza de legalidad. Contra todo sistema que aplasta la imagen de Dios. Contra todo imperio que crucifica la verdad. Predica con fuerza cuando los profetas son encarcelados, cuando los pobres son callados, cuando las iglesias pactan con el poder y el nombre de Dios es tomado en vano para justificar la violencia.

“¿Y qué harán con el viñador, cuando venga y halle la sangre de sus siervos en las manos de los que la derramaron?”(cf. Mateo 21:38-41RV1960). Esa sangre será demandada. **“Desde la sangre de Abel el justo, hasta la sangre de Zacarías... os será demandada”** (Lucas 11:51RV1960). Porque Dios no olvida. Porque el cielo no archiva. Porque la justicia no duerme.

Los hombres que detienen con injusticia la verdad —que esconden la evidencia, que manipulan los tribunales, que encarcelan al inocente, que venden la conciencia— creen que su poder los justifica. Pero hay sangre en sus manos. Y esa sangre no se borra con discursos. No se limpia con propaganda. No se silencia con miedo. Esa sangre clama.

Clama desde las cárceles. Desde los campos de batalla. Desde los hospitales sin insumos. Desde las mesas vacías. Desde las madres sin hijos. Desde los niños sin nombre. Clama. Profetiza. Se levanta. Y un día, esa sangre se volverá sentencia.

Porque la sangre es memoria. La sangre es testimonio. La sangre es profecía. Y Dios es justo

En esta historia, el juicio de Dios no es un castigo arbitrario. Es la restauración del orden, la reivindicación de la verdad, el reconocimiento de una sangre que **no será ignorada ni olvidada**. Porque allí donde el hombre intenta borrar el bien, **Dios exalta su memoria y responde con justicia**. Y el lector, tú que oyes, no puedes pasar de largo. **¿Qué haces tú con la sangre que clama desde la tierra?** ¿La encubres o la escuchas? ¿La ignoras o te conviertes en eco de su llamado?

Esa sangre, la de Abel, no fue la última. Desde entonces, la tierra ha seguido bebiendo la sangre de los inocentes: campesinos silenciados, jóvenes ejecutados en protestas, mujeres desaparecidas, niños hambrientos bajo regímenes que promueven discursos de justicia mientras **engordan sus manos con violencia institucionalizada**. Gobiernos que repiten, una y otra vez, la historia de Caín: **eliminan al justo para preservar su mentira**, borran al que denuncia para sostener su imperio, y cuando son confrontados, preguntan con el mismo descaro: **“¿Soy yo acaso guarda de mi pueblo?”**.

Y esa pregunta —“**¿Dónde está tu hermano?**”— no quedó sepultada con Abel. Ha tomado muchas formas, ha mutado en mil lenguajes, se ha encarnado en mecanismos perversos, en metodologías de dominación, en guerras intestinas y traicioneras, en desapariciones forzadas, en campos de concentración ocultos tras banderas y discursos. Ha sido oída en las antorchas humanas encendidas en los palacios de los poderosos, en las cacerías de brujas disfrazadas de justicia, en inquisiciones que purgaban la verdad con fuego.

Se escuchó en el crujir de las embarcaciones que cruzaron el océano cargadas de conquistadores hambrientos de oro, que llegaron a nuevas tierras con cruces en una mano y espadas en la otra. Arrasaron aldeas, silenciaron caciques, borraron lenguas, doblegaron voluntades. Violaron el alma de los pueblos originarios de América, de África, de los rincones olvidados del Caribe y del Amazonas. Cada templo profanado, cada niño esclavizado, cada mujer violada, cada líder asesinado, cada identidad borrada... fueron ecos de esa misma pregunta no respondida.

Pero la sangre inocente nunca es neutral. No se disuelve en el olvido. No se evapora entre las grietas del tiempo. Cada gota derramada se convierte en testigo. Se hunde en la tierra, sí, pero no desaparece: se eleva al cielo como un clamor que exige justicia. No es silencio. Es juicio. Es grito. Es profecía.

Una voz sin cuerpo que sigue hablando, señalando, interpelando. Así como la sangre de Abel testificó contra su hermano, la sangre que fluye hoy bajo los regímenes de opresión, bajo las botas del totalitarismo, bajo la sombra del colonialismo, bajo las leyes corruptas que dictan los señores del poder, sigue gritando.

Grita desde los escombros de Siria, desde los campos de refugiados del Sahel, desde las cárceles políticas de Venezuela, desde las tumbas sin nombre de Centroamérica, desde los ríos rojos del Congo. Grita desde cada calle donde se aplaude al verdugo y se encarcela al justo. Grita desde la cruz, donde la sangre del Justo por excelencia también fue derramada.

Y así como la sangre de Cristo no fue ignorada, tampoco lo será la sangre de los pequeños, los humildes, los silenciados. Porque el Dios que escuchó la sangre de Abel sigue escuchando. Y no descansará hasta que toda sangre inocente sea vindicada. Porque no hay justicia verdadera sin memoria. Y no hay memoria verdadera sin juicio.

Y es aquí donde debemos detenernos. Porque esa sangre, invisible a los noticieros, negada por las instituciones, borrada de las estadísticas, **es vista por Dios**. Y no solo vista: **escuchada**. Escuchada como clamor, como denuncia, como oración sin palabras. Esa sangre no muere; se vuelve juicio. Se convierte en **señal inequívoca de decadencia moral**, en recordatorio de que el orden impuesto por el miedo no es estabilidad, es

descomposición. Porque no hay estructura política, militar ni económica capaz de resistir por mucho tiempo **el peso de una sangre que clama al cielo**.

Cada ejecución arbitraria, cada desaparición silenciada, cada represión legitimada con leyes falsas, **acumula voces**. Voces que no serán ignoradas por el Dios que dijo: **“La voz de la sangre de tu hermano clama a mí desde la tierra”** (Génesis 4:10, RVR1960). Y cuando Dios oye, actúa. No siempre en el tiempo que esperamos, pero siempre en el tiempo perfecto. Porque la justicia de Dios no se precipita, pero **nunca se ausenta**.

Lo que el tirano cree haber callado con una bala, Dios lo convierte en testimonio. Lo que el sistema intenta enterrar, Dios lo transforma en semilla profética. Cada vida arrebatada injustamente **se convierte en un juicio contra la pretensión de eternidad de los imperios humanos**, recordando que el poder que no teme a Dios siempre terminará enfrentando su voz.

Y tú, lector, tú que habitas este tiempo de sangre que aún no cesa, **¿de qué lado te encuentras?** ¿Ignoras esa sangre o la honras? ¿Repites la narrativa del régimen o te vuelves memoria viva del justo silenciado? Porque el juicio comienza cuando dejamos de escuchar, cuando dejamos de llorar, cuando aceptamos la muerte del inocente como parte de la vida política.

Pero si escuchas, si aún puedes sentir la sacudida de esa voz que no ha dejado de clamar desde la tierra, entonces hay esperanza. Porque donde hay memoria del justo, **aún es posible resistir el cinismo del Caín contemporáneo**. Y donde hay quienes se niegan a encubrir la sangre, Dios no solo juzga: **también redime**. Porque no todo clamor termina en condena. Algunos claman para que, en medio de la ruina, el Reino vuelva a levantarse.

El silencio de Caín contrasta con el grito de Abel. Uno oculta; el otro denuncia. Y es en ese contraste donde la historia de la humanidad sigue oscilando hasta hoy.

Al matar a Abel, Caín no solo atenta contra un individuo, desafía la justicia de Dios y la naturaleza sobrenatural de la verdad que desenmascara la mentira que Abel representaba como portador de fe y obediencia. Este acto, que destruye el testimonio viviente de la fidelidad a Dios, ilustra cómo el pecado busca perpetuarse mediante el silenciamiento de lo que lo confronta: la justicia y la verdad. En la indiferencia de Caín se vislumbra la fractura moral de la humanidad, que no solo comete el mal, intenta justificarlo con cinismo, negando el vínculo fraternal y la responsabilidad moral de ser guarda de mi hermano.

Esta respuesta de Caín no solo pone de manifiesto la profundidad del pecado en el corazón humano, apunta a una realidad más amplia: el intento de aniquilar no solo al otro, sino aquello que en el otro refleja **“la presencia y la verdad de Dios”**. En su negación, Caín expone un mundo desgarrado por la ruptura de relaciones: con su hermano, con Dios y consigo mismo. La sangre de Abel, que clama desde la tierra, se convierte en un testimonio eterno de que la verdad soberana de Dios no puede ser silenciada, y que la justicia de Dios responde incluso cuando la humanidad se niega a asumir su culpa.⁷⁷

⁷⁷ Arendt, H. (2003). *Eichmann en Jerusalén: Un estudio acerca de la banalidad del mal* (C. Ribalta, Trad.), p. 110. Barcelona: Lumen.

El mal como arquitecto de la subversión

A través de la serpiente y de Caín, el mal se revela no como un evento, se revela un proceso: un arquitecto que construye su poder sobre la distorsión de la verdad y la destrucción del orden. En el Edén, la serpiente comienza socavando la ley única de Dios (*Génesis 3:1-5RV1960*). En el campo, Caín da el siguiente paso al erigirse en juez y verdugo, imponiendo su voluntad sobre la vida de su hermano (*Génesis 4:8RV1960*).

Este proceso no solo nos muestra cómo el mal opera, revela algo más profundo, cómo va cimentando una ética propia: una ética de la opresión, donde las leyes son flexibles y las acciones justificadas por el deseo de control. En este marco, la verdad no tiene lugar, y el mal se presenta no como una ruptura, se presenta como una continuidad, una reinterpretación del orden que aparenta legitimidad pero que es, en su esencia, una rebelión contra Dios. Los protagonistas, encuentran un espejo donde el mal no se limita a ser una fuerza externa, es un agente interno que convence, manipula y actúa a través de quienes están dispuestos a escuchar su voz.

Esta interrogante no solo niega el principio ético esencial de la interdependencia humana, sino que establece un marco donde la responsabilidad hacia el prójimo es vista como una carga opcional, más que un mandato ineludible.

Emmanuel Levinas, filósofo lituano-francés, sostiene que la responsabilidad hacia el Otro es el fundamento de toda moralidad. En su obra **"Totalidad e Infinito"**, Levinas argumenta que el rostro del Otro nos interpela, estableciendo una relación ética que precede a cualquier conocimiento o juicio. Esta responsabilidad es ineludible y constituye la esencia de las relaciones humanas⁷⁸.

En el relato bíblico de Caín y Abel, cuando Caín responde a Dios: **"¿Soy yo acaso guarda de mi hermano?"**, no solo evade su responsabilidad fraterna, sino que también socava este principio ético fundamental. Al negar su deber hacia Abel, Caín intenta reescribir las normas morales establecidas por Dios desde la creación, que se basan en el cuidado y la preservación del prójimo como reflejo de la obediencia a la ley inmutable de Dios prescrita en el mandato cultural.

Este acto de Caín puede interpretarse, desde la perspectiva levinasiana, como una transgresión que va más allá del fratricidio físico; representa una negación de la ética de la alteridad y de la responsabilidad infinita hacia el Otro,⁷⁹ pilares esenciales de la naturaleza inmutable de Dios.

⁷⁸ Emmanuel Levinas, *Totalidad e Infinito. Ensayo sobre la exterioridad*, trad. A. Neumaier y J. A. Padilla, Salamanca: Ediciones Sígueme, 2002, pp. 81–89.

"La epifanía del rostro como rostro significa: no matar. [...] El Otro me mira esencialmente como aquel a quien no puedo dejar de responder, como el que me interpela." (p. 89)

⁷⁹ Levinas, E. (1969). *Totalidad e Infinito: Ensayo sobre la Exterioridad*. Traducción de Alphonso Lingis. Pittsburgh: Duquesne University Press.

Hernández, J. I. (2019). "Tú, mi hermano. Tú, mi enemigo: análisis del pasaje bíblico de Caín y Abel, en relación con el pensamiento de G.W.F. Hegel y Emmanuel Levinas". *Jornadas: Diálogos entre Literatura*,

Y estas son las consecuencias de andar en esos **caminos caínicos**. Caminos que comienzan con la envidia y terminan con la sangre. Caminos que justifican lo injustificable, que fabrican narrativas para encubrir el crimen, que desdibujan la verdad hasta volverla irreconocible. Caín no mató a su hermano en un instante de locura: **lo mató en el proceso silencioso de una ética torcida**, en el cultivo de un corazón que ya había reemplazado a Dios por el yo, en la decisión de que la verdad podía ajustarse al deseo.

Andar por ese camino es declarar independencia del Creador, **erigirse como juez, legislador y ejecutor de una justicia adulterada**. Es anular la responsabilidad con el prójimo y transformar la convivencia humana en un campo de batalla por poder, venganza o supremacía. Es sembrar muerte mientras se proclama vida, castigar al justo mientras se protege al corrupto, blindar el sistema mientras se desangra el alma de la nación.

Pero el camino de Caín no es solo una decisión ética: es un proceso de **decadencia espiritual irreversible**, si no hay arrepentimiento. Quien elige matar al justo —sea con armas, sea con palabras, sea con leyes— termina errante. Desterrado. Alienado de sí mismo, de Dios, del otro. Porque **no se puede caminar sobre la sangre del inocente sin hundirse en ella**. El suelo que bebió la sangre de Abel no volvió a ser el mismo, y Caín tampoco. Perdió el rostro de Dios, y con él, la orientación moral que da sentido a la vida.

Y así andan hoy muchos pueblos. **Errantes bajo gobiernos caínicos**, nómadas bajo sistemas que han renunciado a la justicia, exiliados espirituales en sus propias tierras. Gobiernos que, al igual que Caín, llevan marcas visibles de su pecado: miedo constante, paranoia institucional, represión sistemática. Porque quien vive por la espada, **vive temiendo su propio reflejo**. Sabe que la sangre que derramó lo persigue. Sabe que la justicia que evadió lo espera.

Las consecuencias no son sólo externas. Son internas, silenciosas, corrosivas. El camino de Caín termina por vaciar el alma. Ninguna nación puede florecer sobre el cementerio de los justos. Ningún sistema puede sostenerse eternamente sobre el dolor estructural de su pueblo. Tarde o temprano, **la sangre clama, el juicio llega, y el rostro de Dios se esconde del opresor**.

Y lo más trágico de todo es que muchos siguen ese camino creyendo que lo hacen por el bien común. Confunden control con paz, estabilidad con justicia, fuerza con legitimidad. Pero están construyendo sobre arenas movedizas. Porque **la tierra que ha bebido sangre inocente no puede dar fruto sin redención**. Es estéril. Y esa esterilidad se manifiesta en la cultura, en la economía, en las relaciones humanas, en el alma colectiva.

El camino de Caín no solo lleva al destierro. **Lleva al olvido de Dios**. Y el que olvida a Dios, olvida también al hombre. Olvida que todo ser humano es imagen sagrada. Olvida

Estética y Teología, Universidad Católica de Córdoba. Recuperado

de <https://repositorio.uca.edu.ar/bitstream/123456789/12090/1/tu-hermano-tu-enemigo.pdf>

"La ética de Emmanuel Levinas: la responsabilidad ética y la alteridad". *Hunter Magazine*. Recuperado de <https://www.huntermagazine.es/la-etica-de-emmanuel-levinas-la-responsabilidad-etica-y-la-alteridad/7873/>

"La relación con los Otros en la filosofía de Lévinas". *Fundación Torres y Prada*. Recuperado

de <https://fundaciontorresyprada.org/la-relacion-con-los-otros-en-la-philosofia-de-levinas/>

"Descubre la filosofía de Emmanuel Levinas y su impacto en la ética". *Fundación Dos de Mayo*. Recuperado de <https://fundaciondosdemayo.es/descubre-la-philosofia-de-emmanuel-levinas-y-su-impacto-en-la-etica/>

que no hay poder legítimo que no se postre ante la justicia eterna. Olvida que la sangre de los justos no se evapora: **se convierte en testigo, en juez, en profecía.**

Entonces, ¿seguiremos dejando que estos gobiernos opresores sigan reprimiendo? ¿O los detendremos, volviendo nuestro rostro hacia el cielo y clamando con la voz que aún clama desde la tierra? Porque solo quien se atreve a escuchar esa voz puede empezar a caminar hacia la reconciliación. Lo contrario es seguir errante, con una marca que no desaparece y una culpa que no se puede maquillar. Caín fue marcado, no destruido. Pero su historia es advertencia. Es espejo. Es clamor.

Y Dios aún pregunta: “¿Dónde está tu hermano?”

La pregunta no ha sido silenciada por los siglos. No ha sido opacada por discursos ni por decretos. No ha sido archivada en los pasillos del poder ni extinguida por la indiferencia de los templos. Resuena. Arde. Se cuela entre los muros de la historia, atravesando las costras del olvido, removiendo las piedras que han sepultado la compasión.

Y ahora... esa voz, la voz de Dios, nos mira a los ojos.

¿Tendremos el valor de responder con verdad? ¿El valor de mirar a Dios sin desviar la mirada, sin justificar nuestra pasividad, sin disfrazar nuestro miedo con prudencia religiosa? ¿O seguiremos diciendo como Caín: **“¿Soy yo acaso guarda de mi hermano?”**. Mientras la sangre del inocente empapa nuestras calles?

¿Tendremos el valor de orar con denuedo, no desde la comodidad de los auditorios con aire acondicionado, sino desde los bordes ásperos de las plazas? ¿Desde las aceras agrietadas por la desesperanza? ¿Desde las esquinas donde el hambre se disfraza de costumbre y la injusticia se ha vuelto paisaje? ¿Iremos, Biblia en mano y corazón quebrantado, a interceder por la restitución del hilo constitucional que fue pisoteado, mancillado, olvidado?

¿Nos atreveremos a levantar las manos en oración en los ayuntamientos, frente a los palacios de mármol donde se firmaron leyes sin alma? ¿Podremos orar donde han callado a la justicia, donde han exiliado a la verdad?

¿Pasaremos por Miraflores con la cabeza gacha, fingiendo que no sabemos, encogiéndolos hombros como si la sangre derramada no hablara, como si Dios no viera, como si la historia no nos estuviera escribiendo en tiempo real? ¿O tendremos el valor de erguir el pecho, clamar a cielo abierto, con voz firme y temblor santo, por la restitución de la justicia, por la vuelta de la verdad, por la resurrección del alma de la nación?

¿Seremos cobardes o seremos intercesores? ¿Seremos decorado o seremos testigos? ¿Nos esconderemos tras nuestras agendas o nos presentaremos como ofrenda viva ante el altar de la historia?

Porque Dios sigue preguntando. Y la sangre sigue clamando. Y el tiempo de responder es ahora.

Las Implicaciones del Mandato Cultural

Desde el principio, el mandato cultural (Génesis 1:28RV1960) no es simplemente una orden de expansión, es un encargo intrínsecamente ligado al orden y la sostenibilidad. Dios, al decir **“sojuzgad y llenad la tierra,”** introduce conceptos implícitos: la gobernanza sobre lo creado no puede ser arbitraria, demanda responsabilidad. No basta multiplicarse y llenar; es igualmente imperativo mantener, cuidar y preservar. Cada palabra del mandato cultural contiene leyes implícitas que rigen la relación del ser humano con su entorno y consigo mismo.⁸⁰

La palabra **“sojuzgar”** implica ejercer dominio, administrar con sabiduría, liderazgo que refleja el carácter justo, amoroso y sustentador de Dios. Nancy Pearcey sostiene que **“sojuzgar”** en el contexto bíblico implica gobernar con cuidado, sabiduría y responsabilidad, reflejando el carácter de Dios en la administración de la creación⁸¹. En este contexto, la tierra no es un objeto a explotar sin límite, es un sistema interconectado que requiere respeto, planificación y cuidado intencional. A su vez, la orden de **“llenar”** trasciende cualquier idea de expansión desordenada o invasiva. En lugar de ello, apunta hacia un **acto de completitud armoniosa**, un proceso que involucra la **integralidad y la totalidad del ser completo**, tanto en su esencia como en su propósito. Este llamado no se limita a la multiplicación biológica de la humanidad, incluye el desarrollo pleno de las capacidades humanas para cuidar, edificar y preservar lo creado.

Eso fue, en efecto, lo que ocurrió en el principio: Dios habló, y su palabra no fue un sonido perdido en el vacío, es el acto fundante del universo. El aliento de Su voz llenó la nada de existencia, marcó el inicio del orden, del sentido, de la vida misma. Habló —y fue hecho. Ordenó —y todo cobró forma. Con el poder creador de su Verbo, del caos surgió el cosmos.

Y no lo hizo sin intención. Cada cosa fue puesta en su lugar, con sabiduría perfecta, con propósito eterno. Las estrellas fueron colgadas como lámparas celestiales. La tierra, separada de las aguas, preparada para ser hogar. Las criaturas, formadas con minuciosidad, recibieron sus instintos, sus formas, sus límites. Nada fue accidental, nada fue inútil. Todo llevaba la huella de un Creador metódico y generoso.

En esta obra magistral, el ser humano aparece no como espectador, sino como administrador del mundo de Dios. Fue creado a Su imagen, lo cual —como bien señala Herman Bavinck— implica no solo una dignidad ontológica, sino una función real: gobernar la creación de manera semejante a como Dios la gobierna⁸². Esta vocación no es autoritaria, sino servicial; no es explotadora, sino cultivadora. La tierra fue entregada al ser humano como una herencia que debe ser protegida, desarrollada, embellecida y preservada.

La llamada a **“sojuzgar”** la tierra (Génesis 1:28RV1960) no autoriza el abuso, sino que delimita una responsabilidad sagrada. **“Dios ha hecho al hombre para que trabaje**

⁸⁰ Calvino, Juan. *Institución de la religión cristiana*. Libro II, capítulo 2, pág. 56.

⁸¹ Nancy R. Pearcey, *Love Thy Body: Answering Hard Questions about Life and Sexuality* (Grand Rapids, MI: Baker Books, 2018), cap. 1, “I Hate Me: The Rise and Decline of the Human Body”.

⁸² Herman Bavinck, *Reformed Dogmatics*, Vol. 2: God and Creation, ed. John Bolt, trans. John Vriend (Grand Rapids, MI: Baker Academic, 2004), p. 577.

en este mundo y lo lleve a su cumplimiento ético; el mundo no ha de ser destruido, sino santificado⁸³. La creación, entonces, no es un campo de batalla para los intereses humanos, sino el teatro de la gloria de Dios, y su cuidado es un acto de adoración práctica.

Desde esta perspectiva, debemos entender el mandato cultural como una participación activa en la obra continua de Dios. No se trata simplemente de sobrevivir, sino de transformar, servir, edificar. El llamado de Génesis 1 es a **“continuar el trabajo creativo de Dios, ejerciendo dominio con justicia y cuidado, reflejando Su imagen a través del servicio, no de la explotación**⁸⁴.

Por tanto, cuando el ser humano olvida esta vocación, y transforma la administración en apropiación, y el cuidado en consumo desenfrenado, traiciona la imagen que lleva, y destruye aquello que Dios le confió. Pero cuando se somete al diseño original, cuando gobierna como Dios gobierna —con justicia, con amor, con propósito—, entonces su trabajo se convierte en un eco de aquel primer mandamiento, y su vida entera en una liturgia que honra al Creador.

La *declaración de Adán* de **proveer y proteger** es un eco de esta armonía. En su rol como administrador del jardín, Adán es llamado a trabajar la tierra, a sustentarla y guardarla, un mandato que establece las prescripciones inherentes a la **completitud de la humanidad**. Este diseño no solo otorga dignidad al trabajo humano, sino que añade un elemento esencial de **humanización**: el hombre se vuelve verdaderamente humano cuando actúa en relación con lo creado, no para destruirlo o explotarlo, sino para preservarlo, cultivarlo y multiplicar la vida en todas sus formas.

“Si Dios trata al árbol como un árbol, a la máquina como una máquina, al hombre como un hombre, ¿no debería yo, como criatura, hacer lo mismo, tratando a cada cosa con integridad en su propio orden? Y por la razón más elevada: porque amo a Dios, amo a Aquel que lo ha hecho. Amando al Amante que lo ha creado, tengo respeto por lo que Él ha hecho⁸⁵”.

Este mandato cultural tiene una profundidad que a menudo pasamos por alto. Implícito en el llamado de Dios está el compromiso con la **preservación de la vida** y el **cuidado de la misma**. Adán y su descendencia son llamados a ser guardianes del mundo creado, asegurando que tanto la tierra como los seres vivos prosperen bajo su supervisión, por lo que ir en contra de la orden primaria es un tipo de rebelión originaria. El mandato de **“sojuzgar”** no es una licencia para el abuso, sino una invitación a imitar al Creador en su provisión generosa y su preservación cuidadosa de todas las cosas. Del mismo modo, el llamado a **“llenar”** refleja la idea de traer plenitud, orden y belleza a la creación, asegurando que cada parte del sistema creado esté en equilibrio y armonía.

De esta interpretación nacen principios esenciales para la vida humana: la **conservación de los recursos**, que implica un uso prudente y reverente de los bienes de la tierra,

⁸³ Herman Bavinck, *Reformed Dogmatics*, Vol. 2, p. 589.

⁸⁴ *Theology of Work Project*, “Genesis and Work”, TheologyofWork.org, consultado en <https://www.theologyofwork.org/old-testament/genesis-1-11/god-creates-and-equips-people-work-genesis-1-2>.

⁸⁵ Francis A. Schaeffer, *Pollution and the Death of Man: The Christian View of Ecology* (Wheaton, IL: Crossway Books, 1992), 72.

conscientes de que estos no son nuestros, sino que nos han sido confiados; la **preservación de la vida**, que coloca el valor intrínseco de toda forma de vida en el centro del mandato cultural; y la **justicia ecológica**, que no solo aboga por el bienestar humano, sino también por el florecimiento de toda la creación. Asimismo, el mandato cultural incluye una visión de **equidad intergeneracional**, un compromiso con asegurar que las generaciones futuras hereden un mundo en el que puedan participar en esta misma tarea de completar, preservar y proteger lo que Dios ha creado.

En este contexto, la *integralidad del ser completo* es un ideal tangible, una realidad práctica que se vive cuando el ser humano responde al mandato cultural con fidelidad. Proveer y proteger no son acciones separadas, sino expresiones de una misma misión: preservar la vida, nutirla, cultivarla y cuidar de todas las cosas. Este mandato cultural de Dios no solo establece la relación del ser humano con la creación, sino que lo transforma: le devuelve su humanidad al llamar a trabajar con propósito, responsabilidad y amor. Es aquí donde encontramos la verdadera armonía entre la humanidad y el resto de la creación, una relación que refleja el carácter del Creador mismo: un Dios que sostiene, preserva y da vida abundante a todo lo que existe.⁸⁶

La palabra "*multiplicaos*" en el mandato cultural no es solo una orden para crecer en número, sino un llamado a la **integralidad del ser humano y su relación con la creación**. No se trata de un crecimiento desordenado, vacío o invasivo, sino de un acto que refleja el carácter de Dios: crear, sustentar y embellecer. Multiplicarse, en este sentido, no significa solo procrear, sino expandir la vida en todas sus dimensiones, manteniendo la coherencia y las propiedades mismas de lo que implica el significado profundo de esta palabra.

Multiplicar no es simplemente llenar la tierra con personas o productos, sino participar en el propósito de Dios de **llenar con vida y orden** aquello que fue creado bueno. Esto implica un equilibrio entre crecimiento y cuidado, entre expansión y preservación. Es un mandato que integra la totalidad de la existencia: no puedes multiplicarte sin considerar las condiciones necesarias para sustentar lo que has multiplicado. No puedes multiplicar sin proteger, sin proveer, sin preservar las propiedades esenciales de lo que estás expandiendo.

La orden de multiplicarse está indisolublemente ligada a los otros aspectos del mandato cultural: *sojuzgar, llenar, labrar y guardar*. Esto nos enseña que la multiplicación no debe ser destructiva, sino creativa y armoniosa. Así como Dios crea en seis días y establece un orden perfecto en Su obra, el hombre, como portador de Su imagen, está llamado a multiplicarse no solo en cantidad, sino también en calidad: **multiplicar vida, bondad, belleza, orden y justicia**.

Multiplicarse sin atender al cuidado y la sustentabilidad sería un acto incompleto y egoísta, alejado del propósito de Dios. Por eso, la palabra "*multiplicaos*" debe leerse como una invitación a participar en el diseño integral del Creador. Es un mandato que incluye la provisión de recursos, la protección de la creación y la restauración continua de lo que ha sido dañado. No es simplemente una orden biológica, sino una orden que abarca lo físico, lo espiritual, lo moral y lo relacional.

⁸⁶ Bavinck, Herman. *Reformed Dogmatics*. Grand Rapids: Baker Academic, 2008, pág. 205.

Cuando la humanidad desconecta la multiplicación de su propósito integral, caemos en los extremos del abuso y la negligencia. Por un lado, está la expansión desmedida que agota los recursos, destruye la creación y descuida el cuidado de los demás. Por otro lado, está la inacción, el rechazo a participar en el diseño de Dios, ya sea por comodidad, egoísmo o indiferencia. Ambos extremos traen caos, porque ignoran que multiplicarse, según el diseño divino, implica **responsabilidad y propósito**.

Esto es precisamente lo que vemos en la historia de Caín. Su vida fue un reflejo de multiplicación sin cuidado, un rechazo directo del mandato de guardar y proveer. Mientras Adán y Eva recibieron la tarea de llenar la tierra con vida y protegerla, Caín eligió destruir la vida de su hermano y abandonar la responsabilidad que Dios le había encomendado. Su pecado no fue solo el asesinato, sino su incapacidad de reconocer que multiplicarse implica más que producir: implica sustentar lo que se produce, protegerlo y preservarlo.

La palabra "*multiplicaos*" debe entenderse como un modelo integral para la vida humana. Es un llamado a expandir no solo la presencia humana, sino también la justicia, la bondad y el cuidado. Multiplicar significa llenar el mundo con aquello que refleja la gloria de Dios, garantizando que lo que se multiplica florezca en lugar de corromperse. Esto requiere un balance entre el crecimiento y la preservación: expandir lo bueno, pero también sostener lo que ha sido dado. En el caso de Caín cuidar y preservar la vida de su hermano.

En este modelo, la humanidad está llamada a actuar como un reflejo del carácter de Dios. Multiplicarse es crear comunidades sanas, proteger la vida en todas sus formas y restaurar lo que ha sido afectado por el pecado. Este equilibrio no solo honra el diseño del mandato cultural, sino que asegura que el mandato cultural sea cumplido en su totalidad.⁸⁷

Considera a un arquitecto que diseña una casa. Este constructor no solo piensa en la estructura inicial, sino también en los sistemas que garantizarán su sostenibilidad. Establece un diseño que incluye sistemas de drenaje para evacuar desechos, sistemas de ventilación que purifican el aire, y un mantenimiento regular que embellece la edificación con el paso del tiempo⁸⁸. Este arquitecto comprende que una estructura hermosa sin un plan para preservarla inevitablemente se desmoronará⁸⁹.

Ahora, piensa en un proyecto donde se ignoran estas leyes implícitas. Los desechos se acumulan, las toxinas se filtran en los cimientos, y la falta de mantenimiento degrada la belleza original. En lugar de orden, se genera caos. Lo que comenzó como una obra maestra termina siendo un testimonio del descuido y la insensatez. Este proyecto refleja lo que sucede cuando el mandato cultural se desobedece: la expansión sin orden destruye, en lugar de preservar⁹⁰.

Toda la creación está diseñada para la gloria de Dios, y esta gloria se refleja en el cuidado humano por ella.⁹¹ La irresponsabilidad en la administración del mandato cultural no solo

⁸⁷ Schaeffer, Francis. *The God Who Is There*. Chicago: InterVarsity Press, 1968, pág. 65.

⁸⁸ Kuyper, Abraham. *Lectures on Calvinism*. New York: Eerdmans, 1931, pág. 101.

⁸⁹ Wright, N.T. *Surprised by Hope*. New York: HarperOne, 2008, pág. 89.

⁹⁰ Calvino, Juan. *Comentario sobre Génesis*. Libro 1, capítulo 1, pág. 78.

⁹¹ Bavinck, Herman. *Reformed Dogmatics*. Grand Rapids: Baker Academic, 2008, pág. 210.

es un fracaso humano, sino una ofensa a Dios, pues destruye lo que Él declaró **“muy bueno”** (Génesis 1:31RV1960).

En efecto, cuando trasladamos la ley primaria de Dios contenida en el **mandato cultural** al tiempo presente, nos encontramos con un profundo abismo entre lo eterno y lo contemporáneo. Observamos con asombro —y a veces con desdén— la incapacidad de los sistemas totalitarios, e incluso de democracias avanzadas del llamado primer mundo, para reconocer esta ley fundacional que trasciende toda normatividad humana. Se trata de una ley no redactada en papel ni proclamada desde un trono terreno, sino inscrita en la creación misma, impuesta por el Creador desde el principio: *“Fructificad y multiplicaos; llenad la tierra, y sojuzgadla”* (Génesis 1:28, RV1960).

Esta orden no es un simple llamado a la reproducción biológica, sino una comisión existencial que define al ser humano como criatura relacional, generadora, corresponsable del mundo que habita. Es una ley que articula la vida, la continuidad, la comunidad y el cuidado del otro. Y cuando esta ley es ignorada, pervertida o desechada, todo el sistema moral, social y político construido sobre su negación comienza a derrumbarse como un castillo de naipes que cae bajo el peso de su propia mentira.

Lo trágico es que esta perversión no es solo producto de ideologías modernas o de nuevas legislaciones. Es el resultado de una rebelión interior, de una mente torcida, de una naturaleza caída que prefiere la autonomía antes que la obediencia, el individualismo antes que la vida compartida. La humanidad, al rechazar este mandato, no solo interrumpe su conexión con el Creador, sino que comienza a construirse a sí misma fuera del orden de Dios, ignorando que ese orden no es una imposición externa, sino una verdad inscrita en la conciencia. *“Porque lo que de Dios se conoce les es manifiesto... porque Dios se lo manifestó”* (Romanos 1:19, RV1960).

El mandato de “multiplicaos” es más que una orden: es una **ley moral y espiritual** con implicaciones en la estructura del alma humana, en la lógica interna de la historia y en la sustentabilidad de cualquier civilización. Cuando este principio es despreciado —ya sea por la esterilidad buscada del egoísmo moderno, por la imposición de políticas antinatalistas, o por la deformación del concepto de familia—, la sociedad comienza a autoextinguirse espiritualmente. La cultura del descarte reemplaza al amor por el prójimo. El hedonismo reemplaza al sacrificio. El yo se impone sobre el nosotros. Y la vida se convierte en un lujo en lugar de un don.

En el Antiguo Testamento, esta ley aparece reiteradamente, no solo en Génesis, sino integrada en los cuerpos legales de Deuteronomio y Levítico. La fecundidad, la transmisión de vida, la bendición generacional, la responsabilidad intergeneracional son parte central del código establecido en el monte Sinaí: **“Y pondré mi morada en medio de vosotros... y andaré entre vosotros, y yo seré vuestro Dios, y vosotros seréis mi pueblo”** (Levítico 26:11-12, RV1960). La vida comunitaria con Dios exige continuidad, responsabilidad, legado.

Pero el hombre, en su ceguera, ha querido neutralizar esta ley con decretos. Ha tratado de convertir lo sagrado en opcional. Ha legislado contra la vida y redefinido la existencia a partir de su comodidad. *“Profesando ser sabios, se hicieron necios”* (Romanos 1:22, RV1960). Sin embargo, la ley del mandato cultural no caduca. No está sujeta a referéndum.

Su vigencia no depende del reconocimiento estatal. Su autoridad emana del Dios viviente, y su juicio se activa cada vez que se ultraja su designio.

Y solo en el arrepentimiento —verdadero, profundo, quebrantado— puede el hombre volver a alinearse con esta ley original. Solo cuando se despoja del egoísmo, cuando abandona su idolatría del yo, cuando decide mirar al otro como una extensión de su responsabilidad ante Dios, el mandato de **“multiplicaos”** recupera su potencia transformadora. No es una orden arbitraria en contra del ser creado, sino a favor de él mismo, se trata de tener hijos. Se trata de engendrar vida en todas sus formas: vida espiritual, vida relacional, vida social. Se trata de **multiplicar la imagen de Dios en la tierra**.

Este mandato es eterno. Su lógica es celestial. Su cumplimiento es justicia. Su negación, juicio.

Las implicaciones sobre la humanidad son devastadoras cuando se pervierte el derecho elemental y fundamental inscrito en esta ley, dado que la desconstrucción de la moralidad no comenzó sino por la corrupción de la corona de la creación: el ser humano. Una vez corrompido, el hombre se sumerge en un viaje sin retorno hacia la decadencia, adoptando un sistema de valores creado por sí mismo que desconoce la naturaleza misma de la moralidad y del precepto ético de multiplicar. Esta corrupción afecta no solo la relación con Dios, sino también con la vida misma y sus accidentes, elementos intrínsecos de una humanidad deshumanizada.

En este entendimiento surge el drama de la vida: un ser humano despojado de toda humanización que ahora se define por el control, la opresión y la transacción de su lealtad por cualquier causa o ideología que le ofrezca sentido. Este idealismo no busca restaurar el orden establecido por Dios, sino concentrar poder en sí mismo, perpetuando la destrucción moral y social.

En la narración de Caín y Abel (Génesis 4), Caín no solo mata a su hermano, sino que desafía la estructura establecida por Dios que le había sido encomendada. Su pregunta retórica: **“¿Soy yo acaso guarda de mi hermano?”** encapsula esta desconstrucción, al negar la responsabilidad inherente de cuidar y preservar la vida. De igual manera, en la historia reciente, sistemas ideológicos que prometieron libertad han oprimido y deshumanizado al ignorar los fundamentos morales dados por Dios, transformando sociedades en entornos de caos y sufrimiento.

Este camino de deshumanización también redefine la ética como un instrumento maleable que sirve intereses individuales o colectivos desvinculados de cualquier verdad absoluta. La moralidad, en este nuevo paradigma, deja de ser una guía para preservar la vida y el orden, y se convierte en un arma para justificar cualquier acción que promueva el poder, el egoísmo o el placer.

La solución a este drama trasciende los sistemas humanos, que aunque llamados a ser portadores de justicia, no pueden ofrecer una cura definitiva para este mal. La única respuesta radica en la consumación apocalíptica, cuando los cielos nuevos y la nueva tierra sean instaurados con la gloriosa venida de nuestro Señor y Salvador Jesucristo. Sin embargo, aún es prematuro proclamar estas cosas en su totalidad, pues nos queda un extenso camino por recorrer. Ni siquiera hemos alcanzado el punto en el que deseo que

nos situemos, ya que las bases mismas sobre las cuales la ética del mal se despliega tienen, desde el principio, una característica singular que debemos examinar.

A lo largo de las Escrituras, podemos ver con claridad cómo se entrelazan las señales del mal con la fragilidad humana. En muchos relatos sagrados y reflexiones éticas que buscan comprender la caída, se percibe un hilo común: el mal tiene un origen real y personal en Satanás, cuya rebelión introdujo esa sombra que aún sentimos latir en el mundo. Pero al escribir estas líneas, no pretendo levantar un tratado entre los grandes de la ética cristológica, ni sentar una palabra final sobre tan vasto misterio. Más bien, me acerco a este tema como quien camina entre textos antiguos con respeto, con el corazón abierto, con temor de Dios y la esperanza de aprender algo más. Lo que intento aquí es simplemente trazar un camino, desde la Escritura y desde mi experiencia de fe, que permita reflexionar con honestidad sobre cómo estos principios aparecen y se desarrollan en la historia sagrada. No como maestro, sino como peregrino. No como experto, sino como alguien que también busca entender el peso y la promesa de la verdad.

La Destrucción de las Narrativas y la Verdad

En efecto, la ética del mandato cultural se enfrenta a las narrativas que surgen a lo largo del libro de Génesis, donde la verdad objetiva es reemplazada por la búsqueda de una autonomía radical. Este nuevo orden es reorganizado bajo las directrices de una “nueva normalidad” impuesta por las narrativas deconstruccionistas del diablo. Una vez comprendidas y aplicadas, estas narrativas llevan al hombre contemporáneo, a través de su propio discurso, a diseccionar el pensamiento moral en argumentos que justifican una inmoralidad cada vez más letal.

Estos niveles primarios de pensamiento inmoral constituyen las primeras manifestaciones de lo que puede definirse como una **“ética del mal”**; una forma de razonamiento que, al evolucionar sin freno ético ni fundamento trascendente, amplifica su influencia destructiva y termina generando estructuras y realidades profundamente apartadas de los valores eternos de Dios⁹². Tal proceso degenerativo no es meramente moral, sino ontológico: corrompe el ser humano en su vocación más alta, la de ser imagen y semejanza del Creador (Génesis 1:27RV1960).

Continuando con nuestro arquetipo de Caín en el relato de Génesis, su cínica respuesta a Dios —“¿Soy yo acaso guarda de mi hermano?” (Génesis 4:9, RV1960)— funciona como una declaración cargada de implicaciones éticas y espirituales. A primera vista, puede parecer una simple evasiva, una frase defensiva. Pero en realidad, contiene una carga profunda de cinismo, rebeldía y corrupción moral. No es una pregunta inocente. Es un intento de relativizar el deber, de invertir el orden de la responsabilidad establecida por Dios desde la creación misma.

Desde el principio, el ser humano fue creado para vivir en relación, no en aislamiento. El mandato cultural —que incluía fructificar, multiplicarse, llenar la tierra y gobernarla (Génesis 1:28RV1960)— implicaba corresponsabilidad y cuidado mutuo. En ese sentido, cada ser humano es, en efecto, guarda de su hermano. Pero Caín, al responder con sarcasmo, no

⁹² Bonhoeffer, D. (2000). *Ética* (Ed. Lluís Duch). Editorial Trotta. Bonhoeffer identifica en el mal una capacidad para estructurar lo real cuando no es resistido desde una ética encarnada y cristocéntrica.

solo evade la culpa por el crimen cometido, sino que niega la estructura ética del mundo creada por Dios. En otras palabras, está diciendo: **“No me corresponde a mí cuidar de él”**, rompiendo así el principio básico del amor al prójimo.

El texto no menciona que Caín intente justificar el asesinato. No lo niega. No presenta excusas. Lo que hace es peor: desplaza la conversación hacia una indiferencia premeditada. Intenta desviar la atención de la gravedad de su acto hacia una pregunta retórica, como si la responsabilidad moral fuera negociable o discutible. Esta actitud revela una conciencia endurecida, un corazón que no solo ha pecado, sino que se ha vuelto ciego al peso de su transgresión.

Este tipo de respuesta representa un patrón humano universal: el intento de minimizar la culpa, redefinir la verdad y trasladar la responsabilidad. Es el ego deformado que, en lugar de confesar, racionaliza; que, en lugar de arrepentirse, se esconde detrás de la retórica. Caín no niega el crimen. Niega el vínculo. No dice: “No lo maté”. Dice: “No me toca a mí cuidarlo”. Con ello, su pecado no solo es de acción, sino de omisión y de desprecio.

Este momento bíblico es paradigmático porque inaugura en la historia sagrada la figura del hombre que mata al justo y luego se desentiende. Caín no es solo el primer asesino; es también el primer cínico. Y su cinismo se convierte en espejo de toda conciencia que, ante la injusticia, prefiere el silencio, la evasión, la autocomplacencia.

En última instancia, el relato nos desafía a reconocer nuestra propia tendencia a desentendernos del otro. La pregunta de Dios —“¿Dónde está tu hermano?”— sigue vigente, y cada generación debe enfrentarla. El que responde con indiferencia, como Caín, se ubica fuera del diseño de la justicia de Dios. Pero el que reconoce su responsabilidad y se vuelve al otro, se alinea con el propósito redentor del Reino.

El asesinato de Abel, entonces, no puede entenderse únicamente como un acto de violencia física. Fue también, y quizás de manera más grave, una sublevación contra la verdad inmutable de Dios. El acto de matar se convirtió en un gesto simbólico de rechazo al principio de fraternidad, a la justicia relacional y al mandato divino de ser custodios del prójimo. En esa escena, Caín encarna al ser humano que, desconectado del amor y la verdad, rechaza la ética de la alteridad y abraza la lógica de la exclusión y la muerte⁹³.

Este rechazo ético encuentra su contrapunto en la figura de Cristo, el segundo Adán (1 Corintios 15:45RV1960), quien no pregunta si es responsable de su hermano, sino que entrega su vida por él (Juan 15:13Rv1960). Donde Caín evade, Cristo asume. Allí donde el mal procura disolverse en la negación de la responsabilidad, el bien verdadero florece en la entrega radical del yo por el otro⁹⁴.

En este contraste entre Caín y Cristo se nos presenta el paradigma de toda ética cristiana: no se trata solo de “no hacer daño”, sino de asumir activamente el cuidado, la justicia y la compasión como formas concretas del amor Cristológico. La indiferencia de Caín no es solo

⁹³ Monroy Rueda, F. J. (2013). La formación ética cristiana. *Reflexiones Teológicas*, 11(49–62), Bogotá. La responsabilidad hacia el otro es clave en la formación de la conciencia ética cristiana.

⁹⁴ CEEMA. (s.f.). *La ética cristiana: andando como cristianos*. México: Convención Regional Bautista “Sal de la Tierra”⁴. El discipulado se define como imitación del carácter de Cristo, quien se ofreció por amor.

una falta moral, sino la negación activa del fundamento de toda comunidad: el deber de cuidar, velar y servir.

Francis Schaeffer advierte sobre los peligros inherentes a esta desconstrucción ética. En *The God Who Is There* (El Dios que está allí), Schaeffer señala que cuando la humanidad rechaza la verdad de Dios, desmantela las estructuras que proporcionan sentido y propósito a la vida. Así como una casa sin cimientos se desploma, una cultura que ignora las leyes implícitas del mandato cultural está condenada a destruirse a sí misma. El caos resultante, al igual que la tierra contaminada por la sangre de Abel, se convierte en un testimonio elocuente de esta autodestrucción⁹⁵.

La Voz del Cielo y el Ruido del Poder

A veces, todo comienza con un gesto simple: una madre que se arrodilla para orar mientras en la calle retumban los gritos de una protesta; un joven que no sabe si marchar con su pancarta o quedarse callado para no desaparecer; un anciano que recuerda cuando la ley era sinónimo de justicia, no de terror. En estas escenas de vida cotidiana, silenciosas y fracturadas, emerge un drama mayor: el conflicto entre lo eterno y lo momentáneo, entre la ley de Dios y las leyes de los hombres.

Allí donde los códigos legales han sido vaciados de moralidad y convertidos en instrumentos de opresión, la conciencia se convierte en campo de batalla. La pregunta ya no es qué es legal, sino qué es justo. Y para el cristiano, lo justo siempre comienza con Dios.

Todo parece negociable, todos buscan lo suyo propio, todos esperan algo en esos momentos cuando sienten y tienen la posibilidad de conseguir algo del momento, el ciudadano común quiere resolver el día, es lo que quieren, es lo que buscan, en este momento las personas solo quieren encontrar lo que buscan, traer pan, ganar unas monedas extras, sacar ese último huevo en la nevera marcada por la escasez prolongada, pero para los que hemos obedecido a la fe de Jesucristo, esto no es tan fácil como se describe, la ley de Dios permanece como una columna inamovible. Es la expresión del carácter mismo de Dios: santo, justo, bueno. Esa ley fue escrita primero no en piedra, sino en el alma humana (Romanos 2:15RV1960), recordándonos que fuimos hechos para vivir en armonía con el cielo.

“Amarás a tu prójimo como a ti mismo” (Mateo 22:39, RV1960).

Ese mandato no cambia cuando cambian los gobiernos. No se debilita con el paso del tiempo. Es universal, firme como la montaña donde fue revelado. La ley de Dios no protege intereses; protege la vida. Y en cada uno de sus preceptos —desde el cuidado del extranjero hasta la condena del soborno— resplandece una verdad olvidada: la ley es para servir al ser humano, no para esclavizarlo⁹⁶.

No hay justicia sin verdad. No hay verdad sin compasión. Y no hay compasión sin el Dios que, en Cristo, abrazó al pecador y denunció al hipócrita.

⁹⁵ Schaeffer, Francis. *The God Who Is There*. Chicago: InterVarsity Press, 1968, pág. 73.

⁹⁶ Bonhoeffer, D. (2000). *Ética*. Madrid: Editorial Trotta, p. 72.

Sin embargo, hay momentos en la historia en que las leyes dejan de ser barreras contra el mal y se convierten en su instrumento. Cuando el poder deja de temer a Dios, comienza a adorar su propia voz. Entonces, la ley deja de ser norma y se transforma en máscara. Habla de libertad, pero encierra; invoca justicia, pero ejecuta venganza.

Entre 2014 y 2024, en Venezuela, la legalidad fue domesticada por la tiranía. No se prohibieron las protestas; se criminalizaron. No se eliminó la propiedad privada; se expropió por decreto. No se cerraron los caminos democráticos; se redibujaron para que condujeran siempre al mismo trono⁹⁷.

Las leyes cambiaban al ritmo de las amenazas. Se escribían no en congresos deliberativos, sino en oficinas oscuras. Se proclamaban en nombre del pueblo, pero nadie consultaba al pueblo. La ley, en su forma más corrupta, se volvió un martillo que solo golpeaba a los justos.

La arbitrariedad legal no solo destruye derechos; corroe la esperanza. Instala en la conciencia colectiva una mentira peligrosa: que no hay más justicia que la del más fuerte.

Frente a ese panorama, la Biblia no guarda silencio. Clama. Denuncia. Interpela. La Palabra de Dios no fue escrita para decorar púlpitos, sino para confrontar sistemas.

“¡Ay de los que dictan leyes injustas, y prescriben tiranía!” (Isaías 10:1, RVR1960).

Esta advertencia no va dirigida al ateo o al pagano, sino al legislador, al juez, al que usa toga, pero no conoce la misericordia. Dios no está ausente del debate legal. Él es el Legislador Supremo, y su juicio se cierne sobre toda ley que oprime, excluye o pervierte la verdad⁹⁸.

Pero la Escritura no solo denuncia. También llama a una respuesta: obedecer a Dios antes que a los hombres (Hechos 5:29RV1960), practicar justicia, amar la misericordia y caminar humildemente (Miqueas 6:8RV1960). Es un llamado radical, porque implica que hay momentos en que el cristiano no puede obedecer sin traicionar a su Señor.

No es fácil saber cuándo una ley debe ser acatada o resistida. Romanos 13RV1960 dice: **“Sométase toda persona a las autoridades superiores”**. Pero esa sumisión no es absoluta. Bonhoeffer lo entendió cuando denunció a Hitler. Los mártires lo supieron cuando rechazaron adorar al César. La ley de Dios no se somete al capricho del poder⁹⁹.

Resistir no siempre significa tomar las calles. A veces, es negarse a mentir en un tribunal. O decir la verdad cuando todos callan. O proteger al inocente cuando el sistema lo señala como enemigo.

La obediencia ciega a leyes injustas no es piedad, sino cobardía vestida de prudencia. La verdadera fe ama la justicia más que la comodidad.

En tiempos como estos, la Iglesia no puede ser neutral. La neutralidad ante la injusticia no es prudencia espiritual; es complicidad disfrazada. El silencio cómodo es un eco del cinismo

⁹⁷ Arendt, H. (2003). *Eichmann en Jerusalén: Un estudio sobre la banalidad del mal*. Barcelona: Editorial Lumen, 4.ª ed., p. 157

⁹⁸ Schaeffer, F. A. (2015). *Muerte en la ciudad*. Traducción de I. Espino Cano. Inter-Varsity Press, p. 33.

⁹⁹ Bonhoeffer, D. (2000). *Ética*. Madrid: Editorial Trotta, p. 134.

de Caín. Dios sigue preguntando: “¿Dónde está tu hermano?” Y cada vez que la Iglesia responde con evasivas, con discursos tibios, con templos cerrados al dolor del pueblo, se aleja del Cristo crucificado y se acerca al poder que lo clavó.

No se trata de militar en partidos. No se trata de izar banderas terrenales. Se trata de **encarnar el Reino**. De vivir como embajadores de un gobierno eterno, no solo en los púlpitos, sino en los pasillos del hospital, en las asambleas comunitarias, en las redes sociales, en la sala de espera del banco, en la fila del supermercado. Se trata de ser sal cuando todo está insípido, de ser luz cuando todo es sombra, de ser voz cuando todos callan. ***“En medio de una generación maligna y perversa, en medio de la cual resplandecéis como luminas en el mundo”*** (Filipenses 2:15, RV1960).

Y tú, pastor, ministro, predicador: no has sido llamado a entretener creyentes cansados, sino a formar guerreros del Reino. No has sido ungido para administrar la rutina, sino para despertar conciencias. Si tu altar no arde con la llama de la justicia, si tu púlpito no tiembla con la Palabra profética, si tu rebaño no es incomodado por la verdad, entonces tu ministerio ha sido domesticado por la ética del mal. No es tiempo de administrar lo conocido; es tiempo de confrontar lo caído.

Y tú, miembro del cuerpo de Cristo —profesional, comerciante, madre, obrero, docente, joven, jubilado—: no puedes seguir viviendo como si tu fe fuera una prenda de domingo. No puedes seguir entrando a tu oficina, a tu empresa, a tu escuela, como si el mal no se manifestara allí cada día. Cada vez que el sistema premia al corrupto, cada vez que se calla una verdad por temor, cada vez que se pisotea la dignidad humana por ambición o apatía, estás en medio de un campo de batalla moral. **Y tú estás armado.**

Tus dones no son decoración espiritual. Tus talentos no son para tu ascenso personal. El Espíritu Santo que vive en ti no fue dado para que sobrevivas en lo oscuro, sino para que lo ilumines. El lugar donde trabajas, donde estudias, donde respiras, es también tu campo de misión. Cada conversación, cada decisión, cada pequeño acto de integridad es una trinchera abierta contra la ética del mal.

Ser iglesia no es asistir. Es resistir. Es vivir con el corazón expuesto y la conciencia alerta. Es entrar en el banco, en la empresa, en la institución, con la misma fe con la que se entra en la oración. Es llevar al Espíritu a los lugares donde solo hay estructuras huecas. Es ser trigo en un campo de cizaña, sin convertirse en ella.

Dios no busca multitudes que canten; busca hombres y mujeres que **encarnen**. Que se paren firmes donde todos se doblan. Que amen donde otros odian. Que denuncien donde otros pactan. Que brillen, aun si les cuesta el puesto, la reputación, o la comodidad. Porque esa es la verdadera ética del Reino: la que no se negocia ni se rinde.

¿Cómo puede la Iglesia ser profética sin ser partidista? Recordando que su lealtad es primero con el Reino de Dios. Su voz debe incomodar tanto a tiranos como a oportunistas. Debe denunciar la legalidad sin ética, pero también debe anunciar una esperanza superior: un día vendrá un Rey cuya justicia no conocerá corrupción.

Mientras tanto, cada creyente está llamado a vivir bajo la ley eterna de Dios, aun cuando eso implique pagar un precio. Porque si la ley humana puede castigar el cuerpo, la ley de Dios juzga el alma.

El Conflicto entre lo Inmutable y lo Arbitrario

El choque entre la ley de Dios y las leyes arbitrarias no es un simple enfrentamiento de normativas, sino una batalla entre la justicia eterna y la voluntad fluctuante del hombre. A lo largo de la historia, el ser humano ha intentado diseñar sistemas legales que le permitan gobernar y estructurar la sociedad, pero cuando estas leyes se apartan de los principios inmutables, inevitablemente se convierten en herramientas de manipulación y opresión.

La Escritura nos enseña que la ley de Dios es **perfecta, justa e inmutable**, mientras que las leyes humanas, cuando no están sometidas a Su voluntad, se convierten en instrumentos de control diseñados para satisfacer intereses particulares. Este conflicto se manifiesta en tres dimensiones clave:

1. Subordinación del Bien Común a la Voluntad del Poder

Dios estableció Su ley para proteger a los indefensos y mantener el orden moral en la sociedad. Su justicia es recta e incorruptible, asegurando que tanto el pobre como el rico sean tratados con equidad. Sin embargo, cuando las leyes humanas se diseñan no para el bien de todos, sino para consolidar el dominio de unos pocos, el resultado es la explotación y la injusticia.

Desde los imperios antiguos hasta los regímenes modernos, la historia está plagada de ejemplos de leyes que han servido para esclavizar, censurar y perseguir. Desde faraones que ordenaban la matanza de niños hebreos hasta sistemas totalitarios que restringen la libertad de culto, las leyes injustas han sido utilizadas para sofocar la verdad y oprimir a los débiles.

La Biblia nos advierte contra este abuso de poder:

"No torcerás el derecho del extranjero, ni del huérfano, ni tomarás en prenda la ropa de la viuda." (Deuteronomio 24:17RV1960)

Si Dios establece principios que protegen a los más vulnerables, ¿qué sucede cuando los gobiernos hacen exactamente lo contrario? ¿Cómo discernimos cuando una ley es justa según los principios divinos y cuando es simplemente un mecanismo de control humano? ¿Qué responsabilidad tiene el creyente en denunciar y resistir tales sistemas?

2. Relativización de la Moral

La arbitrariedad en la legislación no solo se manifiesta en la opresión de los débiles, sino también en la redefinición de lo que es bueno y malo. En un mundo donde las normas cambian según los intereses del momento, los principios absolutos son vistos como obstáculos que deben eliminarse.

Esta no es una tendencia nueva. La Escritura ya advertía contra aquellos que alteran el orden moral para justificar sus propios deseos:

"¡Ay de los que a lo malo dicen bueno, y a lo bueno malo; que hacen de la luz tinieblas, y de las tinieblas luz; que ponen lo amargo por dulce, y lo dulce por amargo!" (Isaías 5:20RV1960)

La sociedad actual ha convertido la moral en un campo de batalla. Lo que antes era considerado virtud, ahora es visto como intolerancia. Lo que alguna vez fue reconocido como pecado, ahora se celebra como un derecho. Pero si la moral es relativa, ¿dónde se encuentra el estándar? ¿Quién define lo que es justo y lo que es perverso?

Jesús dijo: **"Santificalos en tu verdad; tu palabra es verdad."** (Juan 17:17RV1960). Si la verdad de Dios es el único fundamento sólido, ¿por qué tantos buscan construir sobre la arena de las opiniones cambiantes? ¿Cómo podemos, como creyentes, sostenernos en la verdad cuando el mundo nos presiona para conformarnos a su molde?

3. Instrumentalización de la Justicia

Cuando la ley se pervierte y deja de servir a la justicia, se convierte en un arma peligrosa en manos de aquellos que buscan su propio beneficio. En muchas ocasiones, la ley ha sido aplicada selectivamente para favorecer a los poderosos y castigar a los que desafían el sistema.

Jesús mismo fue víctima de esta manipulación. Los líderes religiosos de su tiempo, en lugar de buscar la justicia, torcieron la ley con el propósito de justificar su ejecución:

"Y los principales sacerdotes y los ancianos, y todo el concilio, buscaban falso testimonio contra Jesús, para entregarle a la muerte." (Mateo 26:59, RV1960)

Ese versículo no solo describe un evento del pasado. Es un espejo. Una advertencia. Una historia que se repite con trágica precisión bajo nuevos nombres, en nuevos tribunales, con nuevas togas. Los mismos espíritus que manipularon la ley para condenar al Justo siguen activos, disfrazados de legalidad, enredados en discursos de orden, seguridad y bien común. Pero sus intenciones no han cambiado: **callar al inocente, exiliar al profeta, crucificar la verdad.**

El juicio contra Jesús fue un juicio político, pero también religioso. Fue un uso corrupto de la ley divina en favor de los intereses del poder humano. Los líderes religiosos de su tiempo

—hombres formados en la Torá, celosos de su identidad nacional, guardianes del templo— se convirtieron en instrumentos de injusticia. **No buscaban justicia; buscaban pretextos. No buscaban verdad; buscaban sentencia.**

“Buscaban falso testimonio”. Esa es la frase clave. No esperaban la verdad. La fabricaban. La buscaban con premura, con conveniencia, con el deseo de vestir el asesinato con ropajes de legalidad. Esa es la perversión más letal del derecho: **cuando se convierte en máscara de la injusticia, cuando se emplea no para proteger al débil, sino para encubrir al fuerte.**

Este patrón se ha repetido en las sombras de los imperios, en los calabozos de los dictadores, en los parlamentos vendidos, en las cortes silenciadas. Se ha repetido en regímenes donde la ley fue escrita no con tinta, sino con sangre; donde el martillo del juez fue más arma que herramienta de equidad. Se ha repetido en democracias que aplauden con una mano y encarcelan con la otra. Porque allí donde el poder teme a la verdad, **la ley se convierte en puñal.**

Y en este escenario, ¿dónde está la Iglesia? ¿Dónde están los que dicen representar al Dios Santo? ¿Dónde están los discípulos del Cristo que fue crucificado por el sistema? ¿Seremos como Pedro, que negó con miedo? ¿Como Pilato, que se lavó las manos? ¿O como el concilio, que usó la ley para silenciar al Redentor?

Pero Dios no cambia. Su justicia no se doblega ante las estrategias del hombre. **“Jehová de los ejércitos será exaltado en juicio, y el Dios Santo será santificado con justicia”** (Isaías 5:16, RV1960). Él no se deja engañar por sentencias humanas. Él no se impresiona por tribunales ni por constituciones que profanan Su nombre. Su justicia no está archivada. Está en marcha. Está viva. Y se levanta, lenta pero segura, para vindicar cada verdad pisoteada, cada testigo silenciado, cada lágrima derramada en nombre de la rectitud.

Entonces, vienen las preguntas que no podemos esquivar:

¿Cómo reconocemos cuando la justicia ha sido corrompida? La respuesta es clara: cuando protege a los poderosos y persigue al vulnerable. Cuando premia al injusto y castiga al honesto. Cuando la ley se convierte en trampa, cuando el juicio se compra, cuando el derecho se tuerce. Allí, la justicia ha sido prostituida.

¿Cuándo una ley deja de ser legítima ante los ojos de Dios? Cuando contradice Su Palabra. Cuando se levanta contra la vida, contra la verdad, contra la dignidad humana. Cuando legaliza la opresión, disfraza el abuso o justifica el mal. Cuando exige obediencia a costa de la conciencia. Allí, esa ley ha dejado de ser legítima, aunque tenga sellos, firmas y banderas.

¿Y qué responsabilidad tiene la Iglesia ante esta manipulación? La Iglesia debe ser voz, no eco. Luz, no sombra. Columna de la verdad, no manto del silencio. La Iglesia que calla ante la injusticia ha traicionado su llamado. La Iglesia que pacta con el sistema, que santifica leyes inmorales, que se esconde tras una espiritualidad abstracta mientras los inocentes sangran, **ha dejado de ser sal.**

Porque si Jesús fue condenado por una ley torcida, **¿quién somos nosotros para callar ante leyes torcidas hoy?** Si nuestro Salvador fue crucificado con testigos falsos, **¿cómo toleraremos que hoy se repita esa injusticia sin estremecer nuestras entrañas?** Si el Reino de Dios vino a trastornar sistemas corruptos, **¿cómo pretendemos ser parte de ese Reino sin incomodar al mundo?**

La sangre de los justos aún clama. El cielo aún escucha. Y Dios aún exige una respuesta.

4. El Llamado a Resistencia

Desde una perspectiva ética y teológica, el cristiano y el individuo moralmente consciente están llamados a confrontar las leyes arbitrarias que contradicen los principios de la ley de Dios:

- **Obediencia a Dios por encima de los hombres:** En Hechos 5:29RV1960, los apóstoles declaran: **"Es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres"**. Esto establece un marco de resistencia ética frente a sistemas legales injustos.
- **Discernimiento entre lo legal y lo justo:** No todo lo que es legal es moral. La ley de Dios proporciona un estándar para evaluar si las leyes humanas están en armonía con la justicia verdadera.
- **Valentía para actuar en favor de la verdad: Dietrich Bonhoeffer**, teólogo y pastor luterano alemán, quien se convirtió en una voz profética contra la maquinaria del Tercer Reich. Así como él, el creyente está llamado a resistir toda ley que perpetúe la injusticia, aun cuando ello implique riesgos personales. Bonhoeffer no se limitó a denunciar el nazismo desde el púlpito o el aula universitaria; **se sumó a la resistencia activa**, enfrentando con convicción la idolatría del Estado y la cobardía de una iglesia nacional que, en su mayoría, había pactado con el poder. Para Bonhoeffer, el cristianismo auténtico no podía coexistir con un régimen que violaba la dignidad humana, manipulaba la ley y convertía al prójimo en enemigo. Su fe en la ley inmutable de Dios —basada en la justicia, la verdad y la protección del débil— lo llevó a sostener que **la Iglesia no es una institución encerrada en sí misma ni una asociación cultural que deba luchar por su propia supervivencia, sino el lugar visible y encarnado donde se proclama con integridad el señorío de Jesucristo sobre toda realidad. Cuando la Iglesia deja de ser este espacio de testimonio y se convierte en rehén del poder o del miedo, se niega a sí misma y se vuelve infiel a su fundamento en Cristo**¹⁰⁰. Bonhoeffer fue arrestado, encerrado y finalmente ejecutado por el régimen nazi, no por crímenes políticos, sino por **obedecer a Dios antes que a los hombres**. Su vida se convirtió en un testimonio viviente de que **la ética cristiana exige valentía**, discernimiento y acción. En contextos donde la ley es usada como instrumento de opresión, el silencio no es neutral: **es traición a la cruz**.

En este punto hemos tratado de agotar y esbozar los elementos fundamentales que permiten desenmascarar la ética del mal. Lo hemos hecho acudiendo a las voces de quienes, desde la filosofía, la sociología, la teología y la historia, han tenido el valor de observar cómo el mal se disfraza de orden, cómo la legalidad puede convertirse en una forma de opresión, cómo el discurso puede manipularse para justificar el abuso, y cómo las estructuras, aún las más racionales y democráticas, pueden vaciarse de humanidad.

¹⁰⁰ Bonhoeffer, D. (2000). *Ética*. Madrid: Editorial Trotta, p. 53

Catedráticos y pensadores han mostrado que estas metodologías del mal —tanto desde el absolutismo como desde el relativismo moderno— han sido desarrolladas, refinadas y replicadas sistemáticamente por gobiernos que, por más de sesenta años, han exportado y reconfigurado sus fórmulas de control en distintas regiones del mundo. Y para nuestro pesar, Venezuela ha sido uno de los terrenos donde esta dinámica se ha instalado con particular virulencia, desplazando la ley de Dios, anulando el principio del bien común y desmontando las estructuras que hacían posible la convivencia digna.

Sin embargo, este análisis no es un ejercicio intelectual estéril. No escribimos desde la torre de marfil. Lo hacemos desde las calles, desde los templos, desde los mercados y desde los hogares. Porque el lector de estas líneas no es un espectador. Es padre, madre, hijo, trabajador, comerciante, pastor, maestro, servidor público o vecino. Es alguien que, cada día, se enfrenta con la ética del mal —en el autobús, en la oficina, en las redes sociales, en la tentación de callar, de mentir, de resignarse. Y es precisamente allí, en su esfera de operatividad, donde está llamado a resistir. Resistir no como quien alza un puño vacío, sino como quien **encarna una vida redimida por principios eternos**, viviendo una ética del bien que no se ajusta al molde de este siglo.

Las enseñanzas de Bonhoeffer nos recuerdan que el cristiano debe actuar con una **obediencia responsable** frente a la injusticia, aun cuando ello implique sacrificar su posición o su vida. Arendt nos confronta con la idea de que el mal puede instalarse en la normalidad, y que los peores crímenes se cometen no con odio, sino con indiferencia y rutina. Weber nos enseña que la ética no es un lujo del pensamiento, sino un campo de tensión donde convicción y responsabilidad deben mantenerse en tensión creativa. Y Schaeffer clama desde el horizonte cultural que, si perdemos la verdad como fundamento, perderemos también la libertad, y caeremos en manos de tiranías que maquillan su rostro con moralidades a la medida.

Por eso, resistir al mal comienza mucho antes de las pancartas y los manifiestos. Comienza en el hogar, cuando un matrimonio decide caminar en fidelidad. Comienza con los hijos, cuando se les enseña que la verdad no es negociable. Comienza en la vida comunitaria, cuando el que tiene comparte con el que necesita. Comienza en el mercado, cuando se rehúsa a corromperse, aunque cueste más. Comienza en la iglesia, cuando el evangelio no se predica como espectáculo, sino como espada.

Porque si no resistimos en lo pequeño, no sabremos resistir en lo grande. Y si la Iglesia no resiste con claridad, el mundo seguirá hundiéndose en la confusión.

Bonhoeffer y la Dignidad Frente al Totalitarismo

Dietrich Bonhoeffer comprendió que la ética no podía limitarse a una serie de principios teóricos cuando el mal se institucionaliza y se convierte en el orden dominante. Ante el nazismo, Bonhoeffer entendió que a medida que el régimen se convertía en una amenaza, la pasividad no era una opción, sino que podía convertirse en complicidad. Su pensamiento no solo nos habla de una fe activa y dinámica, sino de una ética que se construye en la intersección entre la verdad, la justicia, en el proceso histórico y el sacrificio personal.

En el contexto del régimen totalitario heredado Por Nicolas Maduro, la reflexión de Bonhoeffer cobra una vigencia ineludible. Para muchos que han sido agotados por el sistema, que en el proceso de reclamar los derechos inalienables, la desesperación se convierte en un peligroso aliado. No son pocos los que han considerado una salida armada frente a la opresión del **socialismo del siglo XXI**, una estructura política que ha despojado a millones de su dignidad, su libertad y su patria. Sin embargo, la cuestión de la resistencia no es una decisión sencilla.

Incluso aquellos que han logrado escapar de las garras del régimen y hoy forman parte de la diáspora se encuentran ante una encrucijada: el deseo de volver para luchar y el miedo legítimo de perderlo todo, incluyendo la libertad y en última instancia la vida. En el peor de los casos, regresar significaría ser apresado por desafiar a un gobierno totalitario, corrupto que no tolera disidencias. Donde miles de venezolanos están tras las rejas al aplicar leyes de odio terrorismo injustamente. En el mejor de los casos, significaría el silenciamiento de la propia voz para acomodarse a una resistencia clandestina dentro de las fronteras del país. Ambas opciones son complejas y exigen una evaluación profunda, no solo desde la prudencia estratégica, sino también desde la responsabilidad ética y espiritual.

No podemos dejarnos dominar por sentimientos inmorales en esta compleja situación, sino por la certeza de que Dios es justo y su tiempo es perfecto. No fuimos preparados por la historia ni por nuestras circunstancias para enfrentar un régimen tan corrupto, despótico y totalitario; pero Dios nos equipa para responder con sabiduría, sin caer en la trampa de la violencia que nos despojaría de nuestra autoridad moral.

Es preciso, sin embargo, aspirar a una solución posible que restituya los poderes y nos conduzca hacia una democracia duradera. Necesitamos hombres iluminados por el entendimiento, provenientes incluso de las mismas estructuras del poder hegemónico autoritario, que sientan el peso de esta realidad y, en su hartazgo del despotismo, clamen por libertad.

Lo que sí es evidente es que, mientras el régimen se perpetúa con la complicidad de una comunidad internacional que observa en silencio —pesando más los lingotes de oro que la defensa de la libertad—, los principios inquebrantables de Dios permanecen, esperando corazones valientes que los encarnen. Porque la verdadera libertad no es una concesión política, sino el fruto de la convicción en los preceptos eternos del Creador. No nace del cálculo, sino del sacrificio. No exige recompensa, lo entrega todo.

Y mientras los poderosos pactan en salones diplomáticos y las instituciones se diluyen en retórica, **una nueva generación está emergiendo en medio de la ceniza y el quebranto**. No se formaron en la comodidad. No crecieron en la abundancia. Han sido moldeados en el fuego del sufrimiento, en la escasez que enseña, en la indignación que purifica. No son simples ciudadanos: **son testigos de una esperanza que resiste**.

Estos hombres y mujeres no repiten consignas; oran. No se resignan; claman. Han entendido que la justicia no es una idea abstracta ni una promesa electoral, sino **un clamor ardiente dirigido a un Dios que escucha, que ve, y que actúa en Su tiempo perfecto**. Y cuando ese tiempo llegue, no habrá oro que pese más que una sola lágrima del justo, ni silencio que calle el eco de la verdad que ha sido sembrada con valentía.

Pero aquí surge la pregunta central: **¿cómo se libra esta batalla sin traicionar la esencia de la justicia misma?** Bonhoeffer jamás promovió una resistencia basada en la revancha, sino en la convicción de que el mal debe ser confrontado con la verdad y con la disposición de sacrificio. La idea de que Dios puede obrar sin necesidad de derramar sangre humana es una afirmación audaz, pero también profundamente bíblica. A lo largo de la historia, hemos visto cómo imperios han caído por su propia corrupción interna, cómo sistemas de opresión han colapsado sin que la violencia sea el factor decisivo.

Esto no significa resignación. Significa reconocer que el poder de un pueblo que clama a Dios y se organiza con integridad en la no violencia puede derribar fortalezas más grandes que las de cualquier ejército humano. La historia nos muestra que ningún régimen basado en la injusticia es eterno, y la Escritura nos confirma que Dios humilla a los soberbios y exalta a los humildes.

Entonces, frente a esta realidad, debemos preguntarnos:

¿Cómo discernimos el momento y los medios correctos para resistir un régimen opresivo sin traicionar nuestra fe y valores?

¿Es la violencia una alternativa legítima cuando la injusticia se ha institucionalizado, o hay otros caminos que debemos explorar con mayor profundidad?

¿Cómo cultivamos una resistencia que no solo luche contra la tiranía política, sino que también construya una nación basada en la justicia y la verdad?

En medio de una década marcada por la descomposición institucional, la represión sistemática y la profunda fractura moral del país, se ha vuelto urgente redescubrir el verdadero sentido de la ética en tiempos de crisis. Venezuela, es escenario de una tragedia social y política donde el mal no solo ha operado desde las sombras, sino que ha tomado forma legal, discursiva y sistemática. En este contexto, la ética no puede permanecer en el plano teórico o sentimental; se vuelve una cuestión de responsabilidad concreta, de acción lúcida, de decisiones difíciles que tocan lo más profundo de la conciencia individual y colectiva.

Frente a un régimen que ha institucionalizado la injusticia, que ha pervertido el concepto de legalidad para sostener la opresión, y que ha deshumanizado a la disidencia, nos vemos forzados a confrontar una realidad incómoda: hay leyes que no deben ser obedecidas, órdenes que deben ser resistidos y estructuras que, en nombre del bien común, deben ser confrontadas. Cuando el aparato de poder deja de servir a la vida, a la dignidad y a la verdad, la obediencia ciega se convierte en complicidad.

Pero no se trata de una reacción impulsiva ni de un deseo de venganza disfrazado de justicia. La verdadera resistencia nace del discernimiento moral y del reconocimiento de que no basta con denunciar lo que está mal: es necesario tomar parte activa en la restauración de lo que ha sido destruido. Esto conlleva un precio. A veces implica pérdida de privilegios, rupturas familiares, exilio, cárcel o el más profundo de los sacrificios. Pero hay momentos en la historia donde el costo de no hacer nada es mucho mayor.

Esta es precisamente la carga que recae sobre cada venezolano consciente de su responsabilidad en medio de esta hora oscura. No se puede esperar que el mal caiga solo. Tampoco se puede construir una nación justa si la única respuesta es la desesperanza, el silencio o la evasión. La justicia requiere manos, pies, voces y corazones dispuestos a actuar aunque la esperanza parezca remota.

En tiempos como estos, necesitamos hombres y mujeres que, incluso desde dentro del poder, desde el mismo aparato que hoy sostiene la opresión, despierten, reconozcan el desastre ético que los rodea y, hastiados del despotismo, se levanten clamando por libertad. Porque el grito que nace del cansancio moral tiene más fuerza que cualquier consigna impuesta. Y es allí, en ese punto de inflexión, donde puede nacer una verdadera transformación.

Esta ética que se nos exige no es estática, ni cómoda, ni superficial. Es una ética que confronta, que incomoda, que nos saca del letargo y nos lleva a actuar. Una ética que no espera condiciones ideales para obrar, sino que, en medio del caos, del dolor y del miedo, se afirma en lo que es justo, verdadero y digno. No se trata solo de resistir, sino de resistir con sentido. De cargar, con humildad y firmeza, la responsabilidad de encarnar la justicia que tanto anhelamos ver en nuestra tierra. Porque si no lo hacemos nosotros, ¿quién lo hará?

La Reconciliación entre Dios y el Mundo

La reconciliación trae consigo beneficios inmediatos y eternos. Ofrece descanso al alma cargada, sentido al sufrimiento, dirección en medio del caos y una esperanza que no se quiebra ante la desilusión. No es solo una realidad teológica; es una medicina profunda para el alma de los pueblos rotos, para los individuos agotados por la rutina injusta, para las ciudades desgastadas por años de abandono, corrupción y abuso. La reconciliación es un bálsamo para el corazón del hombre común, ese que no tiene plataformas, que no sale en televisión, pero que, cada día, pedalea su bicicleta por las avenidas rotas de una nación en ruinas.

Ese ciudadano —el que se levanta antes del sol para cruzar media ciudad en su bicicleta desvencijada— vive con el polvo en los ojos y el sudor pegado a la piel. Cruza frente a mercados vacíos, hospitales colapsados, estaciones policiales donde reina la extorsión, y escuelas cerradas o sin maestros. En su camino ve madres haciendo colas infinitas por un puñado de arroz, ancianos vendiendo caramelos para comprar medicinas que ya no existen, y jóvenes que, con mirada vacía, se refugian en la esquina donde el crimen ya no es excepción sino rutina.

El hombre, en su fragilidad cotidiana, ha aprendido a vivir con menos. No por elección, sino por necesidad. En un país desgastado por la corrupción, la hiperinflación y la indiferencia de los poderosos, la reconciliación con lo básico se ha vuelto una forma de sobrevivencia, pero también una posibilidad de redención silenciosa. El pan, ese alimento antiguo, se ha convertido en símbolo sagrado: humilde, simple, esencial. No hay abundancia, pero hay pan. No hay festines, pero hay una arepa tibia, un trozo de casabe, una cucharada de arroz sin aderezo. Y eso —aunque escaso— es fuerza. Es sustento. Es gracia encarnada.

La mesa del venezolano común ya no exhibe carnes, ni pollo, ni los platos que alguna vez adornaron la tradición familiar. La proteína se ha vuelto un lujo lejano, reservado para las cúpulas y los cómplices del poder. En su lugar, el cuerpo se alimenta de granos, cuando hay; de plátano hervido, cuando se puede; de conucos pequeños donde crecen raíces como yuca o batata. A veces solo hay un poco de lentejas aguadas que se reparten entre cinco. O un bollito de harina sazonado con el recuerdo de lo que alguna vez fue el sabor.

Y sin embargo, ese hombre, con su estómago medio vacío, sigue caminando. Se levanta con el primer canto de los gallos —si es que aún hay—, se moja la cara con agua de un tobo, se amarra las sandalias gastadas y parte hacia el trabajo. Si tiene suerte, carga en su bolso una arepa sin relleno o un trozo de pan sobado, seco por los días. No hay café, solo agua tibia con azúcar cuando la hay. Y aunque el cuerpo reclama energía, la voluntad empuja.

El pan sin carne se ha vuelto parábola viva, no sacia completamente, pero alcanza. Enseña dependencia, humildad, gratitud. En cada bocado austero, el alma aprende a no despreciar lo simple. A no tomar por sentado el alimento. El paladar se acostumbra a lo insípido, pero el corazón aprende a valorar lo esencial. Ese trozo de pan —que no es gourmet ni abundante— sostiene al padre que camina tres horas a pie, a la madre que da su porción al hijo, al anciano que recoge sobras en la calle y bendice con reverencia lo que encuentra.

Esta reconciliación con lo básico es resistencia. Es una forma de no permitir que el alma sea destruida por la escasez. Es un acto silencioso de fe, donde se dice con hechos: *"No me rindo. No me deshumanizo. No pierdo mi dignidad, aunque tenga hambre."* Es también una súplica encarnada: *"Danos hoy el pan nuestro de cada día."* Porque el pan —aunque sencillo, aunque sin carne ni banquete— sigue siendo un testimonio de vida. Un eco del Dios que sustenta, aunque el sistema no lo haga. Una memoria del Reino que comienza en lo pequeño, pero no termina en la escasez.

En medio del abandono, el pan diario se transforma en altar. Sobre él se celebra una liturgia sin templos, donde cada comida se convierte en gratitud y cada esfuerzo en adoración. Así, el hombre que come poco, pero trabaja mucho, se reconcilia con la vida no desde la abundancia, sino desde lo esencial. Y ahí, en esa cotidianidad sin lujos, Dios está presente. Porque no solo vive en los cielos altos, sino en la mesa donde solo hay pan... y fe.

Este hombre, que no forma parte de ninguna mesa de diálogo ni de ningún consejo de ministros, carga en su espalda el peso de un país traicionado. A veces, cuando se detiene bajo la sombra improvisada de un árbol seco, se pregunta si hay algo más allá de esta distorsión de vida. Allí, en ese silencio polvoriento, es donde la reconciliación se vuelve urgente. No como idea distante, sino como un susurro de Dios que le dice: *"Yo veo tu dolor, y he venido a restaurarte."* Porque ese ciudadano no necesita discursos, necesita esperanza que toque el suelo, que le diga que su historia aún no ha terminado.

La reconciliación —la verdadera— empieza en ese encuentro íntimo donde Dios restituye la dignidad del que ha sido humillado. Pero desde ahí, se extiende como fuego purificador hacia lo social, lo ético, lo político. Porque un alma reconciliada con Dios no puede permanecer indiferente ante un país que grita por justicia.

Venezuela no está solo herida; está cautiva. Bajo el régimen totalitario encabezado por Nicolás Maduro, respaldado por figuras como Vladimir Padrino López, Diosdado Cabello y

la maquinaria propagandística que los encubre, la nación ha sido tomada como rehén de una lógica perversa donde la verdad es suprimida, la disidencia criminalizada y el sufrimiento del pueblo convertido en una herramienta política. Detrás de sus discursos de paz se esconde una estructura que opera desde las sombras del delito, del saqueo institucionalizado, del silencio comprado con bolsas de comida.

Estos no son simplemente actores políticos; son operadores de una estructura que necesita tanto de la reconciliación como aquellos a quienes oprimen. Porque el alma del tirano también está rota, aunque haya aprendido a anesthesiarse con poder, miedo y control. Pero la reconciliación, si ha de ser auténtica, no puede ser selectiva. Es un llamado universal: al oprimido y al opresor, al que resiste en bicicleta y al que reprime en uniforme. Dios no ofrece reconciliación para que todo quede igual, sino para que todo sea hecho nuevo.

El país necesita ser sanado, pero esa sanidad no vendrá solo desde afuera, ni únicamente con sanciones o acuerdos internacionales. **Las sanciones, como se han aplicado hasta ahora, no son un instrumento que debilita al régimen: son un mecanismo que ahorca al pueblo.** En el discurso internacional, se presentan como herramientas de presión moral, diplomáticas, estratégicas. Pero en la práctica, muchas veces se convierten en yugos que no aprietan el cuello del dictador, sino el del ciudadano común. Cuba es el ejemplo más prolongado y trágico de esta paradoja. Más de sesenta años de embargo no han doblegado a la élite, que sigue cenando entre porcelanas y privilegios, mientras el pueblo hace colas por pan duro o raciones escasas de aceite¹⁰¹. El país comercia, sí, pero lo hace a un costo altísimo que termina pagando el que menos tiene¹⁰². Las sanciones no han tocado el mantel de los altos funcionarios, pero sí han vaciado la mesa del pueblo. Los altos funcionarios del Partido Comunista disfrutaban de acceso privilegiado a alimentos importados, medicinas exclusivas y energía constante, **la mayoría de los cubanos vive entre apagones, escasez crónica y salarios que no alcanzan ni para una comida diaria.** La principal termoeléctrica del país colapsó en 2024, dejando a más de diez millones sin electricidad durante días¹⁰³.

Y no es solo una cuestión de comida. Se ha restringido el acceso a insumos médicos, a materiales para vacunas, a bienes básicos. El resultado es una sociedad quebrada, una economía estancada y un éxodo que sangra la esperanza de toda una nación. Más de 850.000 cubanos han huido solo desde 2022¹⁰⁴. La historia ha demostrado que **las sanciones económicas de amplio espectro no derriban regímenes autoritarios, pero sí destruyen el tejido social que mantiene viva la nación.**

¹⁰¹ Jacobin Latinoamérica. (2022, abril). *60 años de bloqueo a Cuba*. Recuperado de <https://jacobinlat.com/2022/04/60-anos-de-bloqueo-a-cuba/>

¹⁰² Oficina Nacional de Estadísticas e Información de Cuba. (2020). *Estadísticas de comercio exterior*. Recuperado de https://es.wikipedia.org/wiki/Embargo_estadounidense_a_Cuba

¹⁰³ Cadena SER. (2024, octubre 25). *Cuba: más allá del apagón*. Recuperado de <https://cadenaser.com/nacional/2024/10/25/cuba-mas-alla-del-apagon-cadena-ser/>

¹⁰⁴ El País. (2024, septiembre 27). *Cuba, éxodo histórico*. Recuperado de <https://elpais.com/opinion/2024-09-27/cuba-exodo-historico.html>

Este mismo patrón se repite en Venezuela. Cada nueva sanción, lejos de debilitar al régimen, fortalece su narrativa victimista y le permite culpar al “imperio” de todos los males. Mientras tanto, el bolívar se desploma, la inflación se dispara, y el pueblo paga con hambre el precio de una justicia mal dirigida. La ética cristiana exige discernimiento. No podemos apoyar políticas que, en nombre de la justicia, perpetúan el sufrimiento de los inocentes. *“¡Ay de los que dictan leyes injustas, y prescriben tiranía!”* (Isaías 10:1, RV1960).

La verdadera justicia no se construye sobre el estómago vacío del pueblo, sino sobre la verdad, la compasión y la sabiduría. Si hay que sancionar, que sea a los culpables. Que se congelen los activos del régimen, que se bloqueen sus rutas de escape financiero, que se señale con claridad a quienes han saqueado y reprimido. Pero no al niño que espera leche, ni al anciano que no encuentra medicina.

La verdadera sanidad comienza cuando los corazones —cansados de la mentira— se abren a la verdad de Dios. Corazones que entienden que la justicia sin reconciliación se convierte en venganza, y que la reconciliación sin justicia es una farsa.

Por eso, mientras ese hombre común pedalea una vez más bajo el sol implacable, con el estómago medio vacío y la esperanza hecha trizas, lo hace acompañado. Aunque no lo vea, hay un Dios que camina con él, que conoce su nombre, y que desde la cruz le ofrece un Reino que trasciende este mundo y transforma la tierra. Cuando la reconciliación toma cuerpo en lo cotidiano, hay futuro. Hay patria. Hay redención.

Ética como Respuesta Concreta a la Injusticia y la Corrupción

La ética no es un lujo de los tiempos estables. No nace de la comodidad ni se sostiene en la neutralidad. Es urgencia en medio del caos. Es conciencia despierta mientras todo invita al letargo. Para el venezolano que ha vivido entre el colapso y la costumbre de sobrevivir, la ética ha dejado de ser una palabra para convertirse en una línea delgada entre rendirse y resistir. Cada decisión, por más mínima que parezca, revela una postura ante la corrupción que se ha hecho sistema, ante la injusticia que se viste de normalidad.

El valor de la ética comienza en lo cotidiano. En el gesto de quien se niega a pagar una coima por un documento. En la palabra firme del que denuncia una injusticia sin esperar aplausos. En el abrazo del que comparte lo poco que tiene. La ética habita en el mecánico que no miente, en el maestro que enseña sin sueldo, en la madre que, aun en la escasez, enseña a sus hijos a no mentir ni tomar lo ajeno. Son actos pequeños, pero son grietas en el muro de la corrupción institucionalizada.

La ética se hace cuerpo en el hombre que trabaja con las manos callosas, bajo un sol que no da tregua, sabiendo que el salario no alcanza y que los que lo gobiernan viven en banquetes. Pedalea al trabajo con una arepa vacía en el estómago y una dignidad intacta. Sabe que lo que hace no cambiará el país de inmediato, pero sostiene el alma del país que aún queda. Esa ética lo mantiene humano cuando todo a su alrededor lo quiere reducir a esclavo, cómplice o espectador.

El poder que domina Venezuela no solo saquea petróleo, oro o alimentos. Roba tiempo, voluntad, lenguaje, conciencia. Disfraza la corrupción con discursos de justicia social, pero reparte privilegios a los mismos. Controla con propaganda, manipula con desinformación, castiga con hambre. Tiene rostros: uniformes, banderas, cadenas de televisión. Tiene nombres: Maduro, Padrino, Cabello, y detrás de ellos, una maquinaria nutrida de cinismo, opresión, vigilancia cubana y silencio comprado.

Pero la ética no se deja borrar por el miedo. Nace en la claridad de que la injusticia no se combate con odio, sino con verdad. Resiste desde el fondo de la conciencia que sabe que, incluso sin poder, puede decir no. Puede decir basta. Puede decir hasta aquí. La ética no es una consigna ni una teoría. Es una decisión arriesgada, a veces silenciosa, siempre costosa.

Hay quienes creen que el mal se derrota solo con fuerza, con golpes contundentes, con intervenciones externas que vengan a dismantelar lo corrompido desde las alturas. Hay quienes esperan que todo cambie desde afuera: que una coalición internacional actúe, que una figura mesiánica emerja, que un golpe de suerte reviente las estructuras del poder. Pero el mal estructurado no se debilita por presión externa si no se fractura desde adentro. No se cae por un viento fuerte, se desmorona cuando los que lo sostienen —con su silencio, su miedo, su conveniencia o su costumbre— deciden dejar de sostenerlo.

El mal se desploma cuando el maestro que ya no puede con el hambre se rehúsa a repetir el libreto ideológico impuesto en su aula. Cuando el periodista, a pesar de las amenazas, publica lo que el régimen pretende ocultar. Cuando el fiscal que ya no soporta ser cómplice de la injusticia, guarda silencio, pero no acusa al inocente. Cuando el joven que ha sido formado en el resentimiento social decide tender la mano al otro en vez de levantar el puño. Cuando el funcionario que ha recibido órdenes de callar, opta por hablar. Cuando el militar que ve la represión diaria en las calles, se rehúsa a actuar con violencia.

El mal pierde terreno cuando la madre en el barrio deja de glorificar al líder que le entregó una bolsa de comida a cambio de su dignidad. Cuando el anciano en la cola del banco deja de maldecir al vecino y empieza a orar por el país. Cuando la comunidad deja de rendirse al miedo y decide abrazar al perseguido. Cuando las iglesias abandonan su neutralidad temerosa y levantan su voz profética con humildad y firmeza.

El mal se derrumba cuando el ciudadano común deja de repetir la narrativa oficial, incluso en conversaciones simples, incluso en sus pensamientos. Cuando se niega a ser un eco de lo que sabe que es mentira. Cuando los padres enseñan a sus hijos a decir la verdad, aun cuando el mundo a su alrededor esté construido sobre la falsedad. Cuando el pueblo deja de justificar lo injustificable, deja de aclamar lo que sabe que le destruye, y se atreve a imaginar algo distinto, algo más alto, algo más justo.

La estructura del mal no depende solo de los que la dirigen, sino de los millones que, por miedo o por hartazgo, por hambre o por desesperanza, han dejado de creer que su pequeña acción importa. Pero basta que una mujer diga no, basta que un joven diga ya basta, basta que una comunidad diga hasta aquí. Y entonces, el edificio de la mentira, aunque grande y violento, empieza a agrietarse. Porque el mal más poderoso no es aquel que domina por la fuerza, sino el que ha convencido a todos de que no hay alternativa. Pero cuando alguien se levanta y actúa en verdad, ya no hay marcha atrás. La grieta se abre, la luz entra, y la caída comienza.

La ética, en Venezuela, ya no se escribe en tratados. Se graba en la historia íntima de cada quien que, habiendo perdido tanto, se niega a perder el alma. Y esa resistencia, lenta, dolorosa, muchas veces invisible, tiene un poder que el régimen jamás podrá entender. Un poder que no nace del odio, sino del anhelo de redención. Un poder que no destruye, sino que reconstruye desde los escombros. Un poder que no se arrodilla, que no traiciona, que no olvida.

Esa ética —vivida, encarnada, obstinada— es la única respuesta real ante la corrupción total. La única forma de volver a creer en la justicia. La única esperanza de volver a ser nación.

Ética del mal en el régimen Venezolano

El poder se disfraza de virtud, se reviste de discursos, se sienta sobre los escombros de la dignidad. No llega con uniformes relucientes ni promesas nobles. Se presenta como protector mientras aplasta, como guía mientras extravía, como redentor mientras devora. Así se instala el mal en las sociedades. Se convierte en rutina, se normaliza con lenguaje, se arraiga con leyes. No se impone de golpe, se cultiva lentamente, como un veneno que adormece primero la conciencia, luego la voluntad, y por último la memoria.

En Venezuela, el mal no llegó solo con armas. Llegó con palabras. Se anunció en cadenas interminables, en pancartas rojas, en manuales de escuela. El mal se presentó como justicia para los pobres, como soberanía, como libertad. Pero mientras hablaba de dignidad, vaciaba hospitales: según Médicos por la Salud, en su informe de 2022, más del 76% de los hospitales del país registraron fallas graves de suministro eléctrico, agua potable y servicios quirúrgicos básicos¹⁰⁵. Mientras decía independencia, llenaba cementerios: desde 2014, más de 20.000 muertes violentas por año se han registrado, muchas ligadas a la acción de cuerpos de seguridad o a la impunidad generalizada¹⁰⁶. Mientras prometía igualdad, creaba castas: la elite vinculada al poder vive bajo privilegios y acceso exclusivo a divisas, alimentos importados y tratamientos médicos, mientras más del 94% de la población se encuentra en situación de pobreza, y el 76,6% en pobreza extrema, según la Encuesta de Condiciones de Vida 2022¹⁰⁷. Desde 2014, la mentira dejó de ser estrategia para convertirse en estructura. No se trató solo de un líder, sino de una red que absorbió instituciones, desactivó conciencias y multiplicó verdugos anónimos. El poder judicial, la Contraloría, la Asamblea Nacional, incluso el sistema educativo, se convirtieron en engranajes de una maquinaria que ya no busca representar al pueblo, sino silenciarlo. Reportes de organizaciones como Human Rights Watch y Amnistía Internacional han documentado detenciones arbitrarias, torturas, desapariciones forzadas y uso sistemático

¹⁰⁵ Médicos por la Salud. *Encuesta Nacional de Hospitales (ENH) 2022*. Disponible en: <https://www.encuestanacionaldehospitales.com/>

¹⁰⁶ Observatorio Venezolano de Violencia (OVV). *Informe Anual 2023*. Disponible en: <https://observatoriodeviolencia.org.ve/>

¹⁰⁷ Universidad Católica Andrés Bello (UCAB). *Encuesta Nacional de Condiciones de Vida (ENCOVI) 2022*. Disponible en: <https://encovi.ucab.edu.ve/>

del aparato estatal para reprimir la disidencia¹⁰⁸. El discurso dejó de ser retórica revolucionaria para convertirse en el envoltorio de una opresión cuidadosamente planificada.

El mal se volvió sistema. Una caja CLAP, una libreta de racionamiento, un carnet que decide si comes o no. Una estación policial donde se firman papeles, se imprimen amenazas, se callan gritos. Un aula donde los niños memorizan lo que nadie cree. Una clínica donde los medicamentos llegan al que obedece y se niegan al que cuestiona. No son castillos de horror. Son oficinas, ventanillas, turnos, listas, órdenes. El mal se volvió trámite, firma, sello. Nadie mata directamente, pero todos sostienen la maquinaria que mata lentamente.

Y entre tanta ruina, la ética aparece no como un lujo de filósofos, sino como el latido último de la humanidad. No nace en la academia, nace en la calle. En la decisión del que deja de mentir. En la mirada del que se rehúsa a humillarse por un poco de poder. En la voz que se atreve a decir lo que todos callan. En el joven que pinta en una pared lo que no cabe en un noticiero. En la madre que enseña a su hijo que obedecer no siempre es lo correcto. En el burócrata que detiene un expediente porque sabe que firmar es condenar.

El mal se sostiene por la obediencia de los decentes, por la costumbre de los agotados, por la neutralidad de los temerosos. Pero se fractura cuando alguien piensa. Cuando alguien dice: esto no es normal. Cuando alguien deja de repetir lo que ya no cree. Cuando alguien ve al otro no como enemigo, sino como hermano. Cuando alguien decide que su conciencia vale más que su comodidad.

La ética no cambia el sistema de inmediato, pero cambia al que la practica. Y cuando uno cambia, cambia el entorno. Se rompe la cadena. Se desnuda la farsa. Se revela el miedo de los que gobiernan con mentira. Porque nada atemoriza más al poder corrupto que un hombre libre que ya no se doblega. Un hombre que entiende que no toda ley es justa. Que no toda orden debe cumplirse. Que el deber no es callar, sino resistir.

El poder teme al que razona. Teme al que recuerda. Teme al que no se deja convertir en pieza de engranaje. Por eso la ética es subversiva. Porque enseña a ver. A ver que la opresión no es invencible. Que la verdad no depende del micrófono. Que la dignidad no se rinde aunque esté herida.

El venezolano ha aprendido a resistir con gestos. A sobrevivir sin perder el alma. A luchar desde lo pequeño. No con armas, con conciencia. Con comunidad. Con verdad. Con el cuerpo cansado, pero el espíritu encendido. No en batallas épicas, en acciones diarias. Rehusarse a mentir. Compartir el pan. Denunciar el abuso. Proteger al vulnerable. Decir no, aunque cueste.

Así comienza la transformación. No con decretos, con decisiones. No con discursos, con actos. No con líderes que prometen, con pueblos que despiertan. Y cuando ese despertar

¹⁰⁸ Human Rights Watch. *“Crackdown on Dissent: Brutality, Torture, and Political Persecution in Venezuela”*.

2022. Disponible en: <https://www.hrw.org/>

Amnistía Internacional. *Venezuela: “Esto no es vida”: Seguridad, justicia y libertad en Venezuela*. 2022.

Disponible en: <https://www.amnesty.org/es/documents/amr53/0001/2022/es/>

se multiplica, el mal ya no encuentra a quién manipular. Ya no encuentra a quién usar. Ya no encuentra a quién someter.

Entonces cae. No con un estruendo, con un silencio. El silencio de quienes ya no obedecen. El silencio de quienes ya no temen. El silencio de quienes han elegido la justicia, la verdad y la dignidad, por encima de todo. Allí empieza la libertad. Allí comienza la patria. Allí renace la humanidad.

La corrupción como instrumento de poder

En Venezuela, PDVSA, alguna vez símbolo del orgullo nacional y motor económico del país, se convirtió en un epicentro de corrupción descomunal. Desde el año 2000 hasta la fecha, la organización Transparencia Venezuela ha documentado 127 casos de presunta corrupción o manejo irregular de recursos en PDVSA o sus filiales, comprometiendo más de 42.000 millones de dólares¹⁰⁹. Mientras el país se hundía en pobreza, una élite política movía sumas exorbitantes a través de bancos internacionales, creando redes de lavado de dinero que se extendían hasta Europa, Asia y América del Norte.

No menos escandaloso ha sido el uso del hambre como herramienta política. El programa CLAP (Comités Locales de Abastecimiento y Producción), creado con el supuesto fin de alimentar al pueblo, terminó operando como un sistema de enriquecimiento para funcionarios y empresarios conectados con el régimen. Las investigaciones revelan que productos de baja calidad fueron importados a precios inflados mediante empresas fantasma y contratos sin transparencia. Esta operación no solo generó ganancias ilícitas, sino que condicionó el acceso a alimentos a la lealtad política del receptor¹¹⁰.

La farsa de la legalidad alcanzó su expresión más cínica en las elecciones presidenciales del 20 de mayo de 2018. Organismos como la Unión Europea, la Organización de Estados Americanos y numerosos gobiernos occidentales denunciaron este proceso como carente de legitimidad. Se documentó la exclusión de candidatos opositores, la manipulación del registro electoral, el uso del carnet de la patria para chantaje social y la baja participación popular¹¹¹. En lugar de un ejercicio democrático, el país presenció la consolidación de una dictadura.

¹⁰⁹ Swissinfo. *La petrolera venezolana PDVSA bajo la sombra de la corrupción*. 2023. Disponible en: <https://www.swissinfo.ch/spa/la-petrolera-venezolana-pdvsa-bajo-la-sombra-de-la-corrupci%C3%B3n/48399232>

¹¹⁰ U.S. Department of Treasury. *El Tesoro actúa contra red de corrupción que roba al programa de distribución de alimentos CLAP de Venezuela*. Disponible en: <https://ve.usembassy.gov/es/el-tesoro-actua-contra-red-de-corupcion-que-roba-al-programa-de-distribucion-de-alimentos-clap-de-venezuela/>

¹¹¹ El País. *Maduro se perpetúa en el poder en unas elecciones sin competencia y sin observadores internacionales*. 2018. Disponible en: https://elpais.com/internacional/2018/05/20/america/1526851862_285873.html

Esta corrupción, lejos de ser un efecto colateral del poder, es su columna vertebral. La opacidad reemplazó a la transparencia. La complicidad sustituyó a la rendición de cuentas. La mentira se normalizó como instrumento de gobernabilidad. El resultado ha sido la destrucción de la confianza social, el colapso de las instituciones y la deshumanización del ciudadano común.

No se trata de un fenómeno aislado. Se trata de un sistema deliberado, articulado, profundamente enraizado. Un sistema donde la ética ya no se discute en público, porque ha sido desplazada por la obediencia ciega y la sobrevivencia como única estrategia. Y sin embargo, en medio de este escenario devastado, la ética sigue viva. En las decisiones pequeñas, en la voz que se atreve a decir la verdad, en el funcionario que se niega a firmar una orden injusta, en el ciudadano que no quiere ser cómplice. Allí comienza la resistencia. Y con ella, el inicio de la restauración.

Un análisis ético puntual sobre el uso sistemático de la corrupción como instrumento de poder en Venezuela exige ir más allá de la indignación moral o la denuncia estructural. La pregunta no es solo *qué tan corrupto es el sistema*, sino *qué revela esa corrupción sobre la condición moral de quienes lo sostienen y de quienes conviven con él*. La corrupción, en este contexto, no es simplemente inmoralidad pública, sino una transgresión deliberada del orden moral que niega la dignidad del otro como sujeto de justicia.

Desde la ética, el verdadero centro del problema no es el robo de recursos, sino el cálculo de que ese robo es tolerable si asegura obediencia. El mal ético consiste en que se ha negociado la conciencia como precio de estabilidad. Se ha institucionalizado la inmoralidad como método. No se roba solo dinero; se roba agencia, confianza, integridad. Quien participa, lo sabe. Quien calla, también. La corrupción deja de ser falla administrativa y se convierte en complicidad moral compartida.

El mayor deterioro ético no es la pérdida de legalidad, sino la inversión del deber: cuando el “buen ciudadano” ya no es el justo, sino el útil. Cuando el funcionario íntegro es sospechoso. Cuando decir la verdad es una amenaza y servir al prójimo una traición. En ese punto, la ética se revela como resistencia, no como regla. El deber moral no es adaptarse, sino disentir. En medio de un sistema corrupto, la única ética posible es la que incomoda. La que no se acomoda. La que, por fidelidad al bien, está dispuesta a cargar con el costo de oponerse. Porque la justicia —cuando ya no es un valor público— solo sobrevive en quienes la encarnan, aunque lo hagan en soledad.

Principios éticos ante la opresión

En el contexto venezolano, los principios éticos ofrecen un cimiento teológico y ético firme para enfrentar la opresión, especialmente cuando esta se reviste de legalidad y discurso ideológico. En medio del colapso institucional, la deshumanización política y la manipulación sistemática de la verdad, la justicia, la misericordia y la verdad no son

simplemente virtudes abstractas, sino trincheras morales desde las cuales se sostiene el alma de una nación.

El profeta Amós clamó contra una religiosidad vacía que encubría la injusticia: **“Pero corra el juicio como las aguas, y la justicia como impetuoso arroyo”**¹¹². En Venezuela, donde se celebran discursos sobre soberanía y pueblo, mientras hospitales colapsan y millones huyen por hambre y desesperanza¹¹³, esta exhortación adquiere un peso insoslayable. No basta el ritual ni la apariencia. La verdadera adoración a Dios exige un compromiso activo con la justicia social y la restauración de la dignidad humana.

En medio de esta crisis, muchos han interpretado erróneamente Romanos 13:1-7 como un mandato de obediencia incondicional al poder. Sin embargo, la tradición reformada insiste en que toda autoridad está sujeta a Dios, y que pierde su legitimidad moral cuando se desvía de su función de ministro para bien¹¹⁴. La obediencia cristiana nunca ha sido ciega. Las parteras hebreas (Éxodo 1), Pedro ante el concilio (Hechos 5:29) y la historia de los reformadores lo confirman: cuando el poder exige desobedecer a Dios, el creyente debe resistir con fidelidad y temor reverente.

La justicia, según la perspectiva bíblica, no es venganza ni castigo desproporcionado, sino restauración del orden creado, protección del débil y equilibrio en las relaciones humanas. Isaías lo proclama con claridad: “Aprended a hacer el bien; buscad el juicio, restituid al agraviado, haced justicia al huérfano, amparad a la viuda”¹¹⁵. En un país donde, según Human Rights Watch, las instituciones han sido usadas para reprimir y silenciar la disidencia¹¹⁶, la Iglesia y cada ciudadano temeroso de Dios están llamados a hablar, proteger, acompañar y restaurar.

La misericordia, por su parte, no es sentimentalismo pasivo. Es compasión movilizada. Jesús la bendice: “Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia”¹¹⁷. En Venezuela, muchas comunidades de fe han sostenido redes de apoyo para brindar alimentos, medicinas y abrigo espiritual. Estas acciones, muchas veces invisibles para los medios oficiales, son expresión del Reino de Dios encarnado en medio del dolor. Responden al mal con bondad, y a la injusticia con un amor que no cede.

La verdad, como fundamento de toda ética reformada, no se negocia. Jesús mismo dijo: **“Y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres”**¹¹⁸. En un sistema que ha erigido una

¹¹² Amós 5:24, Reina-Valera 1960.

¹¹³ *Encuesta Nacional de Condiciones de Vida (ENCOVI)*, UCAB, 2022. Disponible en: <https://encovi.ucab.edu.ve>

¹¹⁴ Calvino, Juan. *Comentario a la Epístola a los Romanos*, sobre Romanos 13:1.

¹¹⁵ Isaías 1:17, Reina-Valera 1960.

¹¹⁶ Human Rights Watch, *World Report 2022: Venezuela*. Disponible en: <https://www.hrw.org/es/world-report/2022/country-chapters/venezuela>

¹¹⁷ Mateo 5:7, Reina-Valera 1960.

¹¹⁸ Juan 8:32, Reina-Valera 1960.

estructura entera sobre la manipulación de narrativas, la censura y el control ideológico¹¹⁹, proclamar la verdad es un acto profético. No se trata solo de decir lo que ocurre, sino de resistir el adoctrinamiento, fomentar el pensamiento crítico, proteger la memoria colectiva y denunciar toda falsedad con claridad y firmeza.

La resistencia cristiana no nace del odio, sino de la fidelidad a la Palabra. La tradición reformada enseña que el creyente debe ser sal y luz, incluso bajo gobiernos opresores. En Venezuela, diversos organismos eclesiales, pastores evangélicos y ciudadanos respetables han hablado con valentía contra el uso político de la pobreza, la represión y el colapso institucional¹²⁰. Las iglesias locales, muchas veces perseguidas o vigiladas, han continuado siendo faros de verdad, espacios de misericordia, y defensores de la justicia.

El legado ético, bíblico y moral no nos llama a evadir la historia, sino a encarnarla con coraje. Frente al mal sistematizado, la reforma interior se vuelve inseparable de la reforma social. Allí donde se degrada al ser humano, la fe reformada responde con una ética activa que confronta, consuela, denuncia y reconstruye. Y lo hace no desde la violencia, sino desde la cruz. Porque cuando la justicia fluye, la misericordia actúa y la verdad se proclama, entonces, incluso en medio de la oscuridad, la luz de Dios se levanta como bandera entre los pueblos.

Propuesta para el futuro

La teología de la esperanza, propuesta por Jürgen Moltmann, es una propuesta piadosa de nuestro gentilicio espiritual. Es una teología que surge desde las ruinas, desde la experiencia del dolor histórico, y que se atreve a mirar el futuro con los ojos de la promesa divina. En un país como Venezuela, donde la corrupción ha erosionado las instituciones, donde la represión ha silenciado voces y donde la crisis humanitaria ha dispersado a millones de hijos e hijas por el mundo, esta teología adquiere un peso ético ineludible. No se trata de esperar en la pasividad, sino de participar activamente en la redención de lo quebrado, en la reconstrucción ética de lo destruido¹²¹.

La esperanza cristiana no comienza en el resultado, sino en la fidelidad. Esa fidelidad que sigue educando, sirviendo, amando, denunciando, incluso cuando todo parece ir en dirección contraria. Por eso, las comunidades de fe en Venezuela no han cesado de predicar la verdad, ni siquiera cuando esta les ha costado el exilio o la persecución. Las organizaciones piadosas han denunciado de manera sistemática los abusos del poder, y

¹¹⁹ Transparencia Venezuela, *Índice de Percepción de la Corrupción 2023*. Disponible en: <https://transparencia.org.ve>

¹²⁰ El País, *La Iglesia venezolana denuncia el colapso ético del régimen*, 2019. Disponible en: https://elpais.com/internacional/2019/07/10/actualidad/1562740963_867348.html

¹²¹ Moltmann, Jürgen. *Teología de la Esperanza*. Editorial Sígueme, 1970.

múltiples líderes evangélicos han organizado redes humanitarias para sostener a los más pobres en medio del colapso nacional¹²².

En contextos donde la mentira se ha institucionalizado, la proclamación de la verdad se convierte en una forma de resistencia ética. Proclamar la verdad es hacer memoria, es impedir que el sufrimiento sea borrado por la propaganda. La documentación de violaciones de derechos humanos, como las realizadas por Provea, Amnistía Internacional y el Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos, ha sido posible en parte gracias a testimonios de personas de fe que se niegan a olvidar¹²³.

La esperanza no se opone al dolor, lo confronta. Y en medio de ese enfrentamiento, la fe no se rinde al odio, sino que insiste en la misericordia. Por eso, el perdón no puede desligarse de la justicia. Como recuerda Moltmann: **“La reconciliación sin verdad se convierte en complicidad”**¹²⁴. Perdonar no es ignorar el mal, sino liberarse del ciclo del resentimiento, sin abandonar la demanda de restauración. En Venezuela, donde tantos han perdido a familiares por la violencia política, donde otros han sido encarcelados y torturados por disenter, el desafío de una reconciliación real exige procesos profundos, no discursos oficiales. Una liturgia sin justicia no redime; una memoria negada no sana.

Las iglesias están llamadas a ser refugios éticos, espacios donde se cultiva la conciencia crítica, donde se educa en la solidaridad, y donde se construye una nueva visión de país. El liderazgo cristiano no puede contentarse con la asistencia caritativa; debe formar nuevas generaciones de ciudadanos comprometidos con la verdad, con la dignidad, con la justicia. Esto implica crear plataformas de formación ética, promover la cultura del servicio, y acompañar procesos de restauración en comunidades rotas por la polarización y la violencia.

La historia nos muestra que las transiciones verdaderas no empiezan en los parlamentos, sino en los corazones que deciden no rendirse al cinismo. En Chile, por ejemplo, la Iglesia Católica —a través de la Vicaría de la Solidaridad— documentó crímenes durante la dictadura de Pinochet, ofreciendo un modelo de resistencia pacífica y restaurativa que más tarde sirvió como fundamento para los procesos de verdad y reconciliación¹²⁵. En Venezuela, ese camino apenas comienza. Y la fe puede y debe acompañarlo.

El apóstol Pablo habló de una esperanza que **“no avergüenza”** (Romanos 5:5RV1960), una esperanza que se ancla no en la ausencia de sufrimiento, sino en la certeza de que Dios no ha abandonado la historia. Esa esperanza es la que sostiene a miles de madres que siguen cocinando con fe para alimentar a sus hijos con lo poco que tienen. Es la que

¹²² Conferencia Episcopal Venezolana. “Comunicado ante la crisis nacional”, 2019. Disponible en: <https://conferenciaepiscopalvenezolana.com>

¹²³ Oficina del Alto Comisionado de Naciones Unidas para los Derechos Humanos. *Informe sobre Venezuela*, julio 2019. Disponible en: <https://www.ohchr.org>

¹²⁴ Moltmann, Jürgen. *El camino de Jesús Cristo*. Editorial Sígueme, 1983, p. 230.

¹²⁵ Vicaría de la Solidaridad. *Informes Anuales 1976–1989*. Archivo de Derechos Humanos, Santiago de Chile.

impulsa a los jóvenes que se niegan a repetir la narrativa de odio. Es la que lleva a pastores a abrir sus templos como centros de ayuda comunitaria, aun cuando no reciben nada a cambio. En vez de abrirlos para reuniones partidistas en claro apoyo a un partido político, esto no es una forma de evangelismo es una impunidad cínica a un poder ilegítimo.

La reconstrucción ética de Venezuela no se logrará solo con elecciones, ni con pactos políticos. Requiere una revolución moral profunda, nacida de los valores del Reino. Requiere justicia que corra como un río, y verdad que rompa el silencio de la propaganda. Requiere misericordia que no se agote ante la traición. Requiere una esperanza que no se conforme con sobrevivir, sino que se atreva a sembrar redención en medio de la ruina.

Conclusión

La institucionalización del mal representa uno de los desafíos más profundos y persistentes para la conciencia cristiana. Cuando el mal ya no actúa desde las sombras sino desde los despachos, cuando se firma con sellos oficiales, cuando se camufla con discursos sobre el bien común, se entra en un terreno en el que la ética deja de ser un asunto abstracto y se convierte en una urgencia existencial. El mal institucionalizado es aquel que se infiltra en los sistemas, se perpetúa en la cultura, se normaliza en las leyes y se justifica en nombre del orden. Frente a esta realidad, el testimonio cristiano no puede ser neutral.

La ética reformada, anclada en la soberanía de Dios y en la autoridad de la Palabra, no nos permite permanecer indiferentes. Calvino sostenía que la fe que justifica es también la fe que transforma, no solo al individuo, sino la comunidad entera¹²⁶. La Escritura no concibe una espiritualidad aislada del sufrimiento ajeno. Cuando el profeta Amós denuncia a una sociedad religiosa que ofrecía sacrificios mientras pisoteaba al pobre, no lo hace desde la moral privada, sino desde una ética pública: “¡Ay de aquellos que convierten el juicio en ajeno, y echan por tierra la justicia!” (Amós 5:7). Su voz sigue vigente en cada rincón donde el Estado abandona a los vulnerables mientras canta himnos a la patria.

En el corazón de esta confrontación entre el Reino de Dios y los reinos caídos se encuentra la figura del testigo. Bonhoeffer lo comprendió desde la cárcel nazi: cuando el mal se convierte en sistema, el silencio del cristiano es complicidad¹²⁷. La ética cristiana no consiste en proteger la propia seguridad, sino en dar testimonio de la verdad, aunque cueste. En regímenes donde las leyes son usadas para perseguir, donde la censura justifica la represión y donde el sufrimiento es administrado con cálculo burocrático, la obediencia a Dios debe anteponerse a la obediencia al sistema (Hechos 5:29RV1960).

¹²⁶ Juan Calvino, *Institución de la Religión Cristiana*, Libro III, capítulo VI.

¹²⁷ Dietrich Bonhoeffer, *Resistencia y Sumisión*, Ediciones Sígueme, 2004.

Pero esta ética no se construye solo desde la denuncia. También nace de una visión teológica del futuro. Aquí es donde la teología de la esperanza irrumpe con su poder. Jürgen Moltmann recuerda que la esperanza cristiana no es evasión, sino provocación: una fuerza activa que anticipa el Reino y lo encarna en medio del dolor¹²⁸. La esperanza bíblica no espera el cielo para actuar, sino que se mueve desde la cruz hacia la resurrección. En contextos como Venezuela, donde la institucionalización del mal ha secuestrado la verdad, la ética de la esperanza es resistir sembrando justicia, defendiendo la dignidad humana y articulando memoria ante el olvido forzado.

La propuesta teológica, por tanto, no es otra que el restablecimiento de una comunidad moral cuyo centro no es el poder sino la cruz. Una comunidad que no idolatra al Estado ni al mercado, sino que proclama al Cristo crucificado como juez y redentor. Una iglesia que denuncia con firmeza, pero también abraza con misericordia. Que articula la memoria del dolor con la promesa de redención. Que forma conciencias críticas, cultiva espacios de verdad, educa en el carácter de Dios y acompaña el sufrimiento sin negociarlo.

La ética del mal nos obliga a elegir. No entre derecha o izquierda. No entre ideologías. Sino entre la obediencia al Reino de Dios o la sumisión a los poderes de este siglo. No existe terreno neutral. No hay lugar seguro donde esconder la fe cuando el mal ha tomado cuerpo en las estructuras. En esta encrucijada, la teología reformada ofrece una brújula clara: justicia, misericordia y verdad. No como ideas, sino como caminos.

Y en ese caminar, la iglesia —pequeña, perseguida o dispersa— es testigo y fermento. No controla el futuro, pero lo anticipa con fidelidad. No posee el poder, pero sirve con autoridad. No siempre vence, pero nunca se rinde. Porque la justicia no depende de los números, depende de la fidelidad al Dios que reina desde una cruz.

¹²⁸ Jürgen Moltmann, *Teología de la Esperanza*, Editorial Sígueme, 1970.